



Mi vida, una historia para contar: de lo comunitario al feminismo y al trabajo de género

Por:

María Elsy Sandoval Sandoval

Requisito parcial para optar al título de Magistra en Estudios Culturales

Diana Ojeda O

Directora

Maestría en Estudios Culturales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad Javeriana
2014

Contenido

Introducción.....6

CAPÍTULO I

1. La familia y el lugar de donde vengo yo.....20

1.1 La historia con Villa Paz contada por los hombres, con pocas voces de las mujeres..... 27

1.2 Del trabajo comunitario hacia un camino feminista..... 38

1.3 La Educación un elemento importante para la equidad de género..... 41

1.4 La conciencia feminista una cuestión de intuición.....54

1.5 La educación, una urgencia manifiesta.....62

CAPÍTULO II

1. De Villa Paz a Bogotá, mi otra historia de vida.....70

1.1 La universidad, un largo y tortuoso camino hacia el sueño anhelado.....76

1.2 Entre el desempleo, el trabajo con comunidades negras y la universidad.....83

1.3 Entre las políticas públicas y la culinaria.....98

CAPÍTULO III

1. De la defensa de la identidad étnica al movimiento de las mujeres por la paz..... 104

1.2 Feminismo, activismo, militancia y algo más.....104

1.3 Entre el juego de poder, la discriminación y la exclusión..... 120

1.4 Feminismo, academia y militancia: hacia otros horizontes..... 129

1.5 La educación superior: un espacio para el fortalecimiento étnico y la equidad de género.....	134
1.6 Los Estudios Culturales en mi vida.....	138
Conclusiones.....	139
Bibliografía.....	143
Entrevistas	157

Dedicatoria

A las personas que son la razón de mi vida. Para Angelina, mi mamá; Hernán, mi papá; Valentina, mi hija; mis hermanas y hermanos; mi abuela María Cruz; y mi tía Celmira, que desde el cielo me ilumina y cuida nuestra existencia.

Agradecimiento

Agradezco, en primer lugar, a Dios, por no abandonarme jamás. A Diana, con quien caminé de la mano en la construcción de este relato autobiográfico y quien me guio con paciencia y sabiduría. A Eduardo y Marta, profesores fundamentales en mi tránsito por la maestría, y a Ochy por sus sugerencias y recomendaciones finales, que fueron claves para la culminación de este trabajo.

A Enrique Bautista, por creer siempre en mí y apoyar mis sueños. A Jorge, mi gran amigo y compañero de avatares en la maestría. Gracias a todos los que, sin saberlo, siempre animaron mi espíritu de lucha y supervivencia para que este sueño fuera posible.

Resumen

Este documento da cuenta de un proceso de investigación y ejercicio autobiográfico realizado por su autora, quien mediante la narración detallada de su historia de vida pretende mostrar el modo en que se acercó al feminismo y a los estudios de género, así como a la manera en que se concibe a sí misma como mujer negra/afrodescendiente.

Palabras claves: feminismo, género, negra/afrodescendiente, Estudios Culturales, machismo, patriarcado, racismo.

Abstract

This paper describes an autobiographical research carried out by its author. By means of a detailed account of her life story, she aims to show the way in which she took interest in feminism, and how she sees herself as a black/afro-descendant woman.

Keywords: feminism, gender, black/afro-descendant, Cultural Studies, chauvinism, patriarchy, racism.

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre una autobiografía no es nada fácil, es enfrentarse a una hoja en blanco que será tatuada a través de letras y textos que salen del ir y venir de la memoria. A veces en la narración de este esfuerzo autobiográfico, los recuerdos surgen a borbollones, mientras que en otras ocasiones aparecen borrosos e indelebles, como si no quisieran volver. Algunos son gratos, otros dolorosos y tortuosos; empero, al fin y al cabo, hacen parte de mi historia, de lo que soy, y como todo lo pasado y lo venidero, estarán marcados en mi cuerpo.

Todo cuanto he hecho encarna el resultado de lo que soy y cómo me siento, aunque entre esas ganancias y pérdidas hay algo que me roba la tranquilidad, pero a la vez se convierte en mi mayor fortaleza y el gran motor de mi vida: el sacrificio de no haber compartido con mi hija sus mejores años y de haber estado alejada de mi familia por más de veinte años por buscar otro destino, primero en Cali y después en Bogotá, porque yo tenía claro que quería tener otras posibilidades diferentes de realizarme como mujer negra/afrodescendiente¹ y campesina. Yo quería un proyecto de vida diferente al de las otras mujeres de Villa Paz, el corregimiento donde nací. Eso incluía a mi madre, mi abuela, algunas mujeres de mi familia y el resto de mujeres de la comunidad.

Este trabajo tiene como objetivo reconstruir desde mi historia de vida un camino y mis aproximaciones al feminismo, sin que esta sea una historia o genealogía del mismo. Lo que pretendo es entablar una conversación crítica con algunos feminismos para saber mis aproximaciones y divergencias en torno a estos. Desde una decisión muy consciente, he optado por partir de mis vivencias como una vía metodológica fuertemente ligada a una visión teórica acerca del papel de las y los individuos en la construcción de la historia, en este caso las mujeres. La idea es visibilizarla como un actor que ha sido históricamente desconocido en el contexto social y político, entre muchos otros ámbitos. En este sentido, este texto explora eso que yo quiero llamar mi autoreconocimiento como feminista, los elementos que me llevaron a reconocerme como tal y mi experiencia individual y colectiva. Quiero, además poder proponer un debate más sobre cómo asumimos ciertas mujeres el feminismo y cómo lo experimentamos desde una práctica política que atraviesa

¹ En este trabajo utilizo el término mujer negra/afrodescendiente como sinónimo, aunque no todas las mujeres han pasado por el proceso de reflexión en torno a esta categoría y sus implicaciones políticas. Reconozco que lo afro y lo negro como categoría de identidad política encierran construcciones distintas.

nuestras vidas, y se inscribe en nuestro cuerpo, enmarcadas en acciones sociales individuales y colectivas.

Escribir sobre mi historia es una decisión que tomé después de pensar qué trabajo haría para optar por el título de magistra en Estudios Culturales. Inicialmente, tenía claro que deseaba abordar un tema que estuviera relacionado con las mujeres negras/afrodescendientes y su situación. ¿Desde dónde? No lo sabía. No obstante, este tema había quedado en el tintero desde los tiempos en que laboré en la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz (IMP)², donde tuve la oportunidad de conocer más sobre el feminismo, sobre el movimiento social de mujeres en Colombia y sobre la perspectiva de género. Esto me había llevado a pensar y a mirar con más detenimiento los temas anteriormente mencionados, lo que me llevó a cuestionarme respecto de la situación de las mujeres negras/afrodescendientes. Mientras trabajaba en esta ONG, me surgieron algunas inquietudes sobre el feminismo y sobre el mismo movimiento de mujeres en Colombia: dentro de estos espacios ¿cuál era su papel dentro del feminismo negro en Colombia, si lo había? Y asimismo, ¿cómo podían entenderse las relaciones que había entre las feministas y las mujeres que pertenecían al movimiento? Todos estos cuestionamientos los hacía porque trabajando e interactuando con diferentes organizaciones, me había dado cuenta de que ahí también se jugaban relaciones de poder, evidentes en prácticas como la discriminación y la exclusión. Confieso, no obstante, que no concebía esas prácticas dentro del feminismo y tampoco pensaba que se dieran dentro del movimiento de mujeres; a mi criterio, lo anterior era como jugar en la misma cancha del patriarcado, el mayor opresor de las mujeres. Bien lo dice Celia Amorós: el feminismo ha de plantearse qué concepción del sujeto es la más adecuada si su proyecto es entenderse como una transformación del sistema jerárquico de género-sexo o patriarcado. Por supuesto que entendemos que el patriarcado está siempre incardinado en un entramado social e histórico concreto donde se entrecruzan con muchas otras variables relevantes como la clase, la raza, etc. (Amorós, 1997: 357-358). En mi corta visión —casi ingenua— sobre estos temas había también una

² Espacio de 22 organizaciones de mujeres. Logra alianzas entre organizaciones de mujeres que trabajan por la paz para incidir en instancias de decisión política y de paz.

especie de confusión que me llevó a pensar, por mucho tiempo, que “feminismo” y “movimiento de mujeres” eran equivalentes.

Haber conocido del feminismo y vivir la experiencia de haber estado en el seno del movimiento social de mujeres en Colombia me ha permitido entender, por un lado, el feminismo desde sus dimensiones reales y su quehacer como una práctica política histórica de las mujeres en la defensa de sus derechos; y por otro, el hecho de que el movimiento social de mujeres se nutre de muchas vertientes y expresiones, incluidas el feminismo. Quiero, sin embargo, plantear otras dos definiciones que me parecieron interesantes. Para Nelly Richard, el feminismo alude a los movimientos de mujeres y a la fuerza contestataria de las luchas sociales destinadas a corregir la discriminación sexual tanto en las estructuras públicas como en los mundos privados (Richard, 2008:7). El movimiento social de mujeres, por su parte, se alimenta de diferentes vertientes como la popular, la política partidaria y distintos feminismos, estos entre los más significativos. En estas expresiones miré cómo confluían las diferentes luchas a veces desiguales e incluso contradictorias, que no siempre expresan ni apuntan a transformar las relaciones de género. Virginia Vargas prefiere acuñar una definición de Teresita de Barbieri:

Vale la pena dentro de las diferentes expresiones del movimiento de mujeres, hacer una distinción entre movimiento de mujeres en general y movimiento feminista. Como lo señala Teresita de Barbieri, al hablar de movimiento feminista nos referimos a las movilizaciones centradas en las demandas de género, la autonomía y responsabilidad de cada mujer sobre si misma: su fuerza de trabajo y su capacidad de reproducción y su sexualidad. Los movimientos de mujeres son acciones colectivas con predominio numérico de la problemática femenina pero no necesariamente constituido alrededor de identidades y demandas de género. Es cierto, sin embargo que el movimiento feminista tiene expresión también en el movimiento de mujeres y en diferentes espacios que van más allá de los grupos militantes y de los grupos de acción (Vargas, sf: 196).

Pensando en todas las inquietudes expuestas anteriormente, finalmente me decidí por indagar más sobre el feminismo negro y su quehacer dentro del feminismo. En concreto, quería saber lo siguiente: 1) ¿realmente había una práctica feminista en Colombia desde las mujeres negras/afrodescendientes? 2) ¿Quiénes se asumían como feministas negras? Y 3) ¿cuáles eran las principales contribuciones del feminismo negro a la epistemología

feminista en Colombia? Sobre esto, cierta idea —a partir de la cual quería comenzar a abordar mi investigación— había ocupado mis pensamientos: había cierta práctica invisibilizadora dentro del feminismo.

Para orientar mejor lo que quería hacer, pensé que debía hablar con alguien sobre el tema decidí entonces contactar a la profesora Mara Viveros, adscrita a la Escuela de Género de la Universidad Nacional. En la conversación que sostuvimos, aproveché para hacerle una entrevista sobre el tema del feminismo negro, luego la cual ella quiso saber un poco sobre mí. Luego de contarle mi vida a grandes rasgos, me dijo lo siguiente: “María Elsy, ¿por qué no trabajas el feminismo desde tu historia de vida?”. En principio, su propuesta me pareció extraña: “¿qué atractivo puede tener mi vida?”, pensé. “¿A quién le puede interesar?” “Más aún, ¿cómo puedo relacionarla con el feminismo?”

La propuesta llamó mi atención, pero no estaba muy convencida de ponerla en marcha. Cuando vi la materia Trabajo de Grado I, e hice la primera entrega, la cual tuvimos la oportunidad de leer en clase, el profesor Eduardo Restrepo me sugirió lo que ya había hecho la profesora Viveros. Unos días después hablé con mi superior en materia laboral, Enrique Bautista, y le hice un bosquejo de lo que pretendía; él, quien conocía mi vida puesto que antaño fue mi profesor en el pregrado (Comunicación Social con énfasis organizacional), me sugirió lo mismo. Luego de reflexionar sobre los alcances que podía tener la investigación, decidí abordar mi historia de vida desde el feminismo, sumada a la perspectiva de género. A partir de ese momento empecé a trabajar en la reconstrucción de esa memoria borrosa de mis años de infancia, adolescencia y adultez. Para ello, creí, era necesario empezar a revisar mi historia desde lo que había sido mi entorno familiar y comunitario, del cual siempre tuve serios cuestionamientos, especialmente en lo que alude al tipo de relaciones que establecemos mujeres y hombres en los planos familiar y organizativo.

Yo, que me he considerado desde mi adolescencia una mujer inquieta por la vida comunitaria, nunca me consideré feminista en esa etapa de mi vida, y más cuando no conocía ni me habían hablado del feminismo. En lugar de ello, me veía como una lideresa comunitaria y activista de los derechos de las comunidades negras. Pero aun no reconociéndome feminista, la vida me llevó a hacerme desde el seno de mi familia y desde

el contexto villapaceño unos cuestionamientos del papel de ser mujer en una familia donde la figura del padre es la viva representación de la cultura patriarcal y del machismo hecho hombre y la de la madre, una mujer sumisa, sacrificada, maltratada y con el peso de catorce hijos; once de ellos mujeres, víctimas de un entorno que reproduce el poder y el protagonismo de los hombres casi como un mandato divino.

Con este panorama empecé a entender todo lo que el feminismo había hecho a lo largo de su historia y que lo que hoy tenemos es el producto de esas luchas; que el feminismo es un detractor del orden patriarcal que critica aspectos nocivos para las mujeres, los cuales son destructivos, opresivos, enajenantes y que se producen por la organización social basada en la desigualdad, la injusticia y la jerarquización política de las personas basadas en el género. Eso ya le daba sentido a lo que yo quería plantear desde mi historia de vida, porque esta pasaba por mi propia historia, la de mi mamá, mis tías, mis hermanas, mi abuela, las mujeres de Villa Paz, la de mi hija posiblemente y la de muchas otras mujeres. Yo estaba poniendo desde mi vida y mi pequeño contexto social, una realidad conocida ampliamente.

En este texto doy cuenta de cómo en mi adolescencia fui una mujer que puso en duda las relaciones y los roles de género establecidos para hombres y mujeres, sin conocer el trabajo de género. Era consciente de que mi realidad era parte de las expectativas de comportamiento establecidas para las mujeres por parte de una estructura sociocultural. Estas expectativas, a su vez, están mediadas por unas relaciones de poder y dominación de los varones sobre las mujeres, desde una visión de mundo que nos discrimina, subordina e invisibiliza y además, nos pone como el “sexo débil”. Y, de forma paradójica, esto último es lo que menos somos las mujeres, aún más si examino ejemplos como el de mi madre, entre muchos otros que conozco. Puedo decir que mi llegada al feminismo comenzó desde mi adolescencia, sin ser conocedora de este movimiento social y político, más como un acto intuitivo, desde mi experiencia y condición de mujer negra/afrodescendiente, que como una conocedora de los derechos de la mujer y de una conciencia feminista.

Desde mi trasegar por organizaciones de mujeres, desde diferentes lecturas y desde el activismo, pude conocer del cambio que en este momento tenemos sobre el sistema sexo-género, enmarcado en un conjunto de prácticas, símbolos, normas, representaciones y valores sociales que se han elaborado a partir de las diferencias sexuales. La perspectiva de

género me ha permitido analizar y comprender las características que definen a las mujeres y a los hombres de una manera específica, así como sus semejanzas y diferencias. Esta mirada analiza también las posibilidades vitales de las mujeres y los hombres: el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, las complejas y diversas relaciones sociales que se dan entre ambos géneros, así como los conflictos institucionales y cotidianos que deben enfrentar y las maneras en que lo hacen (Lagarde, 1997:15). Indagar sobre lo anterior me llevaba a revisar desde mis vivencias el desarrollo personal y social de hombres y mujeres, claro, visto desde el dominio y la opresión de un género sobre otro y en mí caso atravesado por el componente étnico.

Estoy convencida que desde el feminismo se han librado importantes luchas por la igualdad, que nos han representado grandes avances en términos de posicionamientos de las mujeres y que ha recaído en la lucha individual de los movimientos sociales de mujeres con sus demandas. Estos logros se han visto reflejados, por ejemplo, en el cambio de legislación, en el tema del aborto, la violencias contra las mujeres, se han reafirmado compromisos estatales e institucionales, pero es claro, sin embargo, que en nuestra realidad todavía subsiste la discriminación y la exclusión.

Más allá de la perspectiva de género y del tema del feminismo también dentro de este trabajo cabe preguntar qué significa ser mujer negra/afrodescendiente. Creo que esta pregunta es muy pertinente en tanto que, como mujeres negras, hemos sido invisibilizadas y oprimidas, al tiempo que estamos dentro del rango de la población más empobrecida. Igualmente, hemos sido ignoradas por la historiografía burguesa, por las mujeres blancas y por el género masculino. Además, hemos permanecido subordinadas por la raza, y sobra decir que dentro de los movimientos y organizaciones de las negritudes por décadas no nos sentimos acogidas como mujeres, y menos aún representaron nuestras demandas más sentidas. Esto implica pensar que como mujeres negras/afrodescendientes hemos de construir un lugar donde aparezcan esas otras voces que pueden estar articuladas o no al movimiento social de mujeres donde pueden converger y ser solucionadas, no solo las diferencias, sino esas tensiones y esos nudos que a veces han sido difíciles de desatar precisamente por el carácter complejo y diverso de este movimiento.

Desde este trabajo autobiográfico he querido despejar dudas, poniendo todas esas consideraciones anteriores en el campo de los Estudios Culturales, para proponer y hacer visibles desde mi historia de vida algunos aspectos relevantes sobre las mujeres negras/afrodescendientes, mostrando desde mi experiencia y desde el medio en el que he habitado, situaciones en torno al feminismo, a la perspectiva de género y la relación que establecemos con las otras y los otros.

Quiero anotar entonces que mi propuesta parte del campo de los Estudios Culturales porque, como lo plantea Grossberg, estos últimos son un proyecto que pretende construir una historia política del presente, y lo hace de manera particular, una manera radicalmente contextualista. De este modo, los estudios culturales buscan evitar reproducir las mismas especies de universalismos (y esencialismos) que con mucha frecuencia han contribuido, como práctica dominante de producción de conocimiento, a forjar las mismas relaciones de dominación, desigualdad y sufrimiento a las que tratan de oponerse los estudios culturales —en los aspectos político, analítico y estratégico—. En otras palabras, como proyecto, los estudios culturales buscan prácticas capaces de acoger la complejidad y la contingencia, y de evitar cualquier especie de reduccionismo (Grossberg, 2006:47). Teniendo como premisa lo anterior, me permito apelar al compromiso que tienen los estudios culturales con esas luchas a la hora de asumir la defensa de los grupos de identidad minoritarias (feministas, indígenas, negros/afrodescendientes, homosexuales, etc.) dentro de la sociedad civil mediante activas “políticas de representación” que buscan corregir la injusticia de sus marginaciones y exclusiones sociales reinterpretando “[...] los derechos de estos grupos a intervenir en los sistemas académicos de conocimiento para transformar sus reglas [...]” (Richard, 2005: 190).

El feminismo como una teoría y un discurso político, no podía estar por fuera de las discusiones académicas que se plantean las disciplinas académicas y por supuesto desde los Estudios Culturales. El pensamiento feminista se abrió paso en las ciencias sociales en la década de los ochenta del pasado siglo. Los estudios de género, como parte de los Estudios Culturales, enriquecieron sobremanera este naciente campo transdisciplinar a través de la inclusión de nuevas categorías analíticas y objetos de estudio. Como lo muestra Joanne

Hollows, los Estudios Culturales feministas no han establecido simplemente una ecuación entre la significatividad de la cultura popular con cuestiones de representación y análisis textual. Los Estudios Culturales feministas también aportaron ideas –y recibieron a su vez contribuciones– a los debates generales sobre cómo analizar y teorizar la cultura, especialmente en el Centre for Contemporary Cultural Studies (Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) de Birmingham.

Los Estudios Culturales analizan las complejas relaciones entre instituciones, industrias, textos y prácticas culturales y, por lo tanto, aunque las cuestiones de representación son centrales, no son su única preocupación. “[...] la preocupación de los estudios culturales feministas por las cuestiones de representación no debería hacernos ignorar las contribuciones feministas a cuestiones sobre la economía política de la cultura, la política cultural y la “experiencia vital [...]” (Hollows, 2005:16).

Mi autobiografía tiene sentido en la medida en que pueda contribuir a que las mujeres negras/afrodescendientes y a otras miren y entiendan esas individualidades que caminan cargando a cuestas la tragedia de una sociedad poco equitativa, pero que encuentra eco en prácticas poco ortodoxas, profundizando las desigualdades y las injusticias. Asimismo, en este trabajo quiero resolver e identificar algunos cuestionamientos que muchas veces me hice como mujer, más allá de lo étnico. Estos se relacionan básicamente con el rol de ser mujer en un corregimiento como Villa Paz y las frustraciones que posiblemente tendría que vivir si hubiera adoptado las prácticas y normas establecidas desde los roles que asumíamos como mujeres y hombres en el contexto que nos desarrollamos.

Así pues, en términos generales, yo necesitaba en este trabajo autobiográfico dar cuenta de lo que soy, para entender qué es ser mujer negra/afrodescendiente en mi comunidad y fuera de ella. Debo indagar, por supuesto, sobre las condiciones en que vivimos las mujeres negras/afrodescendientes y analizar cuál es nuestra experiencia. De igual manera, me interesa hacer un análisis dentro de los movimientos y organizaciones mixtas afrodescendientes de qué pasaba con las relaciones de género más allá de una agenda política establecida desde la identidad étnica. Siguiendo a Flórez,

[... me] interesa más comprender cómo los disensos en torno a este asunto suscitan ciertos efectos a partir de los cuales es posible imaginar futuros

cambios, no sólo en las relaciones de género, sino también en el mismo movimiento. Importa ver cómo su lucha no se agota en la defensa de lo negro por lo negro y da cabida a deseos vinculados a otros condicionantes históricos de su acción política [...] (Flórez 2005: 226).

Este elemento me parece interesante pues, a partir de allí, puedo examinar los cambios no solo en la relaciones de género, sino cómo las mujeres negras/afrodescendientes han generado un cambio y una nueva visión política desde las organizaciones mixtas y desde la construcción de sus propias dinámicas organizativas. Otro aspecto que me interesó indagar es cómo las mujeres negras/afrodescendientes, desde su saberes, su cosmovisión y voluntades, tenemos unos espacios de vida que a veces nos ponen entre los límites borrosos e indefinibles del movimiento social de mujeres, de las prácticas del feminismo y nuestros propios procesos, cruzadas por las interacciones de las dinámicas de afirmar y/o rechazar las identidades que nos definen como mujeres negras.

Para Betty Rodríguez, quien ha participado activamente en el movimiento de comunidades negras, lo anterior da para pensar en un carácter divisionista entre las mujeres del movimiento social, las feministas y el movimiento de mujeres negras. Ella insiste en la visibilización política y organizativa de las mujeres negras respecto a las organizaciones que han liderado los hombres negros pero además, propugna por una interacción de reconocimiento político-organizativo con nuestra visión y posicionamiento en los procesos de mujeres en términos generales (Rodríguez, 1997: 35). Por eso, no es gratuito que desde mediados del siglo XX, en el caso de Villa Paz, las mujeres negras vengán generando sus propios procesos organizativos como actoras sociales. Ese es mi caso y el de otras mujeres jóvenes.

Con lo anterior, quiero enunciar solo algunos de los problemas a los que debemos enfrentarnos las mujeres negras/afrodescendientes y será, en los que se centraría esta autobiografía, porque entiendo que ser mujer negra/afrodescendiente en este país no es solo cuestión de raza sino también de posición social. El simple hecho de ser descendientes de esclavos, en nuestro caso africanos, nos pone en una situación negativa (empobrecida e inferiorizada). El color de la piel da un valor social y encasilla en un estereotipo, con los que los demás construyen una imagen de la persona.

En términos metodológicos, utilicé un instrumento denominado diario intensivo³, que consiste en una práctica de autoanálisis desarrollada por el sociólogo Ira Progoff en 1984. Llevar un diario intensivo me permitió construir mi relato y llegar a las fuentes del recuerdo, a ese lugar interior donde estaban confinados los datos que me sirvieron de insumo para el desarrollo de este trabajo. Esto conllevó, desde luego, a una observación de mí misma que me posó en el doble papel de investigadora e informante. Para entender el contexto histórico del corregimiento, de mi situación y de las mujeres en Villa Paz, recurrí a entrevistas etnográficas⁴ y a conversaciones informales con algunas personas mayores conocedoras y conocedoras de la comunidad. Por ejemplo, entrevisté a mi papá y a mi mamá, pero también tuve conversaciones más espontáneas con ellos y con mis hermanas, aunque a veces era incómodo y doloroso hablar de ciertos temas, especialmente con mi mamá, sobre lo que implicaba la relación con mi papá y su historia de vida. Estas entrevistas y conversaciones me permitieron indagar más sobre esos acontecimientos vividos y otros no vividos difusos en mi memoria. Acudí igualmente a un texto escrito donde se recoge parte de la historia de Villa Paz desde comienzo hasta finales del siglo XX llamado “Currículo y comunidad: una experiencia de innovación educativa” (Chávez, Navarrete y Venegas: 1992). Recurrí, además, a la revisión documental, lo que presupuso frecuentar bibliotecas y revisar numerosas páginas web referidas al tema. Todo lo anterior me permitió enrutar esta experiencia autobiográfica.

Esta apuesta metodológica implicó un diálogo y un ejercicio constante con la memoria. Sin importar el lugar o la hora, había que consignar en lo que se pudiera esos destellos espontáneos de recuerdos que no se podían perder. Hice una combinación entre la observación y la escucha, visité por días y horas varias bibliotecas e hice algunas entrevistas que demandaron habilidad para el análisis y la disposición de tiempo, especialmente en lo que se refiere al trabajo de transcripción.

³ El DIP es un método de crecimiento personal integral. Intenta crear un ambiente en el que la persona pueda acceder a ese "lugar" interior que guarda datos reveladores para su desarrollo. Este trabajo pone en contacto con la propia fuerza interior, ayudando a descubrir las profundidades y potencialidades de las que no somos conscientes totalmente.

⁴ Hice algunas entrevistas con preguntas abiertas y cerradas que me permitieran indagar sobre procesos y algunas historias de vida.

Este trabajo de investigación consta de una introducción, tres capítulos y una conclusión, a través de los cuales intento hacer un recorrido por mi vida desarrollando conceptos, categorías y prácticas cotidianas que me sirven para hacer un análisis de cómo fue mi aproximación al trabajo comunitario (capítulo 1), a distintas organizaciones de comunidades negras (capítulo 2), y al movimiento de mujeres, al feminismo, al trabajo de género y a la academia (capítulo 3). En este recorrido por mi vida, y desde las múltiples interacciones y relaciones organizativas que logro analizar, encuentro cómo dentro del movimiento de mujeres y las feministas existen unas prácticas y unos espacios que se articulan y se desarticulan de acuerdo a intereses de proyectos colectivos y particulares. Al mismo tiempo, doy cuenta de cuán diverso y heterogéneo es el movimiento de mujeres en Colombia —más de lo que yo misma imaginaba—.

El primer capítulo de mi autobiografía está enfocado a contar parte de mis vivencias personales, familiares y organizativas en Villa Paz, el corregimiento donde nací. En él hago un repaso desde la memoria de toda mi niñez, mi adolescencia y parte de mi adultez en un entorno familiar y comunitario, donde empiezo a dar mis primeros pasos como activista con otros y otras compañeras y nos empezamos a perfilar como líderes y lideresas juveniles. Con mi incursión en estos espacios, empecé a notar la poca participación de las mujeres en los procesos comunitarios y organizativos, y me planteé los primeros cuestionamientos sobre la vida de las mujeres en relación con los derechos respecto a los hombres. Realicé mis primeros trabajos comunitarios en Villa Paz como integrante del grupo comunitario, en mis épocas de estudiante de bachillerato, hacia mediados de la década de 1980, y luego tuve la posibilidad de interactuar con organizaciones indígenas y de comunidades negras del norte del Cauca y el sur del Valle a través de la ONG Empresa de Cooperación al Desarrollo – Emcodes, fundación sin ánimo de lucro con vinculaciones internacionales (nacida en Cali, en la década de 1970), que tenía como objetivo general brindar apoyo a procesos integrales de desarrollo de grupos empobrecidos. Esta fundación también prestaba asesoría a procesos emancipatorios de grupos marginales en la promoción y el mejoramiento del nivel de vida de sectores populares y la Universidad del Valle. Mi vida como activista la inicié con estas entidades, especialmente la primera. En estos grupos trabajé en temas de Derechos Humanos, me capacité en técnicas agropecuarias y en especies menores, hice teatro y tuve, además, la oportunidad de interactuar con otras

organizaciones de comunidades negras en temas de identidad étnica. La mayoría de estas eran mixtas. El grupo comunitario fue uno de los primeros colectivos en Villa Paz que tenía dos características específicas: por un lado, hombres y mujeres estábamos en igualdad de condiciones frente a las dinámicas que se daban en el grupo (esta era una condición), sin que supiéramos de equidad de género; y, por el otro, estaba conformado por jóvenes que venían propugnando por un cambio generacional dentro de las organizaciones, pues quienes las lideraban eran en su mayoría hombres de edad que no creían mucho en el ímpetu de los menores. Este capítulo dará cuenta, a través de un recorrido histórico, de mis vivencias y de los procesos organizativos en Villa Paz, y de cómo este corregimiento no es ajeno a las prácticas sociales y culturales del machismo y del patriarcado, pues la historia del corregimiento tanto social, cultural y organizativa se construyó y se contó por décadas desde la vivencia de los varones y es claro, que como siempre las mujeres estuvieron ahí, pero aparecen a la sombra del acontecer histórico de la comunidad, generando sus propios procesos sin mucho visibilización.

En el segundo capítulo profundizo en esas luchas y expectativas que tengo como mujer, por construir un proyecto de vida diferente al que hubiera tenido que vivir en Villa Paz: casarme, tener hijos y seguir una vida igual a la de muchas mujeres que yo conocía, con muy pocas posibilidades quizás de poder acceder a una universidad. Lo confieso, yo aspiraba a más. Por eso quería estudiar, hacer una carrera y ser el apoyo de una madre que había sacrificado su vida criando catorce hijos al lado de un hombre machista, autoritario e irresponsable. Con ese ejemplo y muchos otros empecé a soñar con otras posibilidades. Esos sueños me trajeron a Bogotá en 1991, ciudad en la que tuve que librar una ardua lucha contra la discriminación, la falta de oportunidades y las dificultades económicas para lograr lo que me había propuesto. Ese cambio coincidió con un momento crucial para la nación: se estaba debatiendo un nuevo proyecto constitucional, que daría vida a muchas de las instituciones y reformas que hoy tenemos. Más allá de esto, la nueva constitución dejaba dos elementos importantes que quiero resaltar: 1) en el caso de las mujeres, unos artículos⁵

⁵ El artículo 43 de la Constitución Colombiana, establece que: "La Mujer y el Hombre tienen iguales derechos y oportunidades. La Mujer no podrá ser sometida a ninguna clase de discriminación. Durante el embarazo y después del parto gozará de especial asistencia y protección del Estado. El estado apoyará de manera especial a la mujer cabeza de hogar".

donde se reconoce la necesidad de la igualdad de género entre hombres y mujeres, lo que da pie para muchos de los mecanismos de defensa de nuestros derechos y a las políticas públicas que hoy se implementan; y 2) en el caso de las comunidades negras, le da vida al Artículo 55 Transitorio, que deriva en la Ley 70 de Comunidades Negras, generando un reconocimiento de la diversidad étnica y cultural, pero además, promoviendo nuevas propuestas identitarias y de prácticas de representación y gestión sobre el territorio. Aunque habría hoy que dar un debate amplio sobre para qué nos han servido ambos elementos y cuáles son hoy los resultados, la Constitución del 91 abrió la puerta a lenguajes políticos que antes no tenían cabida.

Nadie había dicho que era fácil, pero en este capítulo evidencio las dificultades a las que se enfrentan las mujeres negras/afrodescendientes campesinas en una ciudad como Bogotá. Mi situación era la de muchas mujeres que llegaban del campo a la ciudad en condiciones difíciles, algunas huyendo del conflicto armado, de la pobreza y de la falta de oportunidades, entre otras situaciones. Al llegar a la ciudad debemos afrontar, en la mayoría de los casos, la falta de oportunidades, el ser estereotipadas e incluso discriminadas, situación que nos obliga a aceptar trabajos mal remunerados y de jornadas extensas, donde nos exponemos a los abusos laborales, al acoso sexual y a situaciones indignas, o simplemente a la informalidad.

El tercer capítulo se centra en hacer un recorrido por mi paso por las diferentes organizaciones de mujeres como La Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, La Corporación de Investigación y Acción Social y Económica – CIASE, y mi interacción con algunas instancias del Distrito como la Política Pública de Mujer y Género, así como la experiencia de haber hecho parte del Consejo Consultivo de Mujeres. Haber podido participar de estos espacios me permitió analizar y conocer desde mi propia experiencia la dimensión social y política de estas organizaciones, y cómo se registran las dinámicas y procesos que las constituyen desde su conformación hasta su consolidación. Mi participación en ella me permitió ver cuáles son realmente sus prácticas y la visión que ahí se maneja del feminismo y los asuntos de género.

No puedo pasar por alto la oportunidad hacer un análisis desde aquella que considero mi visión del feminismo dentro de sus lógicas socioculturales como una práctica emancipatoria de las mujeres para las mujeres. Como lo define el *Diccionario de estudios de género y feminismo*,

[...] El feminismo propugna un en las relaciones que conduzca a la liberación de la mujer a través de eliminar las jerarquías y desigualdades entre los sexos. También puede decirse que el feminismo es un sistema de ideas que, a partir del estudio y el análisis de la condición de la mujer en todos los órdenes- familia, educación, política, trabajo, etc.-,pretende transforma las relaciones basadas en la asimetría y opresión sexual mediante una acción movilizadora [...]
(Gargallo, 2007:259)

Esta cita me permite introducir una inquietud que me genera el haber pasado e interactuado no solo con organizaciones de mujeres, sino con muchas feministas, y es la medición de fuerzas individuales y colectivas en las organizaciones de mujeres que conlleva a una lucha de poder que se genera por la cantidad de intereses que se juegan en estos espacios, empezando por la lucha de los protagonismos colectivos e individuales hasta el reconocimiento y la visibilización que se puede tener especialmente dentro del movimiento de mujeres. Esto me lleva finalmente a hacer otra reflexión de las organizaciones de mujeres y del movimiento social de mujeres en Colombia, que no escapa a otros movimientos y que se inserta dentro de las nuevas lógicas globales y en la de la guerra, como lo menciona Doris Lamus, y es la organización e incorporación de nuevas formas de organización e institucionalización requeridas para la legalización/legitimación de dichos movimientos para acceder a recursos, por ejemplo, a través de las ONG. Si bien esto a menudo contribuye al fortalecimiento interno e internacional del movimiento, también introduce en él nuevas tensiones y nuevas relaciones de poder, tanto globales como regionales y locales (Lamus, sf: 10). Muchas de las organizaciones por las que pasé no fueron ajenas a este fenómeno, y a veces las tensiones, los desacuerdos y las diferencias fueron tan profundos que fue difícil sostener acuerdos y alianzas.

Quiero finalmente mostrar en esta autobiografía lo que fue mi proceso para llegar al feminismo y autorreconocerme como parte de él. Reconozco en algunas de las corrientes de esta práctica política y social, el hecho de que nos han señalado a las mujeres una forma distinta de estar en el mundo. Los diferentes feminismos han producido un nuevo *locus* de

enunciación desde el cual las feministas han discutido importantes pilares de la modernidad. La apuesta feminista lo ha hecho desde la producción de un conocimiento y una práctica política contrahegemónica a lo patriarcal —dependiendo de las corrientes feministas también contrahegemónicas al capitalismo y al colonialismo, o a otras estructuras de dominación— que, sin embargo, en algunos momentos ha replicado aspectos cuestionables de la modernidad.

Hago mi análisis desde ahí, desde mi lugar de enunciación y desde la manera en que atraviesa mi experiencia y mi historia de vida como mujer negra/afrodescendiente y campesina, y que me sitúa en tiempos y espacios diferentes donde he ido tejiendo relaciones y procesos colectivos, y construyéndome como mujer.

1. La familia y el lugar de donde vengo

Nací en un lugar llamado Villa Paz, corregimiento del municipio de Jamundí, al sur del Valle del Cauca; la mayoría de la población es afro, descendientes de esclavos africanos. Desde este lugar, y sin conocer del feminismo he querido entender mi relación con este, la cual está ligada a esas inquietudes que me asaltaban cuando me cuestionaba de manera espontánea, y sin respuesta alguna, sobre las relaciones entre hombres y mujeres. En el lugar del que provengo, estas relaciones han estado siempre dadas como un asunto natural, donde el hombre es la cabeza del hogar y el proveedor —o, en mis propis palabras, el “reproductor”—, y la mujer es la que por tradición se ha encargado de los asuntos del hogar y del cuidado de la familia. En el caso de las mujeres de Villa Paz, el lugar donde nací y viví gran parte de mi vida, esta era una regla que se cumplía a cabalidad, con el agravante de que la mayoría de sus habitantes somos mujeres, muchas de ellas sometidas a violencia intrafamiliar, exclusión e invisibilización en los procesos organizativos. Ellas, que también aportaban al hogar con su trabajo no solo doméstico, sino laboral, no escapaban al machismo y a la herencia patriarcal. Esta situación no ha sido diferente a las relaciones desiguales que se han establecido por siglos entre hombres y mujeres en las distintas sociedades y en este tipo de relaciones, se ha institucionalizado el dominio masculino sobre

las mujeres y los niños y niñas, para el caso de la familia, y se ha ampliado ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general.

Comprender lo que pasaba en las relaciones tan desiguales entre hombres y mujeres me llevó algún tiempo. Y esa sería tal vez la motivación que me permitió, en un corregimiento como Villa Paz, querer tener y experimentar otro tipo de vida, diferente a lo que veía en la cotidianidad. Me parecía que eso no normal, pero era algo que estaba naturalizado y no por los villapaceños, sino por las prácticas sociales y la cultura. Quería entender lo que pasaba desde otro ángulo, pero carecía de referentes y modelos de relaciones de pareja más allá de lo que veía en mi familia y los alrededores, y aún menos contaba con el bagaje académico para hacer análisis más profundos. En el caso de Villa Paz, estas desigualdades entre hombres y mujeres no solo se daban en la relación que se establecía entre hombre y mujer en el ámbito familiar sino también dentro de las organizaciones. Reconozco allí un nivel de subordinación donde las mujeres no son reconocidas como sujetas de derecho y el común denominador estaba dado por los roles asignados a hombres y mujeres. La mujer recibe el mayor peso de la desigualdad: dobles y triples jornadas de trabajo, víctimas de múltiples violencias por parte de sus maridos por creerlas de su propiedad y desigualdad entre el desarrollo personal y social, etc.

Esta desigualdad está marcada por la diferencia sexual que ha significado perjuicio para las mujeres. La subordinación femenina involucra ámbitos de la sexualidad, la afectividad, la economía y la política. Esta son, en pocas palabras, las caras de dominación del patriarcado, que es un orden social genérico del poder, basado en un modo de dominación donde el paradigma es el hombre, en él se asegura la supremacía de lo masculino sobre la interiorización previa de las mujeres y de lo femenino (Lagarde,1996:52).

Como yo lo veía en Villa Paz, a pesar de la importancia que tiene la mujer en el sostenimiento y la edificación de la familia y del tejido social, especialmente en las poblaciones afrodescendientes, pareciera que pesa más el orden patriarcal opresivo, que no reconoce el papel de la mujer en la sociedad y que cada vez más profundiza las desigualdades, las injusticias y la jerarquización política de las personas basadas en el género, como lo manifiestan Betty Ruth Lozano y Bibiana Peñaranda:

Vivimos la urgencia de pensar y asumir una alternativa desde nuestro ser de hombres y mujeres negras, donde se plantee y se asuma la perspectiva de género, ya que ninguna de las posiciones políticas del movimiento negro colombiano la han asumido, por lo que las mujeres negras continuamos siendo invisibles dentro de la población negra en general. Las organizaciones de comunidades negras no reconocen la situación subordinada de la mujer dentro de la cultura negra misma ni dentro de la sociedad en general (Lozano, Peñaranda, 2007: 717).

Como mujer negra/afrodescendiente y habitante de un corregimiento que no era ajeno a esa relación de subordinación entre hombres y mujeres, con unas prácticas profundamente machistas, pensé que si no hacía algo, estaba condenada tal vez a envejecer añorando lo que pudo ser y no fue, como muchas mujeres que conocía. En mi adolescencia, mis preocupaciones eran varias, y no solo en los aspectos que tenían que ver con las relaciones entre hombres y mujeres: me inquietaban asuntos como los sucesos que tenían que ver con la comunidad, por ejemplo. Fueron precisamente estos acontecimientos los que definirían, en parte, el rumbo de mi vida. A menudo me preguntaba cómo podía hacer para ayudar a mejorar la calidad de vida de mi familia. Todas esas inquietudes fueron, de alguna forma, el “motor” que me impulsó a pensar en cambiar mis perspectivas a futuro.

Mi nombre es María Elsy Sandoval Sandoval y formo parte de una familia numerosa: mi madre es Angelina y mi padre Hernán, a quien todos conocen como “media libra” por su extrema delgadez. De esta relación nacieron catorce hijos, once mujeres y tres hombres de los cuales soy la tercera. Por lo que me contó mi mamá, se casó con mi papá cuando tenía quince años y él veinticinco, y lo hizo porque quería escapar de la actitud machista de mi abuelo. Ella quería estudiar enfermería y él solo apoyaba a sus hijos varones; a ninguna de sus hijas mujeres, en cambio, les dio estudio, porque pensaba que el lugar de las mujeres era el hogar. Aunque sus hijos hombres sí contaban con su apoyo, solo uno de ellos terminó el bachillerato. Según dicen, el mayor de los hombres, mi tío Oliverio, era un estudiante brillante, pero murió cuando estudiaba el bachillerato a manos de un primo, quien jugando lo mató con una escopeta de propiedad del hermano de mi abuelo.

Con nostalgia, pero a la vez con orgullo, mi mamá guarda todavía los diplomas, ya café por el paso del tiempo, que ganó en la escuela y que están ya perforados por las polillas.

Dice que solo estudió hasta tercero de primaria y cuenta que en sus años de escuela fue la mejor, por eso en esos tres años que alcanzó a estudiar, no solo le dieron esos reconocimientos, sino que la sacaban con frecuencia a izar la bandera como un reconocimiento a su disciplina, inteligencia y esfuerzo, hechos que confirma mi abuela, María Cruz.

Según mi madre, haber dejado el hogar de sus padres para casarse tan niña no fue la mejor solución, pues se casó con un hombre machista, posesivo, maltratador e irresponsable. Cuenta ella que desde el inicio de su matrimonio, debió asumir la responsabilidad de sacar adelante sus catorce hijos —dio a luz a muchos hijos porque él no le permitía planificar—. Para las personas machistas, como mi papá, toda mujer que planificaba lo hacía para “buscar mozo”. Hombres que pensaban como él abundaban en Villa Paz, lo que constituye una de las razones que explica la existencia de familias tan numerosas (en broma, solíamos decir que existían familias numerosas porque no había televisión). La vida conyugal de mis padres siempre estuvo llena de dificultades: ante la poca colaboración de él, ella debía combinar el trabajo del hogar con la “cacharreada”, actividad que consiste en comprar los productos que se producen en las fincas, como frutas y plátanos, para revenderlos en las plazas de mercado, también llamadas “galerías”; ella lo hacía en la de Jamundí y Santa Helena en Cali. Hoy, solo trabaja en la de Jamundí. Esta actividad la alternaba con una fritanga que tenía inicialmente los domingos, que después se extendió a los sábados conforme sus hijas mayores crecimos lo suficiente para atenderla.

Quiero abordar un elemento importante para el análisis en las relaciones de género: la división sexual del trabajo, uno de los pilares básicos del sistema patriarcal por siglos para subordinar a las mujeres. En todas las sociedades actuales se encuentran diferencias basadas en el género con respecto a los trabajos que realizan hombres y mujeres; estas diferencias son el resultado de las formas de organización social y el reparto genérico del mundo público (para los hombres) y privado (para las mujeres).

Aunque pueda parecer algo natural, la división de las tareas productivas (trabajo) y reproductivas (cuidado) de la sociedad tiene un origen histórico. La historia y la sociología han denominado este proceso de división y distribución del trabajo como “división sexual del trabajo”, “división del trabajo con base en el sexo” o “división genérica del trabajo”.

El concepto de división sexual del trabajo permite analizar con más claridad los roles sociales diferenciados por sexo. Esta división, que se considera una construcción cultural y, por tanto, susceptible de ser modificada, determina cómo los roles se distribuyen en la sociedad: las mujeres estarían a cargo de la reproducción social y los hombres de las tareas productivas. Para el caso de Villa Paz y de muchas mujeres en Colombia, su rol está dado en doble sentido, reproducción social y tareas productivas, porque su lugar no solo está en lo privado. Cuando las mujeres trabajan remuneradamente, aun cuando lo hacen de tiempo completo, la distribución de las tareas domésticas y de cuidado sigue siendo desigual, porque la jornada de trabajo total de las mujeres dedicada a labores remuneradas y no remuneradas es mayor que la de los varones.

La participación laboral remunerada de las mujeres es menor cuando existen niñas y niños en edad preescolar. El problema radica en que esta división establece relaciones jerárquicas de poder. En esta ecuación, la mayoría de las mujeres queda recluida a la ejecución de tareas sin visibilidad ni reconocimiento social: el trabajo doméstico es un ejemplo de ello. Como las relaciones de género conforman una matriz cultural, esta diferenciación y desvalorización del trabajo femenino, se traslada al ámbito público y del mercado laboral en el que las mujeres ocupan, en su mayoría, los empleos más precarios y peor remunerados. El círculo vicioso de la desigualdad generada por la obligatoriedad social del trabajo doméstico, particularmente de cuidado, por parte de las mujeres, explica en gran medida la ausencia de las mujeres en la política y en la toma de decisiones en general. (CEPAL, 2011).

Mi mamá es modista, oficio que aprendió de mi abuela María Cruz y que ninguna de sus once hijas heredó. Ejercía dicha actividad para hacerle la ropa a su pequeño “ejército”, pues no había bolsillo que aguantara pagar costura para tantos hijos. Recuerdo que las personas le aconsejaban dedicarse solo a ese oficio, puesto que las prendas que hacía, especialmente los vestidos de niñas, le quedaban muy lindas. Nunca faltaban los encajes, aplicaciones y bordados en ellos; no sé cómo resistía, a pesar del cansancio y el poco tiempo que le quedaba. En ocasiones, muchas de las señoras de Villa Paz le pedían que les confeccionara

la ropa a sus hijos, pero casi siempre se negaba porque, con todo lo que trabajaba, no le quedaba tiempo para comprometerse a confeccionar ropa para otras personas, y menos con una familia tan grande como la que tenía. En ocasiones llegó a hacerlo por la insistencia de algunas señoras y de amigas nuestras que le pedían el favor, casi siempre para fechas especiales.

Recuerdo que después de un arduo día en la finca comprando “cacharro” o después de un día a sol y agua en las plazas de mercado, mi mamá llegaba a coser hasta altas horas de la madrugada. La época navideña era muy complicada para ella, pues debía confeccionar el doble de las prendas para todos nosotros. Para esa época del año dormía muy poco: a veces cosía toda la noche, dormía dos o tres horas y se levantaba para irse a las fincas o a la plaza de mercado. Mis hermanas mayores y yo sufríamos mucho, porque mi papá parecía no dar importancia a la situación. Mientras él se divertía y llegaba borracho a la casa, mi mamá debía asumir la responsabilidad de los hijos y el hogar, porque el dinero aportado por él daba para sostener el hogar no era suficiente: solo contribuía para el mercado, pero incluso con ese aporte, ella debía completar lo faltante. Nunca recuerdo haber visto a mi papá dar dinero a mi mamá para algo distinto a la alimentación, más allá de ocasiones en que aportaba dinero para pagar algunos servicios públicos. Peor aún, nunca lo he visto tener un detalle con ella en muestra de agradecimiento.

Como hombre de campo, reconozco que mi papá ha sido muy trabajador, pero en una familia tan numerosa, lo que le daba a mi mamá para los gastos del hogar era irrisorio. Nuestra finca siempre ha sido diversificada en materia de cultivos, y mi papá siempre la ha administrado. Esta finca fue la herencia que dio mi abuelo en vida a mi mamá cuando se casó, pero quien decide que se hace en ella es mi papá; por eso, todo lo que se está controlado por él.

Eso me introduce a un tema interesante sobre el derecho a la propiedad de la tierra. No entendía era por qué la finca y otro lote estaban registrados a nombre de mi papá, aun cuando mi mamá era la dueña de la finca. Esto se explicaba porque hasta bien entrado el siglo XX, estuvo bajo el régimen colonial de libertad restringida para que la mujer casada pudiera testar sus bienes patrimoniales (León, Rodríguez, 2005:20). Por el solo hecho del matrimonio, la mujer adquiría la condición de incapaz y la propiedad, derecho sagrado en el

nuevo régimen liberal, era inaccesible para las mujeres casadas, ya que sin capacidad no podían ejercerla. Ellas quedaban bajo el imperio de la “potestad marital”. Ese era el caso de mi mamá y de muchas mujeres que seguían bajo ese régimen. Esta fue una de las luchas que había enarbolado las feministas y los movimientos de mujeres, acompañadas de otras demandas como el derecho al sufragio, que lograron sacar adelante.

Pareciera que en esta familia tan numerosa, cuyos integrantes éramos en su mayoría mujeres, según como se veían las cosas, casi todos y todas teníamos un destino signado. En el caso de mis hermanos, este consistía en repetir la historia de mi padre: tener un hogar donde ellos serían los amos y señores. Las hijas mujeres, a nuestro turno, repetiríamos la historia de mi madre. Ese era el ejemplo que teníamos y todo cabía dentro de unos cánones ya establecidos, que no escaparían al machismo, y a un orden patriarcal que se asumía como una realidad y el derecho de un comportamiento natural. Ese era en últimas mi gran temor.

Villa Paz es un corregimiento ubicado al sur del departamento del Valle del Cauca y pertenece al municipio de Jamundí. Fue fundado y habitado en su mayoría por población negra, descendientes de esclavos de las haciendas del norte del Cauca y el sur del Valle. Su primer nombre fue Pata de Palo; se dice este nombre deviene del primer propietario de las tierras en donde hoy está ubicado Villa Paz, quien tenía una prótesis de palo. Cuentan, además, que fue él quien vendió terrenos a finales del siglo XIX a los primeros pobladores de la vereda Pata de Palo, que después pasó a llamarse el Alterón. Se denominó así, porque se fundó en la parte más alta de este territorio, para evitar que el pueblo se inundara cuando el Río Cauca se desbordaba, pues se fundó en la ribera del río, separado solo por las fincas del corregimiento. Cuentan los ancianos del pueblo, que por estar el corregimiento ubicado en este lugar, se salvó mucha gente de ser asesinada en el conflicto político agenciado por los dos partidos tradicionales en Colombia, Liberal y Conservador, durante la época de la violencia que comenzó a desatarse en forma cruenta a partir de 1948, año en que fue asesinado el caudillo Liberal Jorge Eliécer Gaitán. Esos enfrentamientos respondieron a un periodo en que estos partidos se disputaban el control político del país, confrontación que giró en torno al poder y al control del estado (Hurtado, 2006: 98). Es importante mencionar que los habitantes de Quinamayó, Villa Paz, Robles y algunas comunidades vecinas, eran

eminentemente liberales aunque estaban rodeados de hacendados terratenientes conservadores con quienes mantenían relaciones paternalistas laborales. Esto, dicen, también impidió que la violencia conservadora se hiciera presente (Chávez, Navarrete y Venegas, 1992: 44-45).

Luego de los acontecimientos del periodo de la violencia, el Alterón pasó a llamarse Villa Paz en 1957. Mi padre me contó que quien le puso ese nombre fue Ignacio Holmaza, un alcalde militar (con grado de capitán) que habían nombrado en el municipio de Jamundí, debido a la situación de orden pública y la violencia política que vivía el departamento del Valle del Cauca en ese momento. Según Holmaza, Villa Paz era el nombre indicado para un corregimiento en donde no había llegado la violencia y la gente era muy pacífica.⁶

La historia de Villa Paz contada por los hombres, con pocas voces de las mujeres

Cuando se cuenta la historia de Villa Paz, se cuenta una historia que ha sido liderada y protagonizada por hombres. Aquí se escucha muy poco la voz de las mujeres, no se escucha ni siquiera para hablar sobre su propia historia, y menos para contar la del corregimiento. Eso no quiere decir que no hayan sido participes de los procesos organizativos y de construcción social, histórica y cultural de la comunidad; lo que pasa es que no hemos sido muy conscientes del nivel de subordinación al que hemos sido sometidas, y más aún las negras/afrodescendientes en nuestras comunidades. Las relaciones familiares y organizativas que siempre hemos establecido no están nunca atravesadas por las relaciones de género; están sostenidas siempre por el interés del bien a la comunidad y en otros espacios en la defensa de lo étnico, pero en el caso de Villa Paz y de otros lugares por los que transitó en mi quehacer comunitario, no había espacio para otro tipo de acción política. Al interior de las organizaciones mixtas de las comunidades negras, encontramos diversas situaciones, como lo plantea Juliana Flórez:

Muchas activistas negras han dedicado un valioso esfuerzo a trabajar los aspectos de género al interior de los movimientos afros en los que participan. En el caso de Colombia [...] es cierto que el hecho de que algunas de ellas se destaquen en la arena política no significa que sean sensibles a las

⁶ Hernán Sandoval, líder comunitario, entrevista 7 de enero de 2014

preocupaciones de la mujer. Pero, desde mi punto de vista, lo anterior tampoco quita que muchas activistas dedican importantes esfuerzos a visibilizar el valor de las mujeres negras, tanto en las comunidades como en las propias organizaciones de las que forman parte (Flórez, 2004: 232).

Es importante mencionar lo anterior porque las mujeres negras/afrodescendientes hemos estado sumergidas en un juego de poder impuesto por el patriarcado que ha mantenido a hombres y mujeres sujetos a unos roles y posiciones que desempeñan en la sociedad. En el caso de los hombres, las diferentes responsabilidades y privilegios dan cuenta de un control desigual sobre los recursos frente a las mujeres que indican, además, la presencia de diferencias significativas de poder entre ellos. Esta diferenciación provee la racionalidad que justifica relaciones de poder desiguales y la discriminación e invisibilización de las mujeres. Pensar que esto es algo “natural” es creer que es inmutable. Justamente de la crítica feminista sobre el sexo y el género como algo dado e inamovible surgió el uso de la categoría género como lo construido socialmente. Sin embargo, a lo largo de estos años la perspectiva de género también ha ido conformando una perspectiva diferente sobre el sexo (Lamas; sf: 25).

En el caso de Villa Paz, las mujeres siempre han estado ahí, pero bajo esas condiciones de silenciamiento, aunque no se reconozca que con su trabajo estaban haciendo su aporte. Hoy, las mujeres son más visibles en todos los aspectos, e incluso lideran sus propias organizaciones. Empero, si retrocedemos unas décadas atrás, debemos mirar con el lente del patriarcado y desde una perspectiva machista, la manera en que las mujeres estaban dedicadas a lo que, se suponía, era su labor. Por eso, en la actualidad, muchos de los logros que tenemos como comunidad se reconocen por el trabajo que hacían los hombres, pues eran ellos quienes, desde la fundación del corregimiento, crearon y lideraron las organizaciones que existieron en Villa Paz, y a ellos se les reconocían esos logros. Sin embargo, como siempre, a las mujeres no se les reconocía, haber estado al lado de estos hombres al cuidado del hogar y en otras labores propias de las mujeres campesinas, tales como trabajar en las fincas al lado de su marido, o “jornaleando”. Es sabido que el trabajo doméstico ha significado históricamente “no trabajo”, e ideológicamente ha sido despojado

de contenido de trabajo y reproducción social. Con respecto a lo anterior, Francisca Moreno, una lideresa villapaceña, decía que:

En Villa Paz, las mujeres no participaban en actividades de la comunidad, porque antes a muchas de ellas, no les gustaba participar en el trabajo comunitario porque pensaban que eso era cosa más de los hombres. Pero además, tampoco les quedaba mucho tiempo, pues vivían dedicadas al hogar o a otras actividades.⁷

En cualquier caso, encontré que sí hubo mujeres que, a pesar del poco tiempo con el que contaban, se organizaron e hicieron trabajos en beneficio de la comunidad. No obstante, como se aprecia en los relatos históricos, los hombres ostentan el mayor protagonismo en los procesos organizativos que por décadas se gestaron en la comunidad; muy poco sabemos las nuevas generaciones de la intervención en procesos organizativos de las mujeres de la comunidad. Ellas han estado invisibilizadas del proceso histórico de la comunidad a pesar de que han participado, por supuesto, liderando sus propias organizaciones. Como ha pasado en el resto del país, las mujeres negras en Colombia hemos sido valoradas desde otros ámbitos, pero muy poco desde los procesos organizativos:

Tradicionalmente las mujeres negras/afrodescendientes hemos sido portadoras y multiplicadoras de prácticas y costumbres de nuestra comunidad. Nuestras ancestas fueron quienes más y mejor supieron conservar nuestras tradiciones, y son quienes han mantenido las prácticas medicinales, culinarias, artísticas y demás formas de ser y hacer de las y los afrodescendientes, sumadas a otras acumuladas en nuestro acontecer histórico por el territorio americano [...]. Somos y hemos sido valiosas para nuestra comunidad y para la sociedad en general, mujeres capaces y con la firme voluntad de construir un mejor presente y futuro para los y las afrodescendientes (Lozano, Peñaranda y Zuluaga 2010:8).

A pesar de todo creo que no es suficiente reconocer que hemos estado siempre ahí construyendo como actoras sociales. Las mujeres negras/afrodescendientes, al igual que otras mujeres, hemos sido víctimas a través de nuestra historia de un sexismo bastante marcado, fenómeno que pude evidenciar en Villa Paz. Hoy, al mirar con otra óptica nuestra

⁷ Moreno, Francisca, Integrante de los grupos Procapilla y Procementerio , entrevista 9 de enero de 2014

realidad como mujeres, entiendo, que hombres y mujeres seguíamos reproduciendo la forma de vida colonial, orientada por una notable división sexual del trabajo.

Haciendo un recorrido histórico por los procesos de luchas que ha vivido Villa Paz, entiendo que el reconocimiento político y la visibilización del trabajo de las mujeres, no es diferente al que han vivido otras mujeres en el resto del país. Nosotras hemos figurado muy poco como protagonistas de la construcción y desarrollo del corregimiento. Al menos eso es lo que se ve hasta la primera mitad del siglo XX, época en la que aparecieron los dos primeros grupos liderados y organizados por mujeres, quienes empiezan a construir ya sus propios procesos organizativos autónomos.

Lo que se muestra en los relatos es que las mujeres han venido detrás de los hombres, levantando el azadón, el barretón, la pala y en las múltiples actividades que se realizaban en Villa Paz, por ejemplo la gestión para la primera escuela del corregimiento, incluso en hechos tan importantes como la fundación del corregimiento. Me llama la atención que cuando se habla de los esfuerzos que se hicieron para la construcción de la carretera que nos comunica con las veredas, corregimientos aledaños, con Jamundí (que es la cabecera municipal) y con Cali, se cuenta el gran esfuerzo de los hombres tumbando montes y rompiendo con barretón, picas y palas la carretera, pero no se dice que sus esposas, madrugaban a tener listo el desayuno de sus maridos, les llevaban el almuerzo, líquidos para hidratarlos y así iban y venían llevando la alimentación, caminando unos tramos bastante extensos, para ver finalmente el trabajo culminado. En esa historia se cuenta solo la proeza de los hombres pero no el esfuerzo de las mujeres.

A pesar de lo anterior, cabe mencionar que, si bien es cierto que los hombres fueron por años los que se dedicaban a ciertas labores más de carácter público, como participar en política, crear y dirigir las organizaciones que ese momento existían en Villa Paz, algunas mujeres empezaron a organizarse para contribuir al progreso del corregimiento. Percibían que su intervención como mujeres en algunas actividades que no eran del interés de los hombres resultaba necesaria. Así lo manifestó doña Francisca, quien con otro grupo de mujeres se constituyó en fundadora de los grupos Procapilla y Procementerio. Doña Francisca, conocida en Villa Paz como “Pachita”, es una mujer muy lúcida, a pesar de tener 88 años y solo haber estudiado hasta quinto de primaria. Conversando con ella, me contó

que la creación del grupo Procementerio se dio entre 1950 y 1951, y el de Procapilla en 1955 cuando todavía se vivía el terror y la violencia que azotaba algunas partes del país, por el enfrentamiento entre Liberales y Conservadores a raíz de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán. Cuenta ella, que para esa época las personas que fallecían en Villa Paz y Quinamayó debían ser llevadas a Robles, el corregimiento vecino que queda como a unos 10 kilómetros aproximadamente de Villa Paz y que además era el único corregimiento que contaba con cementerio, iglesia católica, carretera, transporte ferroviario y un tiempo después colegio. Entre los corregimientos vecinos, Robles era para ese momento el más próspero de todos, y así lo fue durante mucho tiempo.

El asunto dice ella y me lo confirmó mi papá, es que les tocaba llevar a las personas que fallecían envueltas en sábanas y en camillas improvisadas por unas trochas, porque no había carreteras; las exequias se realizaban en la iglesia de Robles en la camilla, mientras llegaba el ataúd que compraban en Jamundí, y después subir hasta una parte montañosa donde está ubicado el cementerio, porque hoy todavía está en el mismo lugar, para el sepelio. Esta era una situación bastante complicada, por eso se hacía necesario tener un cementerio y construir una capilla. Así fue que empezaron primero gestionando el lote del cementerio, frente a este tema se encuentran dos versiones. Me dice doña Francisca, que el lote del cementerio lo compró el grupo Procapilla en \$1.200 pesos a una señora llamada Salomé Balanta, en ese momento contaban con el apoyo de un sacerdote y de un Concejal llamado Francisco Peña. Otra versión dice que el señor Isauro Mina (quien fuera pastor de la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia en Villa Paz) y Damián Sandoval, líder comunitario, presentaron un proyecto de un cementerio a la administración municipal y con el acuerdo del Consejo, se compró un lote en 1963 para la adecuación de un cementerio civil y eclesiástico con el apoyo de Juan Pablo Sandoval, líder comunitario y concejal del municipio. Dicen que para construcción de la capilla un señor llamado Guillermo Sandoval, cedió un lote de su propiedad, allí empezaron la construcción de la iglesia católica (Chávez, Navarrete y Vanegas, 1992).

Cuenta también doña Francisca que para levantar los primeros cimientos de la iglesia, realizaron rifas y colectas pero a pesar del gran esfuerzo la construcción de la capilla quedó

por muchos años inconclusa. Recuerdo desde mi niñez y parte de mi adultez haber visto la iglesia a medio construir, funcionando como una ramada.

Tanto el grupo Procementerio como Procapilla, desde su creación, han estado integrados mayoritariamente por mujeres, el primero en sus inicios contó con la participación de dos varones, y señala doña Francisca que:

Para nosotras fue muy difícil conseguir la plata para construir el cementerio y seguir en el mejoramiento de éste (ornato) y construir la capilla, pues nos tocaba muy duro, los dineros que invertíamos en las obras salían de colectas, rifas, donaciones de hacendados y en algunas veces del municipio y cada que podíamos, nosotras íbamos a todos los corregimientos vecinos a hacer festivales⁸ y fritangas para recaudar dineros para terminar estas dos obras. También hacíamos masato y mazamorra para vender de casa en casa, nos turnábamos cada ocho días entre las integrantes del grupo para la preparación y la venta de la mazamorra, tocaba levantarse a las tres de la mañana porque la preparación era dispendiosa.⁹

Respecto a la participación de los hombres en estos dos grupos ella comenta:

Estas actividades eran realizadas por mujeres porque a los hombres no les gustaba ese tipo de trabajo, en el caso de los festivales, algunos nos ayudaban con la logística y en algunas gestiones con la administración municipal.¹⁰

Volviendo a lo que ha implicado la presencia de la mujer en los procesos organizativos de Villa Paz, estuve indagando con mujeres y hombres ancianos de la comunidad. Leí a este respecto una investigación realizada por profesoras de la Universidad del Valle y docentes de Villa Paz entre 1990 y 1992, llamada “Currículo y Comunidad: una experiencia de Innovación Educativa” donde hombres y mujeres hacen una reconstrucción histórica del corregimiento, con un énfasis marcado en los procesos organizativos que se han desarrollado en él desde que se fundó. Encontré que tanto en la investigación mencionada anteriormente, así como en las entrevistas y conversaciones que sostuve con personas de la comunidad, la mayoría de la reconstrucción histórica que se hace de esta, se ha construido y contado desde la visión de los hombres, todos reconocidos líderes comunitarios, incluido

⁸ Un festival era una fiesta que se hacía en las casetas que habían en los corregimiento, casi siempre construidas en guadua. Estas fiestas se hacían especialmente sábados y domingos, el dueño del establecimiento prestaba o alquilaba el local a los grupos y ellos se encargaban de cobrar la entrada, vender licor y fritanga para recaudar fondos casi siempre con intenciones benéficas.

⁹ Moreno, Francisca, Integrante de los grupos Procapilla y Procementerio, entrevista 9 de enero de 2014

¹⁰ *Ibíd.*

mi papá. Las mujeres aparecen más en su rol de madres, esposas y trabajadoras, y a pesar de que aparecen mencionados los grupos liderados por mujeres como el de Procapilla y Procementerio, su historia está opacada por la proeza y liderazgo de los hombres. Hoy ambos grupos todavía existen y están conformados en su totalidad por mujeres que silenciosamente han sostenido el grupo lideradas por Francisca Moreno. Al ver estas mujeres trabajar incansablemente sin reconocimiento alguno; ciento un sin sabor al pensar que más de seis décadas de trabajo organizativo pareciera que no tuviera importancia dentro de la historia de Villa Paz, como sí lo ha tenido el de los hombres. Eso me cuestiona bastante, sobre el papel que han tenido las mujeres dentro de las organizaciones y en la comunidad.

Sin entrar a discutir quién ha hecho más por la comunidad villapaceña entre hombres y mujeres, lo que quiero es hacer notar los efectos del patriarcado en un corregimiento como este, donde la herencia de procesos organizativos que recibimos las nuevas generaciones, pareciera verse solo desde el esfuerzo de los varones. Por los hechos, puedo ver que las mujeres han estado ahí no solo en el papel de reproductoras, multiplicadoras de prácticas y costumbres sino que también se han venido organizando alrededor de algunas problemáticas específicas, que a veces no parecen ser tan relevantes dentro del desarrollo de la comunidad pero que sí lo son.

Aunque no todas las mujeres villapaceñas se marginaron del trabajo organizativo y comunitario, sí encuentro que su acción dentro de estos procesos se desarrolló aparte del trabajo que venían desarrollando los hombres. Se organizaron en torno a actividades propias de un voluntariado asistencialista alrededor de la compasión humana, más orientado al deber cristiano que al llamado “trabajo comunitario”. No había percibido esta separación de actividades; quizás, miraba lo que hacían las mujeres de Procementerio y Procapilla como algo propio de ellas, en su papel de cuidadoras y protectoras, dotadas de una sensibilidad frente a algunos asuntos relacionados con la condición humana, propias de la compasión de las mujeres por los demás.

“[...] Mientras que el trabajo comunitario masculino suele dirigirse a actividades políticas (en el sentido más estrecho ¡y masculino! de lo que es

política), el de las mujeres suele ir hacia la satisfacción directa de necesidades humanas [...]” (Orozco, 2003: 23).

Mirando la situación a la luz del patriarcado y el machismo, veo que las mujeres no solo han sido silenciadas, sino que no han sido sujetos de interés social. En el caso de Villa Paz, aun estando en actividades que las sacaban de lo privado (como el hogar) a lo público (trabajo comunitario), las mujeres no hemos sido sujetas activas, ni siquiera de nuestra propia historia y menos la de la comunidad, durante muchos años.

Muchas inquietudes y preguntas estuvieron siempre rondando en mi cabeza como mujer negra/afrodescendiente. Más allá, había algo que me molestaba profundamente: descubrir que hemos sido siempre objeto de la exclusión, la marginación y la dominación, como una práctica que se ha ejercido históricamente sobre nosotras y que ha sido usual en los hombres de nuestras comunidades y en otras sociedades. Pero aún más complicado es entender que ellos nos han visto como unas pobres, incompetentes intelectualmente, ignorantes e incapaces de transformar nuestra historia y la de nuestras comunidades. Sumado a esto, también hacia afuera así nos han visto las otras y los otros. A través de esto, descubrí que ese pequeño mundo, llamado Villa Paz, me estaba mostrando esas desigualdades existentes entre hombres y mujeres, evidentes desde la vida familiar, que se replicaban en el trabajo comunitario. Aquello que se establecía como roles de género en los estudios sobre las mujeres, era para mí un acto de desigualdad naturalizado con el que teníamos que cargar. Desde los estudios afrocolombianos, para el caso de nuestro país se observa que el ámbito primordial de las mujeres afro se reduce al espacio privado; aunque su protagonismo en la esfera tanto pública como privada ha sido creciente, no ha sido lo suficientemente reconocida. Esta tendencia de invisibilización, ha opacado los aportes que las mujeres afro han hecho a la historia de nuestro país en las diferentes dinámicas de la vida social (Portocarrero y Cabezas, sf: 5).

Ahora estábamos en un nuevo momento, con otras posibilidades. Ya desde la generación que nos antecedió, muchas de las mujeres iban al colegio; las generaciones que las antecedieron a ellas y a nosotras solo habían hecho la primaria o no llegaban a superar la mitad de ella, y muy pocas habían completado el bachillerato. Muchas mujeres de mi

generación y de las anteriores se quedaron en el camino, atrapadas en la pobreza material y de espíritu de lucha, y en las fauces del machismo, condenadas a repetir las historias de nuestras abuelas y madres. Aunque yo no lo manifestara, me aterraba ser contada dentro de esa triste estadística, por lo que hice todo lo posible para que no fuera así.

Muchas de mis inquietudes comenzaron a muy temprana edad, ya casi entrando a la adolescencia, es ahí donde empecé a querer conocer los asuntos de la comunidad y después a mirar que no habían mujeres en las organizaciones que hasta ese momento existían y se me hacía aún más extraño las relaciones que algunas de éstas, establecían con los hombres. Me parecía que era una relación casi de sumisión, obediencia y dependencia. Eso no era cuestionable, no se discutía, era un asunto cultural naturalizado y que se veía como algo muy normal. En cuanto a las dos organizaciones de mujeres que existían en Villa Paz, se tenía poco conocimiento de ellas: mucho tiempo después, cuando empecé a hacer trabajo comunitario, supe realmente qué hacían. Habría que anotar un elemento importante: ninguno de los jóvenes que incursionamos en el trabajo comunitario se incorporó a estas dos organizaciones. En realidad, siempre formamos parte de otras organizaciones que eran, generalmente, mixtas.

Mi trabajo en la comunidad comenzó hacia mediados de la década de 1980. Durante mis primeros años de colegio me fue imposible hacerlo, ya que entre semana estudiaba y los fines de semana me dedicaba a trabajar vendiendo frutas con mi mamá en la plaza de mercado de Jamundí. Desde hace mucho tiempo me había sentido atraída por los asuntos que tuvieran que ver con la comunidad, pero solo cuando terminé mis estudios de bachillerato empecé a buscar cómo participar en ellos. No era fácil, pues las organizaciones que existían en Villa Paz estaban integradas en su mayoría por hombres, y se suponía que allí solo se discutían “asuntos de hombres”, aunque tuvieran que ver con la comunidad. Procapilla y Procementerio eran las únicas organizaciones de mujeres existentes en Villa Paz, pero nunca tuve interés de participar en ellas, tal vez porque su trabajo estaba ligado a otras actividades de la Iglesia Católica. No obstante, a mi juicio, el hecho de que estuvieran desempeñando su labor no las hacía tan valiosas como las demás organizaciones.

Aparte de las dos organizaciones mencionadas anteriormente integradas por mujeres, las otras tenían unas características comunes. No solo eran integradas por hombres, sino que sus miembros eran casi siempre los mismos y se rotaban la dirección o coordinación de estas por periodos. Además, cuando alguna mujer logró integrar dichas organizaciones, su lugar en la junta directiva era de secretaria o vocal. Las organizaciones que recuerdo existían, eran las siguientes: 1) la Junta de Acción Comunal (hasta hoy presidida por hombres); 2) el Deportivo Villa Paz, quien creó un equipo de futbol femenino, del cual yo formé parte; y 3) Cooperativa y la Asociación de Cacaoteros de Villa Paz, integrada por campesinos cultivadores de cacao y productos de pancoger. Lo interesante de todo este panorama es que las mujeres de la comunidad, a excepción de las que hacían parte de Procecenterio y Procapilla, no mostraban ningún interés por los asuntos del corregimiento. Hoy creo que de verdad ellas asumían que esto era asunto de hombres, que los asuntos públicos y más los comunitarios, no eran de su incumbencia. Veo que más bien su interés estaba en lo que ocurría de puertas para adentro en sus hogares y esto implicaban atender la casa, los hijos, el marido, limpiar, extraer agua de los aljibes¹¹, lavar, planchar, hacer los alimentos y buscar la leña para cocinar entre otras actividades.

Muchas de ellas, además de realizar el trabajo doméstico, contribuían con el sostenimiento del hogar trabajando en fincas y haciendas. Esto se daba porque algunas de las mujeres que les colaboraban a sus esposos en las fincas, se vieron en la necesidad de trabajar como asalariadas en las grandes haciendas limpiando cultivos de arroz, yuca, soya, sorgo y fríjol, o como empleadas domésticas en la ciudad de Cali. Todo debido a que la producción de las parcelas y fincas resultaban insuficientes y debían contribuir con el ingreso familiar. Ésta situación obligaba a las mujeres, a levantarse muy temprano para cumplir con las tareas del hogar, antes de desplazarse a sus trabajo en las fincas, a las casas como empleadas domésticas o a veces como “requisadoras”¹² en las haciendas de productos como arroz, maíz. Cuando llegaban de trabajar, igual debían atender no solo a sus maridos que venían

¹¹ Los aljibes son unos depósitos subterráneos que permiten almacenar las aguas de lluvia, recogidas a través de canalizaciones y corrientas subterráneas etc. Toda la sabiduría popular se acumulaba a la hora de construir el aljibe de la casa y poder acumular el agua potable necesaria para la familia y otros usos.

¹² Se le llama requisita a lo que queda en el lote cultivado después del corte de la maquina o la recolección manual que se hace del cultivo. Después del proceso anterior se acostumbra a dejar entrar personas para que cultiven lo que queda.

de jornadas laborales igual que ellas, sino las tareas del hogar que quedaban pendientes; sin que sus esposos o compañeros les colaboraran.

Así, el trabajo de las mujeres fuera del hogar o trabajo asalariado se ve complementado con el trabajo diario en la casa y con los hijos, es decir, con el trabajo doméstico. Ambos conforman la llamada doble jornada de trabajo, término acuñado por el feminismo y que comienza a utilizarse a partir de la incorporación de las mujeres al ámbito público, más precisamente a la esfera del trabajo remunerado; con la intención de darle visibilidad a aquel trabajo que por relegarse al ámbito privado, deja de ser socialmente reconocido. Trabajo que a su vez es expropiado por el varón, quien obtiene un plus de beneficio por el mismo. Aquí podemos incluir el concepto de explotación, como utilización del trabajo de las mujeres en beneficio de otros (Arpini, Castrogiovanni y Epstein, 2012:13).

Me decía mi mamá “Muchas de las mujeres de la comunidad ayudábamos a sostener el hogar ganándonos un día de jornal¹³ en las fincas o las haciendas del corregimiento”, gran parte de estas haciendas estaban dedicadas al cultivo de arroz y unas cuantas a la ganadería, en esta última actividad, solo se empleaban hombres. En las haciendas arroceras, las mujeres se dedicaban a la limpieza de la maleza en el cultivo y los hombres por su parte eran contratados para manejar tractores o máquinas cortadoras de arroz, a hacer las bordas que retienen el agua en el cultivo, fumigaban y hacían zanjas.

También solía pasar que, algunas mujeres solo se encargaban del hogar porque sus maridos eran los que trabajaban para cubrir los gastos del hogar “el macho proveedor” y no les permitían a ellas trabajar, en una aptitud machista asumían que la mujer era para el hogar y ellos debían proveer todo, así lo que el ganara trabajando no alcanzara para mantener la familia. Creo que esta es una forma de tener el control sobre el hogar y un sometimiento de la mujer por parte del varón, ellas y sus hijos hacen parte de su propiedad. A través de la dependencia económica, muchas de estas mujeres, están sujetas al hogar y a llenarse de hijos, porque ni siquiera tenían derecho a planificar porque los señores decían “que las mujeres que planificaban, eran porque iban a buscar mozos” pero además muchas de ellas,

¹³ Jornal: se le denomina a un día de trabajo en el campo y se le llamaba jornalero al hombre o mujer que no tiene un trabajo fijo y que era contratado en una finca o hacienda por días.

eran víctimas de maltrato intrafamiliar, comportamientos que parecía normal para la gente y que hacían parte de la vida familiar, por eso nadie se metía, escuchaba a la gente decir “eso es pelea de marido y mujer y no hay que meterse”. Estos actos, eran poco sancionados socialmente; el asunto no pasaba de los murmullos y chismes. Muy pocos se indignaban o reclamaban por esta situación, eso era un asunto de la vida privada de cada familia.

Mi propia madre tuvo que pasar por algunas de estas situaciones, eso me ponía a pensar y me generaban muchos cuestionamientos e indignación. Yo creía que ninguna mujer debía pasar por esto, mis hermanas mayores y yo nos sentíamos tan impotentes que muchas veces nos enfrentamos a nuestro papá, para defender a mi mamá de sus agresiones y le reclamábamos siempre que quedaba embarazada, porque no entendíamos cómo, con el poco compromiso de mi papá con ella y con sus hijos, seguía pariendo hijos. La cuestión era que mucho tiempo después, nos dimos cuenta que él no la dejaba planificar. Cuando ya las cuatro hijas mayores éramos más grandes después del parto de mi última hermana, las cosas cambiaron porque mi mamá empezó planificar y se acabaron además los maltratos físicos de mi papá hacia ella.

Del trabajo comunitario hacia un camino feminista

De niña siempre fui muy inquieta, yo era de esas que se aprendía las poesías que nos enseñaban en la escuela y las que leía en un libro que tenía mi mamá que se llamaba “Alegria de leer” y las recitaba cuando me ponían a izar bandera. Ya adolescente, me gustaba participar y opinar en las actividades que se realizaban en el colegio, siempre estaba buscando la manera de participar en cualquier actividad, nunca fui ajena al trabajo colectivo y menos al comunitario. Recuerdo que solía colarme en las reuniones que desarrollaban los diferentes grupos que había en la comunidad, solo para saber de qué hablaban esos señores. Y a pesar que siempre la mayor parte de dichos grupos estuvo liderado por hombres, fue hasta mucho más adelante que empecé a preguntarme ¿Por no habían mujeres en ellos? El interés por el trabajo comunitario creo yo, es de las pocas cosas que heredé de mi papá; pues durante toda mi niñez, mi adolescencia y parte de mi adultez lo conocí como un líder comunitario muy respetado, que participó activamente en muchos de los grupos que se crearon en la comunidad.

Mis inicios en el trabajo comunitario se dieron a mediados de la década de 1980 y aunque mi interés por los asuntos de la comunidad venía desde mucho antes, tuve para esos primeros años de mi activismo comunitario, una influencia importante de Universidad del Valle y la ONG Empresa de Cooperación al Desarrollo (Emcodes). Estas dos entidades ayudaron bastante a que en Villa Paz pudiéramos consolidar muchos de los proyectos que como comunidad nos habíamos propuesto. El trabajo que se realizó con Emcodes fue muy importante para el desarrollo de la comunidad y el empoderamiento político de las personas que venían trabajando en las diferentes organizaciones.

Emcodes, llegó al norte del Cauca y al sur del Valle hacia finales de la década de 1970 bajo la dirección de Gustavo Ignacio de Roux, ingeniero agrónomo y docente la Universidad del Valle con la idea de recomponer la economía campesina y apoyar proyectos comunitarios que ayudaran a mejorar la calidad de vida de las comunidades negras e indígenas. Emcodes para desarrollar el trabajo con estas comunidades contaba con recursos donados por entidades especialmente holandesas y para las asesorías en el área agropecuaria contaba con la ayuda de Instituto Colombiano Agropecuario ICA, con quien se empieza a trabajar un programa de modernización con lo que había quedado de las fincas tradicionales cacaoteras y de productos diversificados en el norte del Cauca, forma de producción que había sido modelo de vida para estas sociedades. Éstas se encontraban deterioradas por la pérdida de espacio a raíz de la siembra a gran escala de la caña de azúcar, que se venía cultivando en este territorio desde la década de 1930 con grande perjuicios para los campesinos negros por la utilización de agroquímicos que fueron deteriorando las fincas tradicionales.

El trabajo que se hizo con Emcodes fue de vital importancia para los procesos que se venían gestando en esta parte del país. En el caso de Villa Paz, su llegada marcó un punto de partida importante en el trabajo comunitario, agropecuario y educativo. Con Emcodes se cambió la forma como las ONG venían trabajando en las comunidades, con ellos se introdujo una nueva metodología para desarrollar el trabajo comunitario, que le daba mucha más participación a la comunidad y el trabajo se desarrolló desde nuestras expectativas y necesidades. Muchos años después entendí que lo que se había implementado en el trabajo que se venía haciendo con ellos, era la Investigación Acción Participativa (IAP), metodología que se venía trabajando desde la década de los 70 en distintas regiones del

país. El concepto de Investigación Acción Participativa aparece en el campo sociológico y se erige como una reacción a los cánones establecidos y vigentes de las ciencias sociales, al proponer otras alternativas de trabajo. El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda surge como el más representativo de esta nueva propuesta en Latinoamérica al diseñar experiencias de investigación válidas para la situación histórica y social de los sectores menos favorecidos en Colombia y al poner en práctica la vinculación real de estos grupos en el mismo proceso investigativo (Giorgi: 1988:24-29).

La IAP es una propuesta metodológica que forma parte de una estrategia que involucra a la comunidad en el conocimiento. En su sentido más amplio la IAP puede comprender todas las estrategias en las que la población involucrada participa activamente en la toma de decisiones y en la ejecución de algunas o de todas las fases de un proceso de investigación. Con este proceso pude ver que a diferencia de algunas cosas que se habían hecho en la comunidad con un alto grado de asistencialismo, pero que al final no cambiaban la situación de la comunidad más bien generaban dependencia, iban cambiando. Esto implicaba, tener otra visión frente a cómo se debía trabajar con la participación directa de la comunidad en las propuestas y en la solución de nuestros problemas.

La experiencia con esta metodología tuvo siempre una intención política: la distinción entre lo que se llamó “ciencia popular” y “ciencia dominante”. La primera se entendía como el conocimiento empírico, práctico de sentido común que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral de la gente de las bases sociales; aquel que les ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos que la naturaleza ofrece al hombre. La segunda, “ciencia dominante” hace referencia al conocimiento avalado por la sociedad científica y la académica; es el conocimiento que predomina como válido en una sociedad (Fals Borda: 1981). Es importante mencionar que el trabajo que se realizó con Emcodes en las comunidades del norte del Cauca y el sur del Valle donde se implementó la IAP, se privilegió el trabajo cualitativo y el proceso de comprensión de la realidad del quehacer de las personas y de las organizaciones que se venían conformando.

Los primeros trabajos que hizo Emcodes los realizó en norte del Cauca y al Sur del Valle, ayudando a fortalecer los procesos organizativos y de reconocimiento étnico con comunidades negras e indígenas. A esta ONG indudablemente hay que reconocerle en gran

parte, la organización, participación y el empoderamiento de las comunidades negras y la formación de sus líderes y lideresas en esta parte del país. Desde 1970 se desarrolló con ellos un proceso organizativo que derivó en un arduo trabajo de formación política y de articulación de los movimientos sociales que en ese momento existían o se estaban gestando en los municipios del norte del Cauca y el sur del Valle. Con su ayuda y la de la Universidad del Valle se creó un movimiento que agrupó a la mayoría de organizaciones de base del norte del Cauca y el sur del Valle, al que se le denominó Red de Organizaciones de Base, en las que con otros compañeros y compañeras participamos muy activamente. Las primeras acciones políticas de la población negra nortecaucana que se gestaron con Emcodes fueron en contra de las políticas del Estado, especialmente por la pérdida de la tierra a manos de los ingenios azucareros, la tenencia de la tierra, la mala calidad de la prestación en los servicios públicos, el acceso a la vivienda y el no reconocimiento étnico. Es preciso anotar que hacia comienzos de los años 80 surge en la zona plana de norte del Cauca el Movimiento Cívico Popular nortecaucano (González, Valencia, 2004:50). Este agrupa a la mayoría de las organizaciones de base (MCPNC), que como expresión política, se forma gracias a la articulación de varios movimientos sociales de carácter reivindicativo que trabajaron en el ámbito urbano y rural.

Esta de mi vida no había un interés en el trabajo de género, porque no lo conocía, ahí mi defensa era sobre lo étnico que en ningún momento estuvo transversalizado por la perspectiva de género al menos no de forma consciente.

La Educación un elemento importante para la equidad de género

Era evidente por todas las situaciones que había vivido, que Villa Paz no era la excepción al machismo y al patriarcado, los hombres de mi comunidad no escapaban a un aspecto social y cultural que se asumía como un comportamiento natural. Por eso no era novedad ni escandaloso que los hombres tuvieran varias mujeres y una gran cantidad de hijos, por los que muchas veces no respondían. Y aunque esta situación se comentaba, con todo esto, no eran sometidos al escarnio público con la misma dureza con la que se juzgaba a la mujer. Porque parece que social y culturalmente, estos comportamientos no eran tan censurados en los hombres, hoy aunque las mujeres de la comunidad se ven menos sometidas, más liberadas, frente al señalamiento y la censura, parece que para algunas el tiempo no cambia.

Lo que yo veía en Villa Paz es que se asumía, que las mujeres estaban destinadas a atender el hogar, criar los hijos, a dejarse muchas veces violentar por sus esposos y a vivir una vida de sumisión. Eso no era lo que yo quería para mí, ni para mis hermanas y mucho después cuando fui madre, para mi hija. Pero era una lucha que no sabía cómo asumir. Y aunque lo veía como una tarea difícil, me parecía que tampoco era imposible. De hecho estaba convencida que mi mamá como muchas mujeres en el corregimiento, debían tener una segunda oportunidad, que debíamos darle sus hijos.

En el tiempo que viví en Villa Paz, no puedo definirme como feminista, de hecho no conocía de esta teoría y menos del tema de género. Ninguno de los dos aparecían conscientemente en mis acciones, pero hoy recordando mis memorias, encuentro que mis prácticas eran de una mujer feminista o al menos muy próximas a éste. Creo que sin saberlo el feminismo me rondaba y más cuando nací en el seno de una familia y en un entorno con una estructura de normas donde los roles de hombres y mujeres estaban marcadamente definidos. Yo de cierta forma me había vuelto una rebelde, porque en mi adolescencia me aislé del vestuario común de las niñas adolescentes que usaban vestido, yo usaba pantalón, le peleaba a mi mamá porque mis hermanos no lavaban su ropa interior o comían y dejaban el palto sucio cuando uno ya los había lavado, y eso a pesar de ser mis hermanos los menores; a menudo me enfrentaba a mi papá reclamándole por sus irresponsabilidad con el hogar y siempre estaba defendiendo dentro de las organizaciones mixtas que participé, la igualdad de derechos en la toma de decisiones y en la representación en los cargos directivos. Esas reacciones las tenía porque algo me decía que los comportamientos que yo veía en la relación entre hombres y mujeres no tenía razón de ser y confieso que a veces me sentía impotente al ver la situación de las mujeres en el corregimiento.

En este sentido, desde lo que concebimos como perspectiva de género, cabe mencionar que

[...] Cada sociedad, en cada momento histórico, produce discursos, promueve prácticas sociales, normativiza y regula lo que deben ser y hacer varones y mujeres; por lo cual el concepto masculino y femenino es básicamente cultural, y, por ello, susceptible al cambio y a su constante redefinición. [...] La rigidez en atributos, en roles asignados y en la configuración de las identidades promueve el surgimiento de estereotipos de género. En nuestra sociedad, masculinidad y feminidad se construyen como un par de opuestos, dicotómicos, excluyentes, y los sexos aparecen como complementarios en roles y posiciones

sociales, en la división sexual del trabajo, y, por ende, en el cuidado de los otros (Güida, 2007:14).

La manera como nos criaban a hombres y mujeres en Villa Paz, indicaba la ruta a seguir frente a los roles de cada uno. Pero además, reproducían el machismo en cada una de las prácticas familiares y organizativas; por eso, a veces me rebelaba contra esas maneras impuestas. Eso me costó, por lo menos en mi casa, “jalones de oreja” y una que otra “latiguiada”.

Un elemento importante que quiero mencionar entre las dificultades que debemos sortear las mujeres, es la educación. Es que ésta por siglos dio cuenta de esas desigualdades de género. Las mujeres hasta hace muy pocas décadas pudimos estudiar sin restricción de Estado y la Iglesia Católica frente a qué tipo de educación necesitábamos las mujeres y que queríamos estudiar para competir laboral y económicamente y no seguir confinadas al hogar, esta era una forma bastante evidente de desigualdad entre hombre y mujeres. En Villa Paz, la educación tuvo un lugar importante por las condiciones en las que hombres y mujeres accedíamos a ella. A través de varias generaciones estudiar no era fácil y más para las mujeres, por la creencia que la mujer era para atender el hogar. Pero aun así muchas y muchos superamos el reto aunque otras se quedaron en el camino, porque sumado a la tradición machista, estaba la pobreza y la deserción por falta de un colegio.

Antes de que se fundara en el corregimiento el colegio Luis Carlos Valencia, teníamos muchas complicaciones para estudiar el bachillerato. Es sabido que quienes antecedieron a mi generación tuvieron grandes dificultades para estudiar, muchos de ellos no terminaban sus estudios y desertaban en la primaria o comenzando el bachillerato. Algunos con gran esfuerzo terminábamos de estudiar pero el promedio de la gente que se graduaba era muy bajo y más en las mujeres. Algunas de las razones por las que las mujeres no estudiaban, era porque los papás de nuestros padres pensaban que a las hijas mujeres no se les debía dar estudio, y muchos de nuestros abuelos y padres así lo creían. Éste era el caso de mi papá, que nunca le colaboró a mi mamá para que sus catorce hijos pudiéramos estudiar y menos si tenía dentro de estos, once hijas mujeres para educar. Otro motivo por los que las mujeres no estudiaban, era la deserción escolar y una de las más comunes, era porque quedaban en embarazo a muy temprana edad.

Mucha de la gente mayor que había empezado primaria y bachillerato no terminaba debido a que desertaban. Uno de los motivos de la deserción escolar era la falta de un colegio en Villa Paz, los colegios más próximos estaban en la cabecera municipal y en su mayoría eran técnicos o comerciales. El más cercano y asequible era el Centro Vocacional Agrícola “Horacio Gómez Gallo” donde estudiamos casi todos los de mi generación y los de generaciones anteriores. Este colegio estaba ubicado en el corregimiento de Robles, como a 10 kilómetros de Villa Paz. La mayoría estudiábamos allá porque toda esa zona era de vocación agropecuaria, de allí la preferencia por este colegio. Pero estudiar allí también tenía sus inconvenientes, pues había que levantarse a las 4:00 a.m. de la mañana, para estar a las 7:00 a.m. que era la hora de ingreso a clases, lloviera, tronara o relampagueara, nos tocaba caminar a sol y agua los todo ese tramo de ida y regreso. Muchas veces llegábamos mojados a clase y nos tocaba dejar que el uniforme se nos secara en el cuerpo, las épocas de invierno eran complicadas. Las condiciones para educarse eran bastantes precarias y complicadas, para quienes queríamos seguir estudiando. Ir al colegio era toda una odisea para ser al menos un bachiller, porque a eso se aspiraba mínimamente.

Todas estas situaciones hicieron que los estudiantes de Villa Paz, Quinamayó y otros corregimientos vecinos a lo largo de cada año fueran desertando hasta quedar muy pocos estudiando y quienes lo hacíamos, era porque realmente a pesar de los esfuerzos queríamos graduarnos de bachiller. Ser bachiller en mi época de estudiante, era como ser hoy universitario y aunque era complicado pensar en ir a la universidad, muchos no perdíamos la esperanza de al menos hacer un curso o una carrera intermedia en Cali, en algún instituto. Pero además, era el sueño de todo padre tener hijos que fueran profesionales, así la posibilidad económica no se los permitiera.

Terminar el bachillerato para muchos era una necesidad, pero las condiciones en que estudiábamos en el colegio de Robles eran muy complicadas. Con el tiempo la primera solución saltó a la vista para muchos y fue hacer hasta octavo y noveno en el colegio de Robles y pensar en terminar el resto del bachillerato en otra parte, pero esto acarrearía un gasto extra en la difícil economía de las familias. Algunas hicieron el esfuerzo, entre ellas la mía en cabeza mi mamá, porque ya sabíamos que para eso, ella no contaba con el apoyo de mi papá. Mi hermana mayor, una prima y otras amigas fueron las primeras mujeres en

salir a estudiar por fuera del corregimiento. Ellas se fueron a estudiar a la normal de señoritas de la Cumbre (Valle) y de allí pasaron a hacer los dos últimos años de bachillerato al Instituto Técnico Agrícola de Buga (ITA), en donde terminaron su educación secundaria, siendo en 1985 las primeras mujeres bachilleres de Villa Paz. Del ITA se tenía muy buenas referencias, pues ya otros compañeros estaban estudiando ahí, incluido un primo hermano y mi medio hermano mayor, por parte de padre. Con todo y esta posibilidad, hay que reconocer de todas maneras se quedaba mucha gente en el camino. Parece que muchos ya teníamos un destino trazado, ser madres y padres a muy corta edad y dedicarnos a las labores domésticas o del campo. La verdad, las posibilidades no eran muchas. La historia de padres, madres y abuelos se repetía con frecuencia.

A mi estas cosas me preocupaban, no era lo que yo quería. Por eso, un día cursando octavo grado de bachillerato y al ver que ya no podía más con las madrugadas, las caminatas a sol y agua, el cansancio físico, el desgaste de zapatos y a veces hasta la indiferencia de nuestro profesores por las cosas que nos pasaban a los estudiantes que íbamos de otros corregimientos a estudiar a Robles, le dije a mi madre que yo quería terminar el bachillerato, pero quería hacerlo en otra parte. Le dije que quería estudiar en Buga en el ITA, y le propuse ayudarle con los gastos, trabajando en la fritanga familiar los fines de semana y limpiando cultivos como lo hacían algunas mujeres durante el período de vacaciones, no me importaba sacrificarlas.

Esto para mí era complicado pues era renunciar al poco tiempo de descanso que daban las vacaciones y renunciar a muchas cosas que como adolescente podía hacer y que mis amigas que no tenían los inconvenientes económicos que yo harían. Pero bueno, para mí lo importante era terminar mi bachillerato sin problemas. Yo sabía que ésta era la única manera en que podía terminarlo, pues la carga económica que esto implicaba para mi madre era muy grande y más cuando tenía bajo su responsabilidad una familia de 14 hijos con un padre que vivía en la casa pero que se había desentendido de la mayoría de sus obligaciones hace mucho tiempo. En últimas, mi madre aceptó, pues mi hermana mayor ya había terminado de estudiar, y al igual que yo, ella también ayudó trabajando en nuestra fritanga para poder estudiar en Buga.

Las referencias que tenía de la “Ciudad Señora” era que la gente era muy racista y comprobé que no era fama, las personas negras, éramos objeto de discriminación y burlas, no faltaba quien le pusiera a uno un sobrenombre ofensivo o el tipo morbosos que le gritara a uno porquerías. De todas formas lo importante para mí, era que estaba con algunos paisanos y una de mis mejores amigas, no iba a estar sola. El ITA era un colegio internado, pero para hombres; a las mujeres eso no nos beneficiaba mucho, porque lo más caro era el arriendo. Los beneficios que teníamos las alumnas era que, el colegio nos hacía el préstamo de un catre a comienzo de año y que entregábamos a fin de año, y así hasta que uno terminara. A cada alumna le tocaba conseguir el colchón para su catre, lo otro es que había un economato donde almorzábamos a muy buenos precios, con alimentación balanceada, eso ayudaba a la economía. Para sostenerme económicamente en Buga, como lo había acordado con mi mamá y para ayudarla a subsidiar mis gastos, viajaba todos los fines de semana a trabajar en la fritanga de la familia y en las vacaciones trabajaba en labores agrícolas en las haciendas y con un amigo que me daba trabajo limpiando cultivos de arroz, millo y deshierbando frijol, maíz y soya. Este trabajo lo hacía con señoras mucho mayores que yo, inclusive muchas de ellas eran las mamás de algunas de mis amigas. Con la plata que me ganaba en estos trabajos, compraba los uniformes de diario, de educación física, zapatos o adelantaba un mes de arriendo del cuarto donde vivía. Mi mamá se encargaba de los otros gastos. Éstos fueron tiempos de muchas limitaciones económicas.

Los años 80 fueron muy productivos para mí, en la primera mitad de esta década estaba yo terminando mi bachillerato y preguntándome qué era lo que haría de ahí en adelante. El solo hecho de haber terminado el bachillerato ya era un logro, pues muchos de mis amigos no lograron terminar la primaria ni el bachillerato. Sin importar las circunstancias, yo me sentía del grupo de las privilegiadas. Más todavía cuando mi papá era de los que decía que a las hijas mujeres no se les daba estudio y mi mamá en tono melancólico cada vez que podía expresaba de alguna manera sus frustraciones diciendo “si mi papá me hubiera dado estudio mi vida hubiera sido otra, por eso mis hijos tienen que ser al menos bachilleres”.

Pero estas actitudes no eran gratuitas, la educación en la mujer en caso de que la hubiera, estuvo muy influenciada por la Iglesia a todos los niveles. Ella y el estado, seguían contemplando a la mujer en un papel secundario. La Iglesia católica por ejemplo, tenía un

concepto funcional de la mujer que obedecía a su papel cohesionador al interior de la familia. La incorporación de la mujer al sistema educativo, según la Iglesia, era una forma de moldear en principios y valores cristianos al elemento cohesionador de la familia y el hogar. El acceso de la mujer al sistema educativo no buscaba, de ninguna manera, alterar la función social de la misma; buscaba fundamentalmente alfabetizarla y adiestrarla en algunos quehaceres domésticos para el mejor funcionamiento del hogar y de la familia. Su educación, en caso de haberla, debía ir orientada a su misión en la vida.

Como muestran Isabel e Inés Alberdi, hoy las mujeres tenemos muchas más posibilidades de acceder a la educación, en todos los niveles y esto se debe a las transformaciones sociales que ha experimentado Colombia y otros países, las cosas que no pudieron hacer mujeres de otras generaciones. Tal es el caso de mi madre mi abuela y así otras mujeres. La vieja utopía de las feministas y de todas las mujeres que han luchado por la igualdad de oportunidades parece haberse hecho realidad: las mujeres están presentes en el sistema educativo. Si consideramos solamente su presencia de forma global, podríamos afirmar que se ha producido la igualdad educativa entre hombres y mujeres y que la discriminación sexista es algo que pertenece al pasado (Alberdi y Alberdi, 1984:5).

Habiendo podido yo terminar el bachillerato con las dificultades ya anteriormente mencionadas, viví en Villa Paz como 3 o 4 años antes de irme a vivir a Cali a buscar otras oportunidades. Como desde los 17 años yo ya me metía en reuniones y me llamaba mucho la atención las cosas que allí se discutían. Pensé, que era una isla sola con esas intenciones, empecé a reunirme con algunos amigos porque nos preocupaban varias cosas. Una de ellas era la terquedad de los mayores que creían que ellos tenían la razón en todo, el relevo generacional allí no aplicaba. Para ellos, las canas y la experiencia eran una razón más que suficiente para creer que tenían la razón y no dudo que en muchas cosas, la tenían. Pero esta situación hacía que a veces las relaciones entre los jóvenes que incursionábamos en el trabajo comunitario y las personas mayores tuvieran algunos compliques. A los jóvenes que en ese momento nos estábamos organizando, nos preocupaba una cantidad de situaciones que tenían que ver con la comunidad, una de ellas era la deserción escolar tanto en primaria como en bachillerato, por las condiciones en que nos tocaba estudiar. Los niños y jóvenes preferían desertar y dedicarse en el caso de los hombres, a trabajar en las fincas o en las

haciendas y las mujeres, dedicarse al hogar, tener hijos o trabajar como empleadas del servicio doméstico. Había mucho por hacer y sabíamos que los mayores ya iban de salida.

Hacia el año de 1985 empezamos a trabajar en Villa Paz los jóvenes con Emcodes, con la orientación de Gustavo de Roux, profesores de la Universidad del Valle y estudiantes practicantes de esta misma universidad, de carreras como trabajo social y sociología. Antes de que los jóvenes nos involucráramos en el trabajo comunitario, ya Emcodes llevaba un proceso de varios años con campesinos de Villa Paz y del corregimiento de Quinamayó en proyecto productivos que tenían que ver con la recuperación de la finca tradicional, mejorar la producción agrícola y buscarle un mejor mercado a los productos que se producían en los corregimientos. Para eso Gustavo de Roux, que era agrónomo, acompañado de otros profesionales y técnicos del Instituto Colombiano de Agricultura ICA, prestaban la asistencia técnica a todos los campesinos que hacían parte del proyecto. Recuerdo que mi papá y un tío por parte de mi mamá, lideraban la organización. Las reuniones se hacían todos los jueves en la sala de mi casa, en las noches, allí llegaban todos los señores que integraban el grupo para discutir las tareas y procedimientos a seguir.

Uno de los grandes problemas que tenía Villa Paz y los corregimientos aledaños era que cuando había cosechas de frutas y cacao, no había como sacar los productos, pero además en el caso del cacao, la queja era que pagaban muy barato el kilo de cacao. Para solucionar el problema, primero, crearon una cooperativa donde los campesinos vendían el cacao a mejor precio y las ganancias obtenidas debían ser invertidas en proyectos de mejoramiento de las fincas, es decir en compra de insumos y pago a los agrónomos que hacían la asistencia técnica. Segundo, en Villa Paz y los corregimientos aledaños se producían muchas frutas (naranja, mandarina, aguacate, patilla, guanábana, maracuyá y badea entre otros) que en tiempo de cosecha se perdían porque bajaban los precios. Algunos campesinos preferían dejar dañar las frutas a pagar un transporte que no compensaba en nada su esfuerzo y el precio del producto. Tercero, había que buscar cómo sacar los productos de los corregimientos pues no contábamos con un buen servicio de transporte. En Villa Paz y lo corregimientos aledaños, sólo había una manera de transportarse, una chiva llamada “La Puerca” bautizada así porque a Omar su conductor le decían “La Marrana”, apodo ganado por su buen apetito, pues era un hombre obeso que comía de forma

exagerada. Pero además de ser reconocido por su obesidad y su forma de comer, era un conductor de mucha experiencia y pericia para conducir en una carretera que había sido construida hacia 1945 a punta de pica y pala y que por años antes de ser pavimentada estuvo en condiciones lamentables. El municipio muy pocas veces le hacía mantenimiento a esta carretera.

La carretera estaba en tan mal estado que parecía una trocha por donde solo pasaban caballos. Quienes conducían por esta carretera eran, realmente, personas osadas: de hecho, los vehículos que circulaban por ella eran las llamadas “chivas” o “líneas”. Mucho tiempo después, entraron a prestar su servicio los “Carpatis”, camperos con los que se podía enfrentar y atravesar una trocha como esta. Por eso, Omar, también llamado “la puerca o marrana”, gozaba de muy buen prestigio como conductor, pero era temido por las mujeres, quienes eran la mayoría de pasajeras, que iban a vender los productos de las fincas y a hacer mercado, porque este era un hombre de un vocabulario soez e inapropiado, especialmente con las mujeres; en muchas ocasiones, algunas de ellas, quizá por ignorancia, celebraban este comportamiento como algo gracioso. A mí, particularmente, me molestaba su vocabulario, no me parecía tan gracioso, lo veía como una falta de respeto y abuso hacia ellas. Como siempre viajaba con mi mamá, me sentía avergonzada, y me incomodaba que escuchara tan cantidad de palabras soeces —creo que a ella le pasaba lo mismo conmigo—. Pero no solo “la puerca” mostraba estas actitudes: su ayudante, a quien llamaban “el gordo” y “Barrabás” era como él, con el agravante de que era muy agresivo: insultaba continuamente a los pasajeros, y en especial a las mujeres; muy poco se involucraba con los hombres.

“La Puerca” salía a las 4:30 a.m. con la carga, que eran los productos agrícolas que salían de las fincas y se recogían en la noche anterior de casa en casa. Estos eran llevados a Cali a las plazas de mercado de Santa Helena, Alameda y a la de Jamundí. A esta última íbamos los miércoles y sábados con mi mamá y los viernes a Santa Helena, la chiva regresaba sobre las 12:30 p.m. a recoger a los pasajeros que ya habían vendido sus productos y habían hecho mercado, para venirse en la chiva. Solucionar el problema de transporte y el ingreso de la producción agrícola, llevó al grupo organizado por campesinos, Proalianza a pensar en una solución. A veces los productos se quedaban porque con una sola chiva en

tiempos de cosecha no era suficiente, debían hacerse hasta tres viajes nocturnos y el de la madrugada para cubrir la oferta de Robles, Quinamayó, Villa Paz y veredas cercanas. Con la ayuda de Emcodes y a través de una gestión que se hizo con el apoyo de una organización holandesa llamada CEBEMOS, se logró conseguir una ayuda y se compró una chiva a la que por medio de un concurso que se hizo le puso “Superman”. Esta era una solución a la situación que vivían los corregimientos, no era solo un problema de Villa Paz. Todo eso hacía parte del mejoramiento de la calidad de vida de las familias campesinas villapaceñas, el proyecto auguraba un buen futuro para los agricultores y por ende para la comunidad.

Tener un a chiva en la comunidad fue una muy buena opción para solucionar los problemas de transporte y mercadeo de los productos agrícolas que se cultivaban en la comunidad. El proyecto funcionó por algunos años y estuvo a cargo inicialmente del grupo Proalianza quien fue el gestor y administró el proyecto por mucho tiempo, pero como este grupo no tenía personería jurídica los trámites legales se hicieron a través de la Cooperativa de Víveres y Abarrotes, que tenía personería jurídica. Ellos serían unos de los más beneficiados porque podrían transportar sin inconvenientes, los productos de la cooperativa y traer de Cali y Jamundí los víveres y abarroses para surtir la cooperativa. Éste fue un proyecto que aportó mucho a la comunidad, pero dicen que por malos manejos se fue a pique y la chiva convertida en chatarra reposa en el patio de uno de los encargados de la última administración, hoy nadie responde. Dicen que ya empezaron a vender por partes.

Con la muerte y el visible cansancio de algunos de los líderes y los fracasos de proyectos como el de la chiva, quienes empezábamos a incursionar en el trabajo comunitario, creíamos que ya era hora que se fuera dando un relevo generacional, más que de género hasta ese momento en la comunidad, porque esto incluía a hombres y mujeres. Ya algunos compañeros, hombres jóvenes intervenían en algunos grupos, pero su trabajo se veía más activamente en el deportivo Villa Paz, pues los convocaba el fútbol, esta organización estaba dirigida como las otras por hombres mayores, con experiencia en el trabajo comunitario. Las mujeres aparecían solo en escena organizativa, en los grupos de Procapilla y Procementerio, pero estos eran grupos que trabajaban sin tanto protagonismo, como los que estaban liderados por hombres. La visibilización del trabajo de las mujeres creo yo,

comenzó hacia mediados de los años 80 cuando se empezaron a crear grupos mixtos de jóvenes.

Entre 1980 y 1985 ya había un buen número de jóvenes hombres y mujeres inquietos por la situación de la comunidad, algunos ya habíamos terminado el bachillerato. Nosotros pensábamos que se hacía necesario que interviniéramos en los asuntos de la comunidad más directamente y que oxigenáramos los procesos organizativos que ya existían. Algunos compañeros empezaron a asistir a los grupos que ya había como apoyo en algunas actividades. En el caso de los hombres donde siempre habían estado era en el Deportivo Villa Paz, donde participaban como futbolistas porque quienes dirigían y coordinaban eran hombres mayores. De hecho mi papá fue su presidente por mucho tiempo. Ya como a mediados de los años 80 entraron algunos jóvenes a hacer parte de la Junta directiva. Las mujeres llegamos a este grupo porque para esa época estaba muy de moda en los clubes de los corregimientos, tener equipos de fútbol femenino y Villa Paz no fue la excepción. Creamos un equipo de fútbol del cual yo hice parte como por dos años.

Quienes nos iniciábamos en el trabajo comunitario, llegábamos con las mismas expectativas y ganas de ayudar a solucionar los problemas de la comunidad, como en su momento lo habían hecho muchos líderes y lideresas en la comunidad. Nos antecedían unas generaciones de hombres y mujeres que desde sus saberes, intuición y fortaleza, habían hecho un trabajo notorio y meritorio. Que quienes empezábamos debíamos recoger, independientemente de las diferencias. Recuerdo que los primeros trabajos que hicimos los jóvenes fue con Emcodes. Con algunos amigos que ya venían incursionando desde hacía un tiempo muy corto en el trabajo comunitario, habíamos estado hablando y considerando la posibilidad de organizar un grupo de hombres y mujeres jóvenes. Empezamos a reunirnos muy informalmente para discutir asuntos y problemas de la comunidad, entre ellas nuestra participación activa en el trabajo comunitario. Muchas veces los jóvenes se habían organizado, pero era alrededor de las coyunturas de elecciones políticas para apoyar a uno u otro candidato, haciéndole el juego al clientelismo y a la politiquería. Pasadas las elecciones, volvíamos a quedar en las mismas, unos con dinero en sus bolsillos y la comunidad fregada como siempre viviendo de promesas. Emcodes al ver que se estaba gestando un proceso autónomo liderado por hombres y mujeres jóvenes entre los 17 y 25

años aproximadamente y mayormente bachilleres; nos propuso apoyar el trabajo con unas capacitaciones sobre trabajo comunitario. Empezamos con unos talleres sobre relaciones humanas que eran orientados por estudiantes practicantes de trabajo social y sociología de la Universidad del Valle. Con este trabajo llegan los intercambios de experiencias, con otras comunidades del norte de Cauca y el sur del Valle, donde se estaban haciendo también estos talleres, con comunidades negras e indígenas. Luego vino una capacitación que hicimos en técnicas agropecuarias y de especies menores en La Fundación para la Aplicación y Enseñanza de las Ciencias – FUNDAEC, en el corregimiento de Perico Negro en el municipio de Puerto Tejada (Cauca) durante dos años. Con esta capacitación, comenzaron los intercambios de experiencias en la implementación de proyectos productivos especialmente en áreas agrícolas y pecuarias. Así fue durante casi más de tres años, el primer encuentro entre comunidades se realizó en el municipio de Villa Rica (Cauca) para entonces corregimiento. En un lugar muy emblemático llamado palenque, lugar construido por Gustavo de Roux para los encuentros masivos que se organizaban para discutir los problemas que en ese momento afectaban a las comunidades negras e indígenas en el norte del Cauca y el sur del Valle. Ya desde hace unos años especialmente en el norte del Cauca, se venía trabajando con Emcodes en las luchas por el reconocimiento y la visibilización de la población negra.

Ya con algunos conocimientos adquiridos y conociendo las experiencias de otras comunidades y organizaciones, creamos el grupo comunitario, y empezamos a trabajar guiados por Emcodes, especialmente en fortalecimiento de procesos metodológicos y organizativos. En cada comunidad en la que estaba Emcodes había un practicante de la Universidad del Valle de trabajo social o sociologías, quienes estaban haciendo pasantías o trabajo de campo para sus tesis de grado. Casi todas estas practicantes eran mujeres, eran ellas quienes orientaban los talleres y el trabajo que se venía haciendo. En Villa Paz este trabajo estuvo orientado por casi tres años por Patricia Guevara, estudiante de trabajo social y luego cuando ella se graduó, llegó Sarita González, otra estudiante de trabajo social, quien estuvo trabajando con nosotros por dos años.

En este tiempo también realizamos unos talleres sobre trabajo comunitario con asesoría permanente de Emcodes. La interacción con otras comunidades fue vital en los procesos

que estábamos desarrollando en ese momento. Eso nos permitió mirar que las problemáticas de las comunidades negras del sur del Valle y el norte de Cauca eran similares; especialmente en el abandono y la negligencia de los organismos estatales, regionales y locales frente a los problemas que tenían en esos momentos estas comunidades. Yo sentía que con este movimiento que estábamos creando íbamos a tener una fuerza importante y significativa y que podríamos a través de ella, lograr más atención para estas poblaciones. Tener el apoyo de una organización como Emcodes, nos daba mucha confianza frente a lo pretendíamos como grupo organizado. Por casi cinco años aproximadamente, estuvimos con mis compañeros participando en las actividades organizativas que se programaron en el norte del Cauca y el sur del Valle en intercambios en y eventos culturales. En ésta etapa de mi vida tuve la oportunidad de hacer teatro con un grupo conformado por personas de distintas comunidades, donde recreábamos las experiencias y los procesos de nuestras comunidades.

El apoyo entre comunidades del norte del Cauca y el Sur del Valle era evidente. Además de capacitarnos sobre procesos organizativos para fortalecernos como comunidades, era una prioridad apoyar la lucha que venían dando desde hace muchos años, en el norte del Cauca las comunidades negras para recuperar las tierras que ahora hacían parte de las propiedades de los terratenientes, hacendados e ingenios azucareros. Éste era solo uno de los propósitos. Buscando una manera de que se conociera la problemática, se pensó en una estrategia y que fue con el apoyo de Emcodes se grabaron dos LP denominado “Luchas Cantadas”. Las canciones incluidas en este disco, fueron compuestas por líderes comunitarios e interpretadas por reconocidos cantantes de la región. Esto fue novedoso.

Desde que empecé a hacer trabajo comunitario, no existía en mi cabeza otra cosa que no tuviera que ver con la solución de los problemas que aquejaban mi pequeño mundo, el cual se circunscribía a Villa Paz, al norte del Cauca y al sur del Valle. Yo me movía sobre esos linderos, no sabía hacia afuera qué estaba pasando, con las otras mujeres en el mundo y en Colombia. Para mí, el feminismo era desconocido y no tenía antecedentes de la luchas por la igualdad de los derechos de las mujeres. Pero de alguna manera lo ejercía desde de mis saberes y desde mí acumulado político. Todo aquello que para mí era una lucha justa de las poblaciones de comunidades negras y la reivindicación por nuestros derechos, no estaba

atravesada en ese momento por aspectos como la igualdad de género, ni mucho menos a una lucha como mujer negra, frente a las exclusiones de las que éramos víctimas desde nuestros propios hombres

La conciencia feminista una cuestión de intuición

Cómo me hubiera gustado en mis años de trabajo comunitario en Villa Paz tener como herramienta dentro de mi proceso de formación algunas nociones y orientación sobre el feminismo y la perspectiva de género. Estoy segura que con todas las preguntas que tenía en mi cabeza, no solo me hubiera iniciado en estos temas, sino que hubiera leído cuanto texto llegara a mis manos. Sin reconocirme políticamente feminista creo que mi experiencia de trabajo comunitario hubiera estado orientada más allá del reconocimiento étnico al trabajo con mujeres. Me hubiera gustado introducirme en este tema desde muy temprana edad, porque era claro que nuestra prioridad no era la defensa de nuestros derechos como mujeres, sino las luchas de las comunidades negras por el reconocimiento y aunque eran dos luchas diferentes, creo que haber transversalizado el trabajo con el tema de género nos hubiera permitido ganar espacios como mujeres. Reconozco que las luchas de las comunidades y las organizaciones eran unos espacios con una visión bastante machista y con otras prioridades, muy diferentes a las afectaciones que sufríamos las mujeres. Supongo que esta hubiera sido una tarea bastante difícil, pues el patriarcado y el machismo habían hecho bien su trabajo. Lo cierto es que lo que hacíamos nunca se aproximó conscientemente a una postura feminista o un trabajo consciente con perspectiva de género; nombres como Olympe de Gauges, Mary Wollstonecraft, Simone de Beauvoir, Flora Tristán, bell hooks, Angela Davis, Ofelia Uribe y María Cano, entre otras, llegaron a mi vida mucho después.

En mi caso, el trabajo que desarrollaba estaba centrado en hacer cosas por la comunidad que nos permitieran lograr una mejor calidad de vida, y en tratar de proyectarnos como unas mujeres que aspiraban a tener mejor futuro que nuestras madres, tías y abuelas. Nuestro “sur” como mujeres negras/afrodescendientes campesinas, con unas historias de vida quizás similares a otras mujeres, estaba orientado a construir desde lo que teníamos, mientras el feminismo acumulaba siglos de luchas e historia. Solo muchos años después que me pude aproximar a todo lo que implicaba el feminismo y los temas de género, como

elementos importantes dentro de mi formación, darían cuenta de mis mayores preocupaciones. Ese despertar al feminismo llegó a mí viviendo en Bogotá de boca de algunas mujeres que no solo habían leído y estudiado el tema, sino que se identificaban como feministas. Lo que decían y hacían estas mujeres me gustaba, pero además, yo sentía que cada cosa que escuchaba de ellas sobre el tema, respondía de alguna manera a esas inquietudes que por años yo había tenido sobre las relaciones entre hombres y mujeres, pero también, me generaba otras preguntas.

Cuando yo conocí el feminismo, las mujeres habían librado muchas batallas en los ámbitos nacional e internacional; y las luchas feministas habían promovido y revolucionado una serie de cambios institucionales, económicos, legales y políticos en la sociedad, que beneficiarían a las mujeres y que abarcaban temas como los siguientes: el sufragio universal del voto, la legalización del aborto, la ley del divorcio, participación en política, independencia económica, el acceso de la mujer a la enseñanza secundaria y a la superior y a la formación profesional, derechos de las mujeres trabajadoras, y derechos sexuales y reproductivos.

La historia del movimiento y de la teoría feminista se puede esbozar en cuatro bloques, también llamados olas. El feminismo moderno, o primera ola del feminismo, arranca con la obra de Poulain de la Barre en el siglo XVII, y reclama la igualdad política de las mujeres de la Revolución Francesa, para resurgir con fuerza en los grandes movimientos sociales del siglo XIX, con el sufragismo y los trabajos de Mary Wollstonecraft, entre otros. El neofeminismo, o segunda ola del feminismo, de los años sesenta y setenta del siglo XX, tiene un cariz más político y reivindicativo, y cuenta como teórica central con Simone de Beauvoir. La tercera ola del feminismo arranca en los años ochenta, influida por las teorías psicoanalíticas, y deriva, en particular en Europa, Francia e Italia, en el *pensamiento de la diferencia* (llamado así por remarcar su defensa de valores propios de las mujeres, de su diferencia con respecto a los hombres, y que cuestiona al pensamiento de la igualdad entre hombres y mujeres, heredero de la segunda ola. Finalmente, la cuarta ola es la de los feminismos que cohabitan con el pensamiento posmoderno y la crisis de la subjetividad. En este último grupo encontramos las teorías más actuales que hacen hincapié en la construcción social de la subjetividad, y que, en particular, deconstruyen y analizan el concepto *sujeto mujer* en el actual mundo global, poscolonial, postindustrial y altamente tecnificado. Algunas de estas teorías son las que se encuentran formando parte de la teoría *queer*, el ciberfeminismo o el feminismo poscolonialista. Todos estos diferentes feminismos conviven actualmente; por esta razón, ahora ya no se puede hablar de feminismo, sino de feminismos, en plural (Huertas, 2006: 1-2).

Cuando tuve mis primeras aproximaciones en términos generales a la teoría feminista y a sus reivindicaciones históricas, esta ya llegaba a la tercera ola. Esta etapa da surgimiento a los feminismos denominados como cultural, lésbico y de género, entre otros; y abre un fuerte debate sobre la prostitución, la pornografía y el libertinaje. Se critica además la postura elitista, universalista, racista, heterosexual y poco abierta a la pluralidad cultural, racional y sexual.

La tercera ola del feminismo en Colombia (1991-2011) está caracterizada por la pluralización del campo feminista, en el que las distintas demandas del feminismo formuladas durante la segunda ola se mantienen, pero cobrando fuerza una pregunta por la particularidad del contexto colombiano: el conflicto armado interno y su negociación política. De igual manera, durante esta ola tiene lugar la inserción de las feministas en el Estado con la creación de algunas oficinas de políticas públicas en el nivel nacional y local. En relación con la guerra y la paz, se pueden resaltar tres grandes procesos: la constitución de organizaciones específicas que discuten estos tópicos; procesos más amplios de confluencia; y finalmente, ejercicios de participación en los procesos de negociación del conflicto.

La pluralización del campo feminista ha estado acompañada de la emergencia de procesos organizativos en redes, por una mayor presencia de la diferencia que caracteriza a las mujeres y por la discusión de su existencia, así como por el crecimiento en escenarios de diálogo entre las distintas expresiones organizativas de mujeres y feministas. La discusión de las mujeres indígenas y negras, así como de las lesbianas y de una nueva generación de feministas le ha impreso a este momento nuevas dinámicas y puede liderar la aparición de una nueva ola del feminismo, en la cual las diferencias, la discusión sobre la modernidad y nuevas propuestas políticas tengan lugar (Gómez, 2012: 12).

Indudablemente, en el caso de Colombia el movimiento feminista nace con los primeros albores del siglo XX. Su nacimiento es producto del interés de un sinnúmero de mujeres que desafiando un sistema machista y patriarcal, asumieron la difícil tarea de encarar la lucha para exigir los derechos civiles y políticos de las mujeres en el país. De muchas

maneras estas mujeres trataban de rebatir desde las diferentes agrupaciones conformadas, al principio tímidamente y con el tiempo más beligerantes, compuestas en general por mujeres, pero también por algunos hombres que comprendían el valor de la igualdad –el derecho al trabajo remunerado, la mejora en la educación, la lucha contra la subordinación y por supuesto, el derecho al voto– lograban ir moviendo los cánones reinantes (Vallejo y Beatriz, sf: 4). Quienes abanderaban esta causa eran mujeres que habían tenido la oportunidad de estudiar fuera del país y habían regresado para liderar desde espacios como la docencia luchas reclamando la igualdad de derechos de las mujeres, tal es el caso de María Rojas Tejada, otras como María Cano, que la dieron desde el sector de las trabajadoras como y unas tantas más reclamaron desde la arena política y las letras como Ofelia Uribe, solo por mencionar solo una de ellas. Mujeres que, además de militar en los partidos políticos tradicionales, crearon revista para desde ahí exigir sus demandas frente a la desigualdad que existía entre hombres y mujeres.

Los años treinta marcaron un momento importante del feminismo, este se constituyó como la primera expresión del feminismo en la lucha organizada sobre los derechos civiles y político de las mujeres. El derecho a manejar sus bienes, es una de las reclamaciones más importantes; La segunda etapa, la de la lucha por el voto, se desarrolló entre 1944 y 1948 y constituyó el auge del movimiento. Esta vez en tanto las sufragistas pusieron en cuestión la ausencia de su voz, de su voto y de su condición de ciudadanas. Y tercera etapa, comprendida entre 1949 y 1957, se corresponde con la época de la "Violencia" y aun así varias mujeres se hicieron escuchar. En 1954 se logró el derecho a voto para las mujeres pero, dado que el país se encontraba bajo la dictadura del general Rojas Pinilla, no se pudo ejercer sino hasta 1957, cuando se ratificó el Frente Nacional mediante un plebiscito. Esta lucha abierta por las sufragistas fue un paso inicial. El feminismo resurgirá entonces en la década de 1970 y recuperará su pasado. Pero ahora no solo busca la igualdad y los derechos políticos, sino que cuestiona al patriarcado y reclama el derecho a la diferencia (Ramírez, 1990: 4).

En la historia del feminismo colombiano, se debe mencionar un elemento importante que hizo parte de la lucha de las mujeres para reclamar sus derechos, y que tuvo mucha relación

con este y fue el periodismo. Usado por algunas feministas como medio para salirle al paso al contexto machista que vivía el país y para propagar sus ideas. El ejercicio periodístico femenino, se vio materializado en un sinnúmero de publicaciones de mujeres para mujeres, que desde la primera mitad del siglo XX ya hablaban sobre nuestra situación. Ejemplo de ello fue la revista *Agitación Femenina*, una de las más reconocidas. Esta fue fundada por Ofelia Uribe de Acosta,¹⁴ quien era una reconocida feminista santandereana que concebía el feminismo como un factor social importante para el reconocimiento de la mujer. Dicha revista que circuló desde 1944 hasta 1948, sintetizó claramente las características de la época: fue un tipo de agitación en el sector de las mujeres y en toda la sociedad (Piedrahita, 2008: 28-29).

Con el surgimiento de un gran número de grupos feministas de diversas tendencias, se rompe el muro de la privacidad y se coloca en el espacio de lo público, temas como la sexualidad, la libertad, el aborto y el derecho a decidir sobre el cuerpo (Sánchez, 1995:382). Pero dentro del panorama de las luchas feministas, hay otro elemento que ha hecho carrera en el derecho a la igualdad, y es el trabajo. Se puede así constatar que, a pesar de la creciente incorporación de las mujeres a la actividad laboral que, sin duda, alcanzó avances significativos en el siglo XX y es la gran innovación de este siglo, se mantienen formas de discriminación en los distintos aspectos de la vida laboral: el propio acceso al empleo, las dificultades de promoción interna a puestos de responsabilidad, la clasificación profesional, las diferencias de retribución, la misma negociación colectiva e incluso la representación legal del personal, ostentada de forma abrumadoramente mayoritaria por hombres. La lucha de las mujeres trabajadoras desde hace mucho tiempo se enfoca en la demanda de sus patronos por mejoras salariales, pues por décadas ha sido notoria la discriminación en sus salarios respecto al de los hombres. Por eso, las feministas han reivindicado el hecho de que

¹⁴ Ofelia Uribe fue una luchadora y dirigente del feminismo sufragista que se manifestó en Colombia desde los inicios de la segunda República Liberal (1930) hasta principios del Frente Nacional. La experiencia histórica de esta mujer y del pluralista movimiento que lideró durante los años cuarenta con Lucila Rubio de Laverde, evidencian la manera como la sociedad colombiana, la clase política, la prensa tradicional y la historia oficial han desconocido esa parte de la historia nacional: la lucha de las mujeres por sus derechos.

las mujeres trabajamos igual que ellos, aun cuando nuestros salarios son inferiores a los suyos.

El trabajo, desde la perspectiva de género, ha estado orientado a la erradicación de la discriminación, protección del derecho a la igualdad y la garantía a la igualdad de oportunidades para las mujeres trabajadoras, en la doble condición de su trabajo en los ámbitos domésticos y públicos, se devela la estrecha relación entre el modo de relación capitalista y la cultura patriarcal y la forma como se refuerzan entre sí para dominar económica, social, política, cultural e ideológicamente a las mujeres. Es por eso que desde la postura crítica y radical los feminismos socialista y radical, ven la importancia de incorporar el trabajo doméstico poco valorado, dentro de los análisis económicos y de identificar el hogar como una unidad de producción y reproducción, no solo de los seres humanos en cuanto su fuerza de trabajo, sino también de consumo y de las relaciones sociales, culturales, políticas y ambientales que ahí se establecen (Sarmiento y Vargas, 2002: 15). El caso del trabajo que las mujeres realizan en la producción mercantil de bienes y servicio, en el capitalismo ha sido confinado ideológicamente en las relaciones salariales a la categoría secundaria de complemento del ingreso del hogar y flexible respecto a las necesidades del ciclo económico. Además, en la segmentación por sexo el mercado laboral dificulta el acceso a puestos de trabajo de dirección y menor remuneración de las mujeres, respecto a los hombres (Sarmiento y Vargas, 2002: 16).

Toda la revolución que venía dando el feminismo desde hacía más de un siglo en el mundo y décadas en Colombia, hasta ese momento para mí era desconocida. En mi caso, haber conocido sobre feminismo y perspectiva de género, hubiera sido interesante y me hubiera ayudado a entender más el contexto en que vivía, especialmente frente a las relaciones de género. Pero no sé qué cara hubiera puesto mi mamá y muchas mujeres que, como ella, fueron criadas bajo un orden machista y patriarcal, concebido como un estado natural en las relaciones entre hombres y mujeres, y basado en una relación de poder desigual. No me imagino la cara de mi mamá, y de muchas de estas mujeres, si yo hubiera llegado un día a decirles que las mujeres teníamos unos derechos y les hubiera contado todo lo que el movimiento feminista venía haciendo. Por ejemplo, decirles que tenían derecho sobre su cuerpo, que podían haber decidido el número de hijos con su pareja, no los que la pareja

quisiera, entender que son los derechos sexuales reproductivos, poder acceder a la educación, sin pensar que ésta solo era un privilegio de los varones, administrar sus propiedades, poder interrumpir legal y voluntariamente el embarazo y hasta decidir su proyecto de vida, ya que el único, no era ser amas de casa, esposas y madres, entre otras muchas cosas. Estoy segura de que no me hubieran entendido y se preguntarían en qué cosas raras andaría yo metida. Creo que muchas madres me hubieran visto como una mala influencia y habrían prohibido a sus hijas hacer amistad conmigo. Pensar en estos actos revolucionarios que promulgaba el feminismo era pensar en acciones subversivas para las mujeres de Villa Paz, pues se suponía que el deber ser de las cosas era como estaban y se daban, y no de otra manera. No obstante, creo que algunas amigas contemporáneas, con las que trabajaba el proceso comunitario, posiblemente hubieran sido receptivas a esta nueva información.

Estoy segura de que mi mamá, las mujeres de su generación y hasta de mi generación no saben qué es el feminismo. Pero, al igual que yo, que por muchos años no lo supe, ella estaba convencida que sus hijas podían tener una vida mejor a diferencia de muchas madres que pensaban que sus hijas y las hijas de sus hijas, estaban condenadas a ser lo que ellas fueron. Ahora entiendo las preocupaciones de mi mamá cuando pensaba que sus hijos e hijas debían tener una vida mejor; porque la de ella no había sido fácil, lógicamente esas no eran las preocupaciones de mi papá. La verdad, nunca he sabido cuáles son. Siempre lo percibí como un hombre trabajador, preocupado por los asuntos de la comunidad. Aunque yo hubiera esperado esa misma preocupación y entrega para asumir las responsabilidades en el hogar, pero no fue así. En la vida familiar, era el macho absoluto, irresponsable, mujeriego, bebedor, autoritario y violento. Empero, tenía toda la autoridad, concedida como cabeza de hogar, para tomar las decisiones trascendentales en la familia, aunque fueran equivocadas: nada se decidía sin su autorización. Lo más curioso era que, a veces, estas decisiones implicaban utilizar recursos económicos que aportaba mi mamá, pero ella no se atrevía a ejecutarlos sin contar con su aprobación. Esto era común en muchos otros hogares. Eso yo no lo entendía, pero después me llevó a pensar que muchas mujeres de la base, las del común y las populares, a pesar de no haber transitado por el feminismo y sin conocerlo, han sabido resistir a las adversidades y a lo que implica ser mujeres en un mundo que está

contemplado y construido desde una mirada, sexista, eurocentrista y machista. Porque una cosa era quienes desconocíamos la existencia del feminismo como una práctica política que estaba articulada a un discurso en pro de la igualdad entre hombres y mujeres, y otra las que ya con conocimiento de causa hacían frente a esas opresiones históricas de las que éramos víctimas las mujeres. Generalmente quienes venían en las luchas feministas, eran mujeres letradas, de clase media, blanco-mestizas con muchas más posibilidades que otras mujeres para hacerle frente a una sociedad regida por el patriarcado y el machismo con diferentes estrategias. Pero no por tener estas condiciones, dichas mujeres escapaban al poder del patriarcal.

Más allá de lo que pudiera ser el feminismo y sus luchas y las cosas que me inquietaba como mujer, mi trabajo en Villa Paz siempre giró alrededor de la organización social, el trabajo asociativo o comunero, como lo llamaban los mayores. Creo que mi generación heredó de las personas mayores la constancia y la persistencia frente a la participación, así ellos no fueran muy abiertos con las nuevas generaciones. Siempre dentro de los grupos existentes en la comunidad ha habido circunstancias que han favorecido el surgimiento de cambios para el beneficio de la comunidad; por un lado, la creciente preocupación del conjunto de la población por su futuro inmediato y, por otro lado, la organización de los diferentes grupos existentes en la comunidad que venían trabajando desde hace muchos años, con propósitos claros. Hacerle frente a las necesidades apremiantes que no le permitían a la comunidad ni a sus habitantes tener unas mejores condiciones de vida. Todo apuntaba hacia allá, tanto de los grupos ya existente, como los que venían emergiendo.

En lo que he denominado una “herencia” del trabajo comunitario, que viene de nuestros mayores, es preciso resaltar que muchos de ellos pertenecen a mi grupo familiar. En primer lugar, y a pesar del sinnúmero de diferencias que he tenido con él, debo reconocer en mi padre su entrega en el trabajo con la comunidad y su capacidad de liderazgo. Igualmente, mi tío Manuel Pilar Carabalí, hermano de mi Papá, ha sido un líder reconocido no solo por su trabajo comunitario, sino por su habilidad en los negocios: siempre fue un hombre prospero económicamente que administraba sus negocios, dueño de varias fincas y de la tienda más grande de Villa Paz, y lo curioso era que no sabía leer ni escribir. Otro personaje

reconocido con mucho liderazgo fue Juan Sandoval, hermano de mi abuelo materno, ellos en compañía de otras personas, lideraron muchas de las actividades y acciones que significaron para Villa Paz (la primera carretera, el primer vehículo de transporte público, la primera cooperativa agropecuaria de víveres y abarrotes, la primera escuela en el corregimiento, la asistencia técnica permanente a los agricultores por parte del ICA y Fedecacao e impulsaron la práctica del fútbol en el corregimiento) por solo mencionar algunas.

Hoy al leer la historia de Villa Paz me enorgullece, porque siento que no es gratuito ni casual mi interés por el trabajo comunitario, ni mi trasegar por las organizaciones a las que pertencí y pertenezco. Tal vez, verlos desde muy niña trabajar por la comunidad, a ellos, a otros líderes y lideresas; hicieron que naciera en mí el deseo de trabajar por la comunidad. Intuyo además, que otras situaciones como pensar en no querer ser una mujer del común, sin metas, ni horizonte, me movían para pensar en lo que quería para mí, para mí familia y para la comunidad.

La educación, una urgencia manifiesta

Uno de los problemas que habíamos visualizado con algunos compañeros del grupo comunitario y que era urgente y prioritario resolver, era el problema de la educación. La posibilidad más cercana a lo que queríamos, era la creación de un colegio que pudiera responder a las necesidades del corregimiento y las veredas aledañas. El colegio nació de la preocupación que tenían algunos compañeros por solucionar los problemas de deserción escolar, para incentivar y garantizar una mejor educación y un muy buen nivel académico de los estudiantes en la región. Eso era preocupante por las dificultades que teníamos para ir a estudiar a Robles. Caminar de ida y regreso aproximadamente 20 kilómetros en cada trayecto a sol y agua para estudiar en doble jornada. Estudiar en esas condiciones era imposible, por eso la deserción era altísima. Era preocupante saber que muy pocos podíamos culminar un proceso tan importante para los individuos en su desarrollo personal, social y cultural como lo es la educación. Eso había que solucionarlo.

En la creación del colegio jugamos un papel importante quienes en ese momento éramos ya bachilleres. Obirne Carabalí un docente en ese momento de primaria y quizás uno de los autores intelectuales y gestores de la fundación del colegio y uno de los jóvenes líderes en ese momento de comunidad. Me cuenta él que le comentó a otros compañeros docentes que le preocupaba mucho la educación y que siempre que conversaba con sus colegas Nelson Mina ,uno de los docentes más antiguos que había en la comunidad, Eliud Mezú y Carlos Alfonso Sandoval, les insistía en la necesidad de tener un colegio en Villa Paz, el comenta que les decía insistentemente “Nosotros tenemos que tener un colegio en Villa Paz, algunos hemos tenido la opción de terminar el bachillerato pero otros no lo van a terminar, por las dificultades económicas y de desplazamiento y veo con gran preocupación que esto no favorece el nivel académico de nuestra comunidad”¹⁵.

Con las preocupaciones frente al tema, tres personajes decidieron crear un grupo integrado por otros líderes jóvenes de la comunidad donde inicialmente solo habíamos dos mujeres: Marlen Balanta y yo. Este grupo tenía una particularidad: quienes lo conformábamos éramos todos jóvenes afros nacidos en Villa Paz, que habíamos logrado consolidar una relación de amistad y de trabajo comunitario muy dinámica. Teníamos en común, además, que cinco de los que liderábamos el proyecto éramos técnicos agropecuarios egresados del Colegio Técnico Agrícola de Buga- ITA. Después de discutir algunos asuntos, se decidió hablar con Gustavo Ignacio de Roux, director de EMCODES a quien ya se le había comentado la situación, antes de organizar el grupo que echaría a andar el proyecto. De Roux había manifestado que era complicado crear un colegio en Villa Paz por tener uno tan cerca como era el colegio de Robles Valle, que era un Colegio Vocacional Agrícola. “Esto sin embargo comenta Obirne, no nos bajó la moral y seguimos con el proyecto”¹⁶ Ya con todo planeado y con el proyecto casi montado, la Universidad del Valle y Emcodes, que era la ONG que venía apoyándonos desde hacía varios años, entraron como asesores del proyecto, acompañándonos en todas las etapas de este.

¹⁵ Obirne Carabalí, docente del Colegio Comunitario Agrícola Luis Carlos Valencia, entrevista, 20 de abril de 2014

¹⁶ Obirne Carabalí, docente del Colegio Comunitario Agrícola Luis Carlos Valencia, entrevista, 20 de abril de 2014

“Para ello se trabajó por varios meses con la participación de todos los sectores de la comunidad para definir un proyecto educativo que fuera curricularmente innovador, diferente a lo que ofrecía el gobierno. Por eso después de haber comenzado con un currículo en transición apegado un poco a la educación tradicional, se planteó un nuevo currículo denominado “Currículo y comunidad una experiencia de Innovación Educativa”. (Chávez, Navarrete y Vanegas, 1985: 141).

La construcción histórica, fue un elemento importante en el proyecto de investigación educativa, por eso éste se desarrolló con base en la metodología de la IAP, la cual implicó, además de la relación estrecha entre la teoría y la práctica, la participación de los sujetos y la transformación de estos mismos en la acción. Apoyarse en esta metodología implicó un reto grande, y fue respetar el rigor de la investigación histórica, pero a la vez recurrir a otros métodos menos ortodoxos de recolección de testimonios (Chávez, Navarrete y Vanegas, 1985: 3).

En la investigación para la implementación del Colegio hicieron parte los diferentes sectores que existían en la comunidad y las dos organizaciones que nos estaban asesorando. Después de investigaciones, reuniones y de la elaboración del proyecto curricular entre los bachilleres, los profesores de las escuelas Camilo Torres y Santa Ana, La Universidad del Valle y Emcodes, en un proceso que duró año y medio, se logró por fin abrir el Colegio Comunitario Agrícola Luis Carlos Valencia. Quien debe su nombre a “Luis Carlos Valencia” el primer gestor de la educación y docente que tuvo Villa Paz a comienzo del siglo XX. El colegio se abrió bajo la modalidad agropecuaria, con los grados de primero y segundo de bachillerato para esa época (hoy sexto y séptimo), y se comenzó con un currículo en transición. Pero había que resolver varios problemas. La primera era que no había una planta física para dictar las clases, otra era dónde se realizaría las prácticas agropecuarias y resolver el faltante de docentes. El problema de la planta física se resolvió, utilizando las instalaciones de las escuelas Camilo Torres y Santa Ana a pesar que Teresa Cardona que era la directora de esta escuela dar permiso para que el colegio funcionara ahí.

El colegio era una experiencia innovadora, al no contar con terrenos suficientes ni cultivos propios, se hizo una alianza con los dueños de las fincas y cultivadores de la región para que los estudiantes pudieran hacer sus prácticas agrícolas en dichas fincas, además se les prestaba a estas personas la asistencia técnica tanto agrícola como pecuaria. Sumado a esto, mediante convenios con los campesinos, quienes facilitaban sus fincas y cultivos para las prácticas agropecuarias y tenían hijos en el colegio, esto se les reconocía como pago de la pensión de su hijo. Estas prácticas contaban con el conocimiento de quienes ya habíamos pasado por un colegio agrícola y los saberes ancestrales de los campesinos. Ambos saberes eran vistos como válidos y esa era la intención del colegio: que no se perdiera la tradición ni el saber ancestral, que se expresaba en la comunidad desde un carácter colectivo y que guardaba de alguna manera mucha conexión con la historia de la comunidad. Para nuestro caso y el de muchas comunidades, estas tradiciones se mantienen en la identidad cultural de los pueblos en el caso de las comunidades negras, y permiten que los usos y conocimientos especializados estén al servicio de las comunidades.

La ancestralidad es entendida entonces como el conjunto de conocimientos, saberes y sentires y formas propias de las comunidades que ha sido transmitida de generación en generación y que, a su vez, es el resultado de un proceso constante de construcción, reconstrucción cultural, de enriquecimiento y adaptación que tuvo como punto de partida los conocimientos y experiencias de nuestros ancestros traídos de África y que conjuntamente con los elementos adquiridos con los europeos e indígenas logró desarrollarse en cada uno de los espacios en los que se establecieron las comunidades negras (García, Chaves y Sánchez, 2006:33)

Tener colegio ya era una realidad, ya estaba en funcionamiento. Una de nuestras grandes prioridades ya era un hecho, ahora tocaba sostenerlo. Ese era todo un reto para quienes habíamos asumido la función como docentes. Pero además era la posibilidad de muchos Jóvenes en Villa Paz de estudiar el bachillerato y de quienes lo habían dejado a medias, retomarlo. Ese es el caso de muchos de los que fueron mis compañeros de estudio de Quinamayó y Villa Paz, que iniciaron conmigo en el colegio de Robles cuando yo estudié y que se habían retirado por razones ya mencionadas.

Volviendo a mi caso, más allá de la posibilidad que tenía de ser docente del colegio, yo tenía intenciones de estudiar una carrera universitaria y no seguir en la docencia. Entre mis planes estaba, estudiar inicialmente trabajo social en la Universidad del Valle, mientras que la mayoría de mis compañeros estaban pensando en estudiar una licenciatura o estudiar en la Normal para Varones de Cali. Ellos si estaban seguros que su proyecto de vida era la docencia, yo no. De hecho, yo pensaba en carreras como periodismo y trabajo social y más ésta última, porque había visto el trabajo de las practicantes de la Universidad del Valle y lo que ellas hacían, eso me gustaba. Yo aspiraba poder hacer esta carrera y trabajar con las comunidades negras del Norte del Cauca y el Sur del Valle, motivada por lo que ya había vivido en estas comunidades. Creía que desde ahí yo podía aportarle a mis comunidades, pero además, me visualizaba como una gran investigadora en temas sociales. Pensando en eso ayude en el colegio como tutora no como docente de las áreas agropecuarias y como parte de un equipo de trabajo que operaba como enlace entre el colegio, los dueños de fincas para las prácticas agropecuarias de los estudiantes y la comunidad; eso me daría libertad para poder estudiar si pasaba en la Universidad del Valle.

Aunque estaba convencida de que el proyecto del colegio era una experiencia única, tenía claro que no me iba a quedar ahí, me entusiasmaba mucho poder estudiar una carrera y ponerla al servicio de la comunidad, pero no lo veía desde la docencia. Aunque sabía que era complicado estudiar en la Universidad del Valle, porque no tenía los recursos económicos y debía primero buscar un trabajo e irme a vivir a Cali para poder estudiar. Eso implicaba pagar arriendo o pedirle el favor a uno de mis tíos que vivían en esta ciudad, que me hospedara en su casa y como tal vez en ese momento no podía pagar un arriendo, la solución era proponerles que yo les ayudaba con comida y el pago de los servicios públicos. Cuando pensaba en el tema, lo que más me preocupaba era a que tío le podía pedir el favor, pues los que vivían en Cali eran los hermanos de mi papá y la relación con ellos era cordial, pero no pasaba de ahí. La única posibilidad entre todos era mi tío Jesús, un hombre a que diferencia de sus hermanos era un hombre generoso. De todos los hermanos de mi papá era el más próximo a él y con el único que contábamos, siempre no los había demostrado. Por el contrario nosotros éramos más próximos a la familia de mi mamá. Si alguno de los hermanos de mi mamá hubieran vivido en Cali, las cosas hubieran sido diferentes, porque

con ellos hemos contado incondicionalmente; siempre han estado para darnos la mano. Con todo y lo complicado que se veía el panorama, yo siempre estaba motivada porque confiaba y sabía que de alguna manera yo solucionaría ese tema. Lo importante era pasar en la Universidad del Valle cuando me presentara.

En 1987 con mis aspiraciones vivas de estudiar trabajo social, me presenté en la Universidad del Valle y no pasé, creo que no estaba suficientemente preparada para las pruebas. Entonces decidí quedarme viviendo en la ciudad. Pensando en qué hacer, me inscribí en la academia Carrusel para hacer un curso de locución y periodismo; era lo otro que quería hacer. La Academia Carrusel era reconocida en Cali, muchos de los locutores de la ciudad habían pasado por sus aulas y en el área de cosmetología gozaba de buen nombre. Pensé que era una buena opción mientras me presentaba de nuevo a la Universidad. Muchos de los estudiantes estaban en la misma dinámica que yo, pensar en una carrera técnica mientras podían ingresar a la universidad, para otros era su única opción y esas carreras intermedias como las llamaban era la única opción que tenían.

Cuando me fui a estudiar a Cali, llegué inicialmente a la casa de mi tía Luz Marina al Barrio Floralia, ubicado en la parte nororiental de la ciudad, es un barrio que está construido por etapas y el sector donde vivía mi tía, estaba habitado en parte por integrantes de la policía, pues el esposo de mi tía era policía. Mi tía vivía con su esposo Francisco y sus tres hijos varones, los tres adolescentes. Cuando yo le pedí el favor a mi tía para que me permitiera quedarme en su casa, lo pensé mucho antes de decirle, porque en términos generales desde que ella se casó y se fue a vivir a Cali la relación con ella no era tan cercana, como si lo había sido cuando era soltera y vivía en Villa Paz. Recuerdo que ella era quien nos peinaba, nos hacía las trenzas y las moñas de domingo o de días especiales a mis hermanas, mis primas y a mí cuando éramos pequeñas; ya que mi mamá no podía por el poco tiempo que le quedaba. Que mi tía nos peinara era un ritual sagrado cada semana en las tardes, porque después de eso casi siempre nos encontrábamos los primos y amigos en la casa de mi abuela, que era de bahareque, y tenía un amplio patio con solar, como la mayoría de casas del corregimiento; allí jugábamos “yermis”, escondidas, zapallo, la “lleva” y otros juegos, siempre bajo la vigilancia de mi abuela Catalina, la mamá de mi

papá, quien era una mujer de carácter fuerte, y estaba siempre cuidando que no le dejáramos la talanquera de acceso a la casa abierta y no le dañáramos su jardín, que era extenso y muy bien cuidado. Mi abuela Catalina, a quien todos conocían como Catucha, y su hermana Gregoria, conocida como Golla, eran un caso particular. Ellas pensaban que las personas de la familia debían buscar novios o novias blancos, porque desde su parecer “había que mejorar la raza” y si alguien de la familia, tenía una novia o un novio blanco, o un negro más clarito, como le decían ellas, este personaje gozaba de la aceptación de mi abuela y de mi tía. Esa actitud de las dos, nos parecía a toda la familia bastante graciosa.

La relación para esa época con mi tía Luz Marina, era muy buena y a nosotras, las niñas de la familia nos gustaba mucho que ella nos peinara. Cuando vivía en Cali, las cosas habían cambiado. Recuerdo que cuando llegué a vivir a su casa en Floralia duré un día, porque noté que el ambiente estaba tenso, no sabía cuál era el inconveniente, pero mi tía me dijo que no me podía quedar a vivir con ellos. No me quedó claro el motivo y tampoco lo averigüé después, pero tan pronto me lo manifestó, inmediatamente llamé a mi tío Jesús y me fui a vivir con él y su familia al día siguiente.

Mi tío Jesús, a quien todos conocen como Chucho, es un hombre tranquilo, sencillo, generoso y de muy buen humor. El que me haya aceptado en su casa me dio tranquilidad porque no tenía otro lugar donde quedarme. Él no tuvo ningún problema a pesar que la casa en que vivía, era de otro tío quien era pensionado de Telecom. La casa estaba ubicada en el barrio Colseguros, al lado de la Autopista Sur; era bastante grande y tenía dos plantas. La familia de mi tío, estaba compuesta por él, su esposa y dos hijos varones adolescentes, con los que yo compartía el cuarto. Estando viviendo con ellos, nació mi prima Melisa y entonces llegó a vivir con nosotros una hermana de la esposa de mi tío, quien le iba a cuidar durante el posparto o dieta (como se conoce en Villa Paz y otros corregimientos), ya que yo no podía porque había entrado a trabajar. Con la llegada de la hermana de la esposa de mi tío, éramos cuatro durmiendo en el mismo cuarto, afortunadamente era grande.

Como yo no pagaba arriendo, para ayudar con los gastos, mi mamá que vendía frutas en la plaza de mercado de Santa Helena, le traía a mi tío todos los viernes frutas y plátanos, y me

dejaba un pequeño mercado. Yo con lo que trabajaba ayudaba a pagar los servicios. Durante ese tiempo que viví con mi tío, trabajé vendiendo afiliaciones médicas. Bueno no es que me fuera muy bien y la verdad ese trabajo no me gustaba, era más lo que caminaba que lo que vendía.

Hacia 1988, por casi un año, intercalé el trabajo con prácticas en una emisora cristiana. Lo hacía en un programa cultural en donde con mi mejor amiga Ninfa Castañeda, a quien conocí en la Academia Carrusel, hacíamos varias labores una de ellas, era vender clasificados y nosotras mismas recogíamos el dinero. Después de casi dos años me gradué del curso como periodista y locutora y comencé a buscar trabajo en los medios de comunicación. Pero en todos la respuesta era, o que no había espacio, o querían que trabajara como practicante. En ese momento ya no me podía dar el lujo de trabajar sin remuneración, porque mi situación económica no me daba para estar sin recibir ningún pago.

Después de pensarlo mucho, decidí regresarme a vivir a Jamundí donde una de mis hermanas y volví a trabajar los sábados con mi mamá en la plaza de mercado del municipio vendiendo frutas. Para ese entonces, me asaltaban muchas preocupaciones frente a mi futuro. A pesar de haber hecho el curso de periodismo y locución, quería entrar a la universidad. Para ese entonces, mi participación en el trabajo comunitario era muy esporádico porque sentía que debía hacer algo que me ayudara a mejorar mi condición económica y la de mi familia. Mi situación cada día se hacía peor: no tenía un trabajo fijo, había más necesidades en la casa y me partía el alma ver que mi mamá trabajaba incansablemente para cubrir las necesidades de la casa, a pesar que mis dos hermanas mayores y yo colaborábamos lo más que podíamos. A pesar de esta situación, yo seguía con la idea de entrar a la universidad, pero no había la posibilidad.

Para este momento, Mi hermana Elsa, que vivía y trabajaba en Bogotá hacia siete años, llevaba varios meses diciéndome “vengase para acá, que yo estoy segura de que en Bogotá usted puede trabajar y estudiar al tiempo”. Yo no había tomado en serio la propuesta porque no me veía viviendo en esa ciudad tan fría; sabía que me iba a costar mucho dejar a mi

familia, y especialmente a mi mamá. Yo era un apoyo importante para ella, ya que las dos trabajábamos en la plaza de mercado y con las utilidades suplíamos las necesidades de la familia, ayudadas por mis dos hermanas (una vivía en Bogotá y la otra trabajaba como empleada doméstica en una casa de familia). Después de mucho pensarlo y mirando la conveniencia, le acepté a mi hermana la invitación, aunque yo pensaba que no iba a durar mucho en la Capital de la República.

2. De Villa Paz a Bogotá, mi otra historia de vida

Convencida de que mi vida en Bogotá sería distinta y que iba poder estudiar, vine a esta ciudad con el objetivo de a estudiar y trabajar, ya que en el Valle las cosas no se habían dado como yo quería. Haber tomado esa decisión fue complicada porque en ese momento, aparte de ayudar a mi mamá, me había embarcado en un proyecto con mis dos mejores amigas en Villa Paz, en ese momento Selly Carabalí y Priscilla Brand, para montar un cineclub al que llamamos “Neprise” pues la única diversión posible en la comunidad era la rumba de fines de semana, y nosotras queríamos generar otra opción. Otra cosa que nos motivó fue poder traer de nuevo el cine a Villa Paz, porque en los años 70 y 80 había un señor llamado William que proyectaba películas, especialmente de cine mexicano, pero ese proyecto se había terminado y la verdad a la gente de Villa Paz le quedaba imposible ir al cine, pues para hacerlo se debía ir hasta Cali y era sabido que las personas no tenían ni el tiempo, ni la plata y menos una cultura de cinéfilos, muy pocos lo hacían. Para montar el cine club como ninguna de las tres teníamos plata para aportar, entonces sacamos a crédito un televisor y un Betamax, como había que respaldar la deuda un hermano de Priscilla quien tenía un empleo fijo, nos sirvió de codeudor. El cine funcionaba todas la semana y cada día tenía asignado un género cinematográfico y los domingos hacíamos una función gratis para niños cuando podíamos. Como en ese tiempo había que afiliarse a un sitio donde se alquilaban las películas y a las tres nos quedaba complicado hacerlo; porque había que viajar a Cali todos los días, entonces le pedimos el favor al cuñado de Priscilla que era el ayudante de la chiva del pueblo para que se afiliara él y nos alquilara las película todos los días. Películas que eran recomendadas por los dueños de los dos lugares donde él se afilió.

El proyecto fue interesante y duró cerca de dos años, hasta que yo tomé la decisión de venirme para Bogotá y mis dos socias no continuaron con él.

Después de haber hecho un análisis detenido y a conciencia de lo que implicaba irme a vivir a Bogotá, tome la decisión de hacerlo y así en 1991 el ocho de junio un día antes de mi cumpleaños, me viene a vivir a la Capital de la República. No me vine muy convencida, pero lo hice. Yo siempre pensé que mi estadía en Bogotá iba a ser corta, porque sentía que era difícil adaptarme a una ciudad tan grande, fría e indiferente, donde era una persona más dentro de millones. Era difícil acostumbrarse a ser una persona anónima cuando uno está acostumbrado a hablar con el vecino y a vivir en comunidad, eso era duro. Pero bueno, el consuelo que tenía era que en el barrio Belén donde llegue a vivir estaba ubicada la mayor colonia de villapaceños, con algunos me veía a veces los fines de semana.

En Bogotá, mi hermana Elsa fue un gran apoyo para mí. Antes de conseguir trabajo, yo me quedaba en la casa y me encargaba de las labores domésticas mientras ella y mi prima Eunice con quien compartíamos el apartamento, trabajaban. Después de aproximadamente un mes de estar en Bogotá empecé a buscar trabajo en lo que saliera y, como no conocía la ciudad, mi hermana me daba indicaciones de cómo llegar al algún sitio cuando yo iba a dejar una hoja de vida. Ella me indicaba qué busetas debía coger para ir y regresar a la casa. Conseguir trabajo era complicado y más para una mujer negra que había terminado el bachillerato y que traía en su haber un curso de periodismo en una academia desconocida, pero que además conocía muy pocas personas que le pusieran ayudar. Recuerdo que mi primer trabajo me lo consiguió una amiga de mi hermana llamada Luisa. A mi hermana no le gustó mucho la idea, porque era en un bar y tocaba trabajar en la noche. A ella le daba temor por la inseguridad de la ciudad y más, decía ella, “si uno es mujer corre más peligro”. Pero yo la tranquilicé y le dije que yo me sabía cuidar y que iba a estar acompañada por más paisanos y coincidentalmente, ahí trabajaba como encargada de la cocina una prima llamada Darly, quien era la cocinera del lugar.

El trabajo que me consiguieron era en un bar muy reconocido del norte de la ciudad llamado “La tienda de Tuta” como ayudante de un barman. Este bar era uno de los lugares

predilectos de la farándula criolla. Allí se hacían con frecuencia conciertos de artistas reconocidos, especialmente, cantantes vallenatos. Mi trabajo consistía en lavar los vasos, las copas, organizar servilletas, alistar pasabocas y ayudarle a mi prima en la cocina cuando había mucho pedido de picadas y comida. Después de un tiempo en esta actividad, mi prima se retiró a trabajar como jefe de cocina de otro restaurante, y me dijo que me fuera con ella como ayudante de cocina. En ese sitio duramos casi dos años y nos retiramos porque las jornadas eran agotadoras; entonces decidimos las dos buscar trabajo en otro lado y empezamos a llevar hojas de vida a varios sitios. Un amigo me dijo que en una fábrica de textiles estaban recibiendo personal para operarias y mecánicos, entonces le comenté a prima y llevamos las hojas de vida, como a las dos semanas nos llamaron a las dos y pasamos las pruebas, inmediatamente nos contrataron pero nos tocó en lugares diferentes, a ella en la zona industrial sobre la calle 13 y a mí en Álamos Norte. Eso fue en el año de 1994, ya llevaba casi tres años de estar viviendo en Bogotá. A esas alturas de la vida y contrario a lo que pensé cuando llegué a la capital, me gustaba la ciudad, hasta ese momento las cosas no habían sido fáciles pero estaba convencida que tenía más posibilidades laborales que estando en Cali.

En Procentex, como se llamaba la empresa de textiles que pertenecía al grupo Miratex y que tengo entendido que era de un grupo empresarial extranjero, trabajé tres años en la elaboración de hilos teñidos y crudos y en la transformación de fibras sintéticas y naturales para producir hilazas. Yo llegué a la empresa para trabajar en la limpieza de las máquinas hiladoras. Esa limpieza se hacía con un una pequeña pistola que funcionaba con aire y a presión. Este trabajo lo hacía en turnos, y cada semana tenía uno diferente: de 6:00 a.m. a 2:00 p.m, de 2:00 p.m. a 10:00 p.m. y de a 10:00 p.m. a 6:00 a.m. Mientras hacía limpieza a las máquinas, pedí a una de mis compañeras, aprovechando los turnos de la noche, que me enseñaran a manejarlas, pues el sueldo de operaria era mejor que el de las personas de limpieza. Con el tiempo, después de ejercitarme en el manejo de las máquinas, especialmente de la hiladora, que era la más grande de todas, supe que estaban buscando personal para operarios, entonces le dije al supervisor que yo ya sabía manejar dos de las máquinas y que me pasara como operaria. Él, un poco incrédulo, me hizo la prueba y la

pasé, entonces me dejó inicialmente en el turno del día y después, como a los dos meses, me planillo para los turnos de doce horas una semana en la noche y otra en el día.

En ese momento yo todavía no era madre, pero pensaba cómo hacían las mujeres que trabajaban conmigo, que eran madres, esposas, amas de casa y muchas cabeza de familia ¿A qué horas descansaban? Y más cuando muchas de ellas a veces tenían turnos de doce horas. Me hago la pregunta, porque yo llegaba a mi casa cansada con ganas de dormir. Me surge la inquietud porque las jornadas en la empresa eran pesadas y agotadoras. Si yo quería llegar a descansar lo hacía, pero estas mujeres debían llegar a cumplir las labores del hogar cuando no tenían quien les ayudara. En ese tiempo yo vivía en el barrio Belén, con mi hermana y mis dos primas, pues Darly se había ido a vivir con nosotras. Desplazarse en la ciudad como siempre, era complicado por los trancones que se generaban y dependiendo del turno que tuviera, yo me demoraba del trabajo a mi casa. Por ejemplo en la mañana de ida o de venida, me demoraba como una hora y en los turnos de doce horas, me demoraba en las tardes casi hora y media, en los turnos de la noche cuando salía a las diez, el tráfico vehicular era más rápido, pero tenía que correr a la décima con Jiménez, para coger las últimas busetas que subían hasta el barrio los Laches. Si no alcanzaba estas busetas toca coger unos carros que hacían este recorrido por turnos. Ahí donde se cogían las busetas y ya de por sí el centro a esa hora era bastante peligroso y más en este lugar por la proximidad con la calle del cartucho. En ese lugar había muchos indigentes y drogadictos. Dependiendo del turno que tuviera, yo llegaba a la casa y hacía desayuno, lavaba el uniforme, cuando tocaba trasnochar, dormía cinco horas aproximadamente y me levantaba a hacer almuerzo y comida para llevar y dejarle a mi hermana y a mis primas. Bueno y hacia otros oficios cuando alcanzaba. Pero yo sentía que no tenía el tiempo suficiente para descansar. Y entonces pensaba que si para mí esto era pesado, no me imaginaba cómo hacían mis compañeras que tenían hogar e hijos y que llegaban de trabajar a cumplir con otras tareas del hogar y a veces dormían muy poco o no lo hacían.

Todo lo anterior me ponía a reflexionar sobre el rol que seguíamos asumiendo algunas mujeres y el cual estaba relacionado con todas las tareas asociadas a la reproducción, crianza, cuidados, sustento emocional y todos inscritos, fundamentalmente, en el ámbito

doméstico. Esto me dejaba ver que no importaba de dónde viviéramos, la etnia, la clase a la que perteneciéramos o la religión que practicáramos, las oprimidas no éramos solo algunas mujeres villapaceñas. Esto me permitió entender que las mujeres sin distinción alguna, vivíamos distintas opresiones, lo que se llama opresión de género y que yo catalogaba sencillamente como una injusticia o desigualdad entre hombres y mujeres; yo no había dimensionado que esto era algo que vivíamos la mayoría de las mujeres y más cuando se es pobre. Aquello de la doble jornada de las mujeres no pasaba por mi mente como tal, pero no dejaba de inquietarme el peso que teníamos sobre nuestros hombros. Las tareas domésticas, el cuidado de la familia, menos ingreso y más trabajo. Podemos afirmar que la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo no ha producido cambios tendientes a democratizar las relaciones entre hombres y mujeres. Éstas continúan asumiendo la carga y la responsabilidad por las tareas domésticas (Arpini, Epstein, 2012: 33).

Durante el tiempo que trabajé en la empresa textil, mi hermana siempre estuvo pendiente de mí, yo sentía que era como mi mamá. Ella también trabajaba como operaria en una empresa, por eso procurábamos repartirnos las labores de la casa entre las cuatro: mis primas, mi hermana y yo. Recuerdo que yo salía a las 5:00 a.m. cuando tenía turno en el día y ella desde la ventana de la casa donde vivíamos me observaba hasta que yo cogía la buseta pues los barrios Belén, Egipto, Laches, Rocío, las Cruces y otros alrededores tenían fama de ser muy peligrosos y más cuando nosotras vivíamos cerca de una calle donde se decía que expendían alucinógenos y que era guarida de ladrones. A esta calle la llamaban “Calle Caliente” y era ya costumbre escuchar disparos en la noche y al día siguiente oír a la gente decir que habían matado a alguien, especialmente a hombres y mujeres jóvenes. La gente rumoraba que era producto de la limpieza social.

Procentex fue un espacio donde pude repensar mi vida como mujer y como mujer negra/afrodescendiente. Estando allí me había dado cuenta de lo difícil que era sobrevivir en una ciudad como Bogotá, pero con todo y eso acá tenía más posibilidades laborales y de crecer como persona que estando en Cali. A pesar de que pensé que no me quedaría en esta gran ciudad, me acostumbré a su ritmo y a desenvolverme en ella, a pesar de las pocas posibilidades que veía en ese momento, yo aspiraba a ser algo más que una operaria de una

fábrica. Por eso cuando un buen día, después de yo llevar como dos años de estar trabajando en Procentex, mi hermana me dijo que se quería devolver para Villa Paz; me dio duro escucharla decir eso, pues sé que sin ella las cosas serían diferentes, yo sabía que me haría falta su apoyo. Pero tomé la decisión de quedarme sin ella en Bogotá. Mi hermana se regresaba a Villa Paz porque, al contrario de mi caso, ella sentía que estaba desperdiciando los mejores años de su vida y perdiéndose la oportunidad de ver crecer a su hijo, el cual había tenido que enviar para Villa Paz desde que tenía un año de nacido para que mi mamá se lo cuidara; ella le enviaba cada mes dinero y otros elementos para la manutención del niño. Lo había tenido que dejar en Villa Paz con mi mamá y con nosotras las que todavía vivíamos en la casa, porque en Bogotá no tenía quien se lo cuidara. Mi hermana mayor siempre ha sido una mujer muy trabajadora, desde muy joven trabajó para ayudar en el sostenimiento de la casa y durante el tiempo que vivió en Bogotá, fue un gran apoyo para nosotros a pesar que sus recursos económicos no eran muchos.

Después 12 años de estar viviendo en Bogotá, mi hermana renunció a la empresa donde trabajaba y regresó a Villa Paz; a su criterio, Bogotá no fue el lugar propicio para lograr sus sueños. En cambio, para mí, esta ciudad era el lugar donde yo había decidido lograr los míos, tarea que tenía por cumplir. Mi hermana, después de un tiempo de haber llegado al Valle del Cauca, se vinculó a la escuela Santa Ana como profesora de *preescolar* y entró a la Universidad Antonio Nariño a cursar una Licenciatura en Educación Preescolar. Luego realizó una especialización en Pedagogía de la Lúdica para el Desarrollo Cultural, y hoy sigue dedicada a la docencia, como profesora de preescolar en Villa Paz. Para su fortuna, pudo lograr allá lo que se había propuesto, además de criar a su hijo.

Con la ida de mi hermana de Bogotá, las cosas fueron tan fáciles para mí, mi prima Eunice decidió también devolverse para la Balsa, su corregimiento y Darly, se fue a vivir a Suba. Como me quedé sola en Belén, arrende una pieza para mí, era claro que sobrevivir en esta ciudad no era fácil que no tenía muchas opciones laborales y la verdad no habían sido muchas hasta el momento (trabajar como cocinera, empleada doméstica y operaria). El sueldo en las tres actividades no era mucho y yo necesitaba empezar a estudiar, porque el tiempo iba pasando, pero algo había podido ahorrar. Siempre he tenido claro lo que quiero,

por eso no me gastaba más dinero de lo necesario. Yo salía muy poco, me encantaba quedarme en la casa más bien descansando, a veces al único plan al que me apuntaba, era ir a cine los domingos cuando podía a los Cinemas de la calle veintidós con séptima.

La universidad, un largo y tortuoso camino hacia el sueño anhelado

Nunca perdí de vista cual era el objetivo que me había llevado a Bogotá, por eso cuando llevaba como dos años trabajando en la textilera, y con unos pocos ahorros, decidí ponerme a buscar universidad para estudiar comunicación social y periodismo, que era en últimas la profesión por la que me había decidido. Ya estando en Bogotá había desechado la idea de estudiar trabajo social, quería estudiar Comunicación Social y Periodismo que era la otra profesión que me gustaba y como ya había hecho un curso en Cali, pensé que sería más fácil ejercer el periodismo estando en Bogotá. Me llamaba mucho la atención la reportería y pensé que desde ahí, también podía ayudar a la gente y a la comunidad.

Ahora la tarea más inmediata era buscar las universidades donde hubiera Comunicación Social y Periodismo y tenía que ser en la jornada nocturna, pues no podía estudiar en el día porque debía trabajar para poderme pagar la carrera, además era una de las más costosas, pues estaba en auge. Desde ese punto de vista nada a mi favor, pero era lo que quería estudiar. Entonces me puse en la búsqueda de universidad, cogí el directorio telefónico y me puse a llamar a las universidades que tuvieran la carrera de Comunicación Social y Periodismo. Después de buscar y llamar a todas las universidades, la única que tenía esta carrera en jornada nocturna era la Universidad Central, y además era la más barata, con relación a las otras universidades consultadas. Después de cumplir con todos los requisitos ingresé a la Universidad Central en el segundo semestre de 1995 y en ese momento el costo de la matrícula era como de \$750.000 aproximadamente, impagable porque el salario mínimo para esa época estaba en \$ 118.1703. Era un poco complicado juntar la plata para pagar la universidad, pues yo pagaba arriendo, servicios, transporte y cuando podía le enviaba plata a mi mamá. No mucho pero le mandaba.

Habiendo encontrado universidad fui y averigüé cuándo eran las inscripciones y cuánto valía el semestre. Recuerdo que me dieron toda la información y haciendo cuentas lo que había ahorrado por casi en dos años, tenía parte de la plata del primer semestre, me hacía falta una cantidad mínima para tener completo el dinero, pero yo pensaba que al momento de matricularme ya lo habría conseguido. Bueno, pero ese no era el único problema, pues haciendo unas averiguaciones con los supervisores de Procentex, me enteré de que allí no daban permisos para estudiar, por lo que había que trabajar en varios turnos. Recuerdo que yo se lo comenté a uno de los ingenieros llamado Guillermo, un hombre como de 35 años aproximadamente, no recuerdo su apellido, no éramos tampoco amigos, pero un día en un turno de la noche se me dañó la máquina hiladora y mientras la arreglaba, hablamos de muchas cosas, casi que arreglamos el país en la conversación. Generalmente uno no hablaba con los ingenieros, ni con los mecánicos y los supervisores de otra cosa que no fuera, sobre el trabajo. Hablando con el ingeniero me pareció que era un tipo como buena persona y muy humano; entonces yo le comenté que quería estudiar y él me dijo: “vea María Elsy, inscríbese y no le diga a nadie y espere a ver si pasa y después mira cómo hace para pedir permiso. Porque tengo entendido que aquí no dan permiso para estudiar por los turnos”. Así me tocó hacer, me inscribí y para presentar la entrevista pedí permiso y no me lo dieron. Entonces ese día no fui a trabajar y al día siguiente, como no llevé excusa justificada, me sancionaron. Solo el ingeniero y como tres de mis compañeras sabían que yo me había presentado a la universidad y me guardaron el secreto. Cuando me dijeron en la universidad que había pasado, me preocupé porque venían dos problemas: el permiso para estudiar que debía pedir en la empresa y la plata para sostenerme en la universidad, pues lo que yo ganaba no me alcanzaba para mis gastos y menos para pagar mi carrera.

Pensé entonces que debía solucionar este problema y hablé con el coordinador de la empresa, que recuerdo que se llamaba Germán. Él era un hombre como de 55 años, y era oriundo de Buga y me decía paisana, porque yo en algún momento después de la entrevista para ingresar a la empresa, le había comentado que había terminado mi bachillerato en Buga. Entonces le comenté el problema, y aunque no me dio muchas esperanzas, me dijo que podía estudiar si mis compañeros con los que operaba la máquina hacían el turno en la tarde (2:00 a 10:00 p.m.), que era el único que yo no podía hacer porque el horario en la

universidad era de 6:00 a 10:00 p.m. Mis dos compañeros de máquina, que era una mujer y uno de los pocos hombres que habían como operario, me colaboraron y yo me pude matricular en la universidad. Así pude hacer el primer semestre saliendo de la universidad y corriendo para la carrera 10 con calle 22 a las 9:30 p.m, cuando tenía turno de la noche, para coger la buseta que me llevaba hasta la empresa que quedaba en la Avenida el Dorado, detrás de Carvajal. Me acuerdo que en los turnos de la noche, me ponía cita con mis compañeros porque teníamos que atravesar un potrero donde había unas canchas de fútbol y eran bastante oscuras, lo que se decía era que allí habían violado una señora. Nunca supe si era verdad o mentira, pero por seguridad hombres y mujeres, preferíamos pasar acompañados.

El primer semestre pasó así, entre carreras y afanes. No tenía dinero suficiente para costear el segundo, por lo que solicité un préstamo en el Banco Caja Social. Aunque tampoco tenía capacidad de endeudamiento, se me concedió el préstamo gracias a la gerente del banco. Ahora, lo único que me faltaba era conseguir era un fiador. Mi amigo Orlando Peña me colaboró en este sentido, por lo cual estoy muy agradecida con él.

Tiempo después, cuando estaba cerca de cancelar la deuda y, al mismo tiempo, de culminar el semestre académico, llegué a mirar la planilla de turnos a la empresa un sábado y noté que me habían programado para la siguiente semana el turno de 2:00 a 10:00 p.m., justamente el que entraba en conflicto con mi horario de clases. Hablé entonces con don Germán, el coordinador de personal, quien me comentó que no era posible seguir concediéndome el permiso para estudiar porque hacía falta personal.

Ese mismo día, sin pensarlo, le dije que ese turno no me servía porque se me cruzaba con el horario de clases. Me respondió que la planilla ya estaba lista. Hablé con él para ver si había otras opciones, pero me reiteró que no era posible seguirme planillando en los dos turnos en que venía trabajando. Entonces, sin pensarlo mucho, le dije que renunciaba al trabajo porque no quería estar en un lugar donde la gente no tenía posibilidades de mejorar sus condiciones y menos a aspirar a ser más que una simple operaria. Habiendo renunciado verbalmente, le dije que tampoco iba a pagar preaviso porque yo no podía faltar a mis

clases de la universidad y que quedaba pendiente de llevarle el día lunes la carta de renuncia. Entré al vestier, recogí mis pertenencias, entregué la dotación que utilizaba en el trabajo y me despedí de algunos de mis compañeros con mucha nostalgia. Creo que es uno de los días de mi vida en que más impotente me he sentido, y más cuando pensaba cómo iba a solventar mis gastos. Por fortuna, ya iba terminando de pagar el crédito que había sacado en el banco, y pensé que con la liquidación podía terminar de pagar, pero quedaban otros gastos que no sabía cómo iba a cubrir. Los intereses de los dueños de la fábrica primaban sobre las aspiraciones de una persona que tenía las intenciones de mejorar su condición de vida y aspirar a más. Haber tomado la decisión de dejar el trabajo fue difícil, a pesar que al momento de hacerlo no lo dudé un instante y creo que lo hice pensando en que no quería pasarme la vida siendo una operaria y entregarle mis mejores años a un trabajo que no me iba a llenar como persona. Pero además, no me imaginaba como mujer, viviendo la vida que llevaban mis compañeras, entregadas al trabajo y al hogar, sin otras posibilidades de vida. Ahora, respecto al permiso para estudiar, tal vez si hubiera sido un hombre no hubiera tenido tanto inconveniente. Al renunciar al trabajo me estaba jugando parte de mi futuro, porque las opciones eran trabajar para sobrevivir o continuar en la universidad; el problema, a partir de entonces, era con qué me iba a sostener económicamente.

Desde ese fin de semana que renuncié al trabajo mi situación se tornó difícil, empezaba un largo periplo por el desempleo y los trabajos ocasionales, pues la liquidación no era mucha y ya la había destinado para pagar la deuda del banco. Los meses siguientes fueron complicados para mí pues mi situación económica no era buena. Me sostuve trabajando en lo que me saliera, especialmente como ayudante de cocina, trabajando como empleada doméstica por días y veces le ayudaba a Pedro, un cuñado de mi hermana mayor que trabajaba como maestro de obra remodelando o arreglando casas y apartamentos y él me contrataba para que le ayudara con ciertos acabados y para hacerle aseo a estos inmuebles para entregarlos.

Ese semestre en la universidad fue muy complicado, al finalizarlo debí pasar una carta de aplazamiento y dejar mi sueño truncado por el momento. En el segundo semestre de 1997, después de un año de estar retirada de la universidad, pedí reintegro. Mi situación

económica seguía siendo complicada, pero sabía que si no regresaba de nuevo a la universidad ya no lo haría más. Así comencé el tercer semestre pidiendo un plazo para pagar.

Cuando me reintegré para iniciar el tercer semestre, supe que se habían abierto las convocatorias para acceder a los créditos condonables del Icetex para Comunidades Negras¹⁷. El Fondo Especial de Créditos Educativos de Comunidades Negras, es un mecanismo por medio del cual se facilita el acceso, la permanencia y la graduación de estudiantes de las Comunidades Negras al Sistema de Educación Superior incluyente, a fin de garantizarles el derecho a tener igualdad de oportunidades en relación con el resto de la sociedad Colombiana (la expresión comunidades negras incluye a las poblaciones afrocolombianas, raizales y palenqueras) (Icetex, 1966: 1-2).

Sabiendo de la convocatoria, hice las gestiones y presenté un proyecto de recuperación de tradiciones culturales artísticas con comunidades negras afrobogotanas, especialmente para trabajar con jóvenes, el cual se desarrollaría en Kennedy. Este proyecto apoyaría un trabajo que venían haciendo unos compañeros historiadores en esta localidad. Pensando en poner este trabajo como proyecto me inscribí y salí beneficiada, pero al momento de pasar los soportes académicos que me pedían para el desembolso, perdí el crédito porque yo llevaba un año fuera de la universidad y uno de los requisitos era el recibo de matrícula del semestre anterior, y yo no lo tenía porque apenas me estaba reintegrando. Como no conocía mucho de las dinámicas para acceder a la becas y tampoco indague al respecto, no pude acceder al crédito. Después me di cuenta que se podía pasar una carta de aplazamiento, por lo que definitivamente perdí el crédito por falta de información. Al no tener el crédito condonable, debí buscar otras fuentes de ingreso para pagar, al menos, parte del semestre y así entre dificultad y dificultad como podía abonaba a los semestres, pero siempre quedaba

¹⁷ Estos créditos fueron creados por disposición de la Ley 70 de Agosto 27 de 1993, por la cual se desarrolló el artículo transitorio 55 de la Constitución Política, en su artículo 40 dispone que el Gobierno diseñará “mecanismo de fomento para la capacitación técnica, tecnológica y superior, con destino a las Comunidades Negras en Colombia en los distintos niveles de capacitación. Para el efecto, se creará, entre otros, un Fondo Especial de Becas para Educación Superior, administrado por el ICETEX, destinado a estudiantes en las Comunidades Negras de escasos recursos y que se destaquen por su desempeño académico”. Mediante Decreto 1627 de septiembre 10 de 1996, se reglamenta el artículo 40. El crédito educativo es de modalidad reembolsable por prestación de servicios, mediante trabajo comunitario, social o académico, de acuerdo con el proyecto de trabajo presentado al solicitar el crédito, el cual es avalado por una Organización de Base” (Cimarrón, sf).

debiendo, pues lo que ganaba no me alcanzaba para suplir mis necesidades personales y pagar la totalidad del semestre. De esta manera en cada semestre me quedaba parte de la deuda que se iba acumulando y era un problema para poder ver mis calificaciones. Por fortuna siempre conté con la ayuda de las secretarias de la facultad que me daban las notas extraoficialmente. Aunque al comienzo de cada semestre nos amenazaban con sacarnos del salón de clases a los que no habíamos pagado, tuve la buena suerte de no pasar por esa vergüenza. Pues siempre al comenzar el semestre iba donde el Secretario General de la Universidad el Dr. Billy Escobar, a que me autorizara la asistencia a clase mientras yo podía pagar, con esa autorización no me podían sacar de clase.

Cursando el quinto semestre ya estaba que tiraba la toalla, trabajaba en lo que podía pero además me había dedicado a hacer trabajos para estudiantes, especialmente de comunicación social y a veces salían de otras carreras como las ingenierías y publicidad. Muchos de los que yo les hacía trabajo eran mis compañeros de semestre y los otros llegaban porque alguien me había recomendado. Como en ese tiempo yo no tenía computador, los hacía a mano y los mandaba a pasar donde una señora llamada Martha que era digitadora, y tenía un local al lado de la universidad sobre la calle veintidós con cuarta, cada uno de mis clientes pagaba la digitada y me dejaban con ella la plata del trabajo. Con esa plata que me ganaba haciendo trabajos pagaba algunas veces arriendo y servicios donde yo vivía, no alcanzaba para más. El agotamiento físico era grande, porque en muchas ocasiones llegaba de clase a traspasar haciendo trabajos que me habían encargado y en el día iba y arreglaba algún apartamento, entonces no dormía mucho. Otras veces trabajaba noche y día haciendo trabajos incluidos los míos.

Muchos de mis compañeros de semestre vivían preocupados por mi situación, aunque yo prefería a veces no contarles por las dificultades que estaba pasando. Lo cierto es que había consolidado un grupo de amigos que me ayudaron anímicamente a sostenerme y a veces me ayudaban más allá de lo anímico. Con ellos había logrado consolidar un grupo para estudiar y para apoyarnos académicamente.

Cuando terminé el quinto semestre estaba devanándome los sesos pensando cómo iba a pagar lo que le debía a la Universidad y el semestre que comenzaba. En una conversación le había comentado a mis amigas Mónica y Norma mis preocupaciones. Un día Mónica me

dijo que si yo me acordaba de Constanza Parra, la esposa de su hermano, quien también estudiaba en la Universidad Central y alguna vez me había presentado en su casa. Pues yo iba con frecuencia a hacer trabajos con ella. Yo le dije “claro que me acuerdo de ella” y entonces Mónica me manifestó que le había comentado mi situación a su cuñada quien trabajaba como asistente del director del Icetex sobre mi situación y ella le había dicho que me podía ayudar a que me dieran un crédito ordinario en el Icetex. Al no haber accedido al crédito condonable para Comunidades Negras, pues la opción que tenía era ese crédito ordinario o conseguirme un empleo muy bien remunerado y esto último, lo veía lejano todavía.

En el transcurso de la semana me encontré con Constanza y le comenté de nuevo la situación y me dijo que papeles debía radicar, además me dijo que fuera buscando dos codeudores que necesitaba. De todo lo que me indicó, conseguir los codeudores era para mí lo más complicado. Entonces pensé hasta aquí me llegó la dicha. Esa misma tarde cuando me encontré con mi amiga Norma que trabajaba en Boots ‘N Bags le comenté la situación, yo vivía en el Barrio Belén y la fábrica de Boots ‘N Bags quedaba en el barrio la Candelaria, centro histórico; entonces cuando yo estaba en la casa la recogía camino a la universidad y bajábamos juntas. Norma me dijo como acostumbra a decirme “negra yo creo que con el sueldo que tengo le puedo servir de codeudora y el otro puede ser Héctor Julio pues la librería que tenemos está a nombre de él”. Héctor Julio, hermano de Norma, había sido sacerdote, pero se había retirado de oficio; luego, montó una librería cristiana, la cual él administraba. A mí no me sorprendió la actitud de Norma, ella siempre fue una mujer muy generosa y Héctor Julio su hermano, al igual que toda su familia eran mis amigos y me estimaban bastante. Norma le comentó a Héctor la situación y él no tuvo ningún problema en servirme de codeudor. Entonces lo que hice fu llenar los documentos radicarlos y esperar que saliera en la lista de notificación de beneficiarios. Cuando salió publicada la lista, ahí estaba yo, entonces hice todos los trámites y accedí a un crédito ordinario. Eso me desahogaba un poco porque el Icetex me prestaba un 50% de la matrícula.

Entre el desempleo, el trabajo con comunidades negras y la universidad

Pastora Puerta es una de mis mejores amigas, a ella la conocí cuando yo estaba cursando el séptimo semestre de mi carrera y fui a una reunión del Consejo Consultivo Distrital de Comunidades Negras a la que me había invitado un amigo. Pastora es una mujer afro, trabajadora social, que se declara feminista y defensora de los derechos étnicos y de las mujeres, ella la fundadora y la representante legal de la Fundación para Coordinación de Proyectos Productivos Asociados- Funcippa. Como yo no tenía un empleo fijo, comencé a asistir con Pastora a reuniones de la Consultiva Distrital de Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras fui a varias donde conocí a un gran número de líderes y lideresas de las comunidades negras y las organizaciones que ellos coordinaban o dirigían.

A través de ella empecé a conocer algunos líderes, lideresas y activistas de Comunidades Negras. Antes solo había trabajado con algunos amigos, acompañándolos en un proyecto cultural y de recuperación de tradiciones ancestrales que tenían en Kennedy con jóvenes afrodescendientes y después había tenido la posibilidad de conocer un poco el trabajo del Proceso de Comunidades Negras –PCN, a través de un amigo llamado Félix Banguero un líder de Comunidades Negras, con el que había hecho trabajo comunitario y teatro en el norte del Cauca y el sur del Valle en la década de los 80 y quien para ese momento era Consultivo Nacional de Alto Nivel por el Departamento del Cauca.¹⁸ Con Pastora hice una muy buena amistad, ella me invitó a que hiciera parte de su organización y a través de ésta pude conocer un poco más de la dinámica de la población y las organizaciones afros en la ciudad, pues antes estaba solo concentrada en sacar mi carrera adelante y en resolver mi situación laboral. Como en ese momento yo no tenía un empleo fijo, a veces tenía tiempo de acompañar a Pastora a reuniones del Consejo Consultivo del Distrito. Este era un espacio donde se trataban las problemáticas de la población afrobogotana, pero además

¹⁸ El Congreso de la República expidió la Ley 70 de 1993, en cuyo artículo 45 se establece que "El Gobierno Nacional conformará una Comisión Consultiva de alto nivel, con la participación de representantes de las Comunidades Negras de Antioquia, Valle, Cauca, Chocó, Nariño, Costa Atlántica y demás regiones del país a que se refiere esta ley y de Raizales de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, para el seguimiento de lo dispuesto en la presente ley"

servía como instancia de interlocución, concertación, difusión, coordinación y promoción de acciones que promovieran el cumplimiento de los derechos sociales, económicos, políticos, culturales y territoriales de la población afrobogotana y en un trabajo articulado con el Gobierno Distrital.

A veces también la acompañaba a reuniones en la Alcaldía local de la Candelaria, ahí había un Edil afro, Libardo Asprilla quien tenía unos programas en la localidad para la población afro; eso decía él, pero nunca vi realmente que personas se vieron beneficiadas por estos programas, diferente a su familia. Aunque tuvimos una amistad, yo siempre creí que era un politiquero más que estaba en ese cargo más por sus intereses personales que el de la población afro, ésta solo era su caballito de batalla.

En el espacio de la Consultivo Distrital, yo tuve la oportunidad de asistir a muchas discusiones donde confluían representantes de las diferentes organizaciones afrobogotanas. Ahí se discutían los lineamientos de las políticas que se debía adoptar en el Distrito sobre comunidades Negras. En ocasiones me parecían interesantes, pero lo que yo a veces percibía en ciertos líderes y lideresas, era que tenían un afán de poder, más que trabajar por los intereses de las comunidades negras, pero además, casi siempre eran los mismos en las discusiones. Yo veía que muchos de ellos, se creían dueños de estos procesos. Pues hablaban de lo que ellos y sus organizaciones habían hecho, del tiempo que llevaban como líderes y lideresas de la población afro y me molestaba mucho más la actitud déspota de muchos de ellos, descalificando a los demás. Esas peleas me aburririeron y dejé de ir a estos espacios. Tengo que decir, que así como había gente que buscaba beneficiarse de estos procesos, también había líderes y lideresas que se les notaba el interés porque la población afrobogotana, mejorara su condición de vida y fuera más visible.

En últimas no volví a ese espacio y me limité a asistir solo a algunos encuentros convocados por la Alcaldía Distrital donde participaban las organizaciones de comunidades negras que había en el Distrito. Estos encuentros se convocaron para trabajar en las primeras propuestas y los lineamientos de la que sería a futuro la Política Pública para Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras en el Distrito Capital. A la

que se denominó “Política Pública Distrital para el Reconocimiento de la Diversidad Cultural y la Garantía de los Derechos de los Afrodescendientes”.¹⁹

La amistad con Pastora no solo me había permitido acceder a espacios donde conocí más de la situación de la población afro en Bogotá y del trabajo de género, sino que a través de ella mi vida laboral cambiaría más a delante. Mirando que iba a hacer con mi vida, durante un tiempo deje de verme con Pastora y me alejé de todo cuanto implicaba el trabajo con comunidades, pues debía concentrar mis esfuerzos en terminar la carrera y graduarme. En lo que se refería al contexto universitario yo había logrado hacer muy buenos amigos y amigas, especialmente mis compañeros y compañeras de carrera con los que estaba cursando el semestre. Mis mejores amigas y amigos eran en su mayoría mestizos, los amigos afros eran muy pocos, a pesar que éramos bastantes; eso no quiere decir que no tuviera una buena relación con los estudiantes afros que habían en la universidad, a menudo yo hablaba con algunos de ellos sobre temas étnicos, porque compartíamos preocupaciones. Por cierto la población de estudiantes afros de la Universidad Central era numerosa y eso era en parte gracias a quien fuera Rector y unos de los fundadores de la universidad Jorge Enrique Molina, había creado unas becas de estímulos para estudiantes de las comunidades negras que fueran deportistas. A través de ese medio, muchos estudiantes de escasos recursos pudieron acceder a la educación superior, porque hacían parte de los diferentes equipos deportivos de la universidad. La mayoría venían la costa pacífica caucana, nariñense, del Choco y muchos eran afrobogotanos. Hay que reconocer que esta era una muy buena posibilidad para muchos jóvenes afrodescendientes que aspiraban a ser profesionales y que a través de la práctica de algún deporte, lograban obtener una beca.

¹⁹ La Política Pública Distrital para los Afrodescendientes constituye un compromiso institucional a largo plazo, para el mejoramiento de la calidad de vida, como ejercicio de ciudadanía activa, con un enfoque de derechos humanos y de reconocimiento de los derechos históricos y contemporáneos como grupo étnico. Bogotá D.C. Bogotá fue la primera ciudad colombiana y la segunda ciudad latinoamericana que ha adoptado una política pública urbana para los afrodescendientes. El Plan es un instrumento técnico, que se articuló en torno a los ejes temáticos del Plan de Desarrollo Distrital “Bogotá sin Indiferencia”, mediante el Acuerdo 175 de 2005: Mediante el cual se establecieron los lineamientos de la Política Pública para la Población Afrodescendiente residente en Bogotá D.C, que integró acciones afirmativas, proyectos y programas concretos, como lo consagra la Constitución Política de Colombia para que fueran implementadas en los dos últimos años con los que contaba la administración de Luis Eduardo Garzón, para consolidar sus realizaciones en relación con el mejoramiento de las condiciones de vida de la población afrodescendiente (Veeduría Distrital, 2009:7-8).

Recuerdo que una tarde entrando a la universidad me abordaron tres estudiantes afros. Juan Amút, quien era uno de los estudiantes con quien yo más hablaba, Martha Yaneth Lloreda y Nidia de quien no recuerdo su apellido, y me dijeron que necesitaban hablar conmigo; como iba con tiempo suficiente nos pusimos a hablar ahí mismo. Ellos me comentaron que se les había ocurrido crear una organización de estudiantes afrocolombianos en la Universidad Central. El de la idea inicial fue Juan, eso me dijeron las otras dos compañeras.

Así nació en primer semestre de 1998, la Asociación de Estudiantes la Universidad Central-Afrocentral. El objetivo de la asociación era generar dinámicas de reconocimiento de nuestra identidad en los estudiantes afros y en la comunidad unicentralista y, establecer vehículos desde la academia, que ayudaran a impulsar procesos de desarrollo en la comunidad afrocolombiana a nivel Distrital y Nacional. Los tres gestores iniciales y junto a Alexander Ruiz otro compañero que se unió al grupo, nos pusimos a la tarea de convocar a otras personas interesados y logramos conformar un grupo de aproximadamente veinticinco estudiantes de diferentes carreras como las ingenierías, comunicación social, economía y contaduría pública principalmente.

Un sábado estábamos reunidos en el famoso Malecón de la universidad y pasó el Dr. Billy Escobar, quien era en ese momento el Secretario general de la Universidad y se quedó mirando y escuchando un momento lo que discutíamos. Afrocentral llevaba como dos meses de creada, ese sábado estábamos discutiendo sobre qué actividades íbamos a realizar, para cumplir con los objetivos del grupo. Teníamos claro que queríamos generar dinámicas de reconocimiento de nuestra identidad en los estudiantes afros y en la comunidad unicentralista y establecer vehículos desde la academia que ayudaran a impulsar procesos de desarrollo en la comunidad afrocolombiana a nivel Distrital y Nacional.

El Dr. Escobar conocía a Juan Amút y en el transcurso de la semana lo mando a llamar a su oficina, para que le contara que era lo que hacíamos en el Malecón los sábados, los estudiantes afros. Juan le contó lo que pretendíamos, y a él le pareció que era una muy buena iniciativa, le dijo que contáramos con la ayuda de la universidad para el trabajo que estábamos haciendo y que además, él se comprometía a darnos un descuento en la matrícula de un 30%. Ese reconocimiento, estaba sujeto a que debíamos cumplir con los

objetivos de Afrocentral y que cada integrante del grupo tuviera un promedio académico mínimo de 3.5. En la reunión del siguiente sábado Juan, nos comunicó estas buenas nuevas. Para mí ese era un alivio, porque ya tenía un crédito de Icetex del 50% de la matrícula y otro 30% más, me hacía más llevadera la deuda con la universidad.

Con la organización conformada, empezamos entonces a realizar actividades en la universidad. Organizábamos viernes culturales con muestras gastronómicas, música y danzas afro, conversatorios y conferencias sobre temáticas relacionadas con las Comunidades Negras, especialmente sobre identidad étnica y problemáticas de la población afrodescendiente entre otras muchas actividades. Creamos también un grupo de estudio sobre África en América, apoyado por Juan de Dios Mosquera, director del Movimiento Nacional Afrocolombiano Cimarrón, quien fue varias veces uno de nuestros conferencistas invitados. Afrocentral se cuenta como una de las organizaciones pioneras de estudiantes afrodescendientes en Bogotá. A raíz de esto, en el año de 1999, se creó la Asociación Nacional de Estudiantes Afrocolombianos (Asnea), de la que Afrocentral formó parte. Esta organización tenía como objetivo primordial posibilitar el acceso de más estudiantes afrocolombianos a la educación superior; como esta era una organización debidamente registrada ante el Ministerio del Interior en la Dirección de Asuntos para Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras, podía dar el aval a los estudiantes que accedían a las becas para comunidades negras del Icetex, hacer el seguimiento a los proyectos que estos presentaban y además hacía trabajo con la población afrobogotana.

Estando en octavo semestre, en el año 2000, yo sentía que a pesar de las dificultades estaba muy cerca de terminar mi carrera. Por supuesto, muchas veces estuve a punto de desfallecer, pero el hecho de tener el crédito del Icetex, junto con la ayuda que nos había brindado el Secretario General de la Universidad, disminuía un poco aquella angustia.

Las cosas, como siempre, iban a medias, y la situación era cada vez más angustiante. Empero, como dice el viejo adagio “Dios aprieta pero no ahorca”. Para esa época llegó a asentarse en Bogotá la expareja de un tío, hermano de mi mamá, llamada Anabis. Ella trabajó un tiempo como empleada doméstica en una casa de familia con mi prima Beatriz, a la que yo casi no veía y decidió que quería irse para EE.UU a probar suerte; entonces

renunció al trabajo. Ella me había contado que alguien en Cali le estaba ayudando con los trámites y que en esos días le salía el viaje. Anabis tenía dos hijos con mi tío pero eso no era impedimento para su viaje a EE.UU, porque ella desde que los dos estaban pequeños se los dejó a mi tío y como a él le salió un trabajo en Tumaco, mi tía Celmira se hizo cargo de ellos. Anabis se había comprometido con la señora Gloria quien era su patrona que le iba a conseguir alguien para que la reemplazara y como sabía que yo no tenía en ese momento un trabajo fijo, me llamó y me propuso que me quedara con ese trabajo, yo no tuve ningún problema. Entonces me dijo que cuando llegara Doña Gloria de México, me la presentaría porque ella andaba de vacaciones. Así fue, tan pronto llegó del viaje, me dijo que fuera hasta el apartamento un lunes en antes del mediodía y Anabis me presentó con ella; ese mismo día acordamos como sería el trabajo, horarios y funciones que tendría que desempeñar. Ellos eran de Medellín y de entrada doña Gloria me pareció una señora muy amable. La familia estaba conformada doña Gloria, don Alberto su esposo y cuatro hijos, tres mujeres y un varón que estudiaba en EE.UU. Supe que vivía en Manhattan y al que todo el tiempo que trabajé con ellos, solo lo vi una vez que vino de vacaciones.

Finalmente, Anabis regresó a Cali ocho días después, y yo asumí las funciones que tenía en el apartamento. Supe después por ella misma que no pudo viajar a EE.UU y se dedicó a vender mercancía (ropa, licor, lencería y otros productos del hogar) que llevaba de Bogotá y de Tulcán (Ecuador). Hoy tiene un pequeño almacén en Villa Paz.

Mi trabajo con doña Gloria consistía en hacerle todo el aseo al apartamento y planchar. De la alimentación, lavar y atender a la familia, se encargaba mi prima Beatriz, que además vivía interna con su hija María Fernanda a quien le estaban ayudando a criar y a la que trataban muy bien. Mis días de trabajo eran lunes, miércoles y viernes en un horario de 8:00a.m a 4:00 p.m. Doña Gloria era una señora muy jovial a quien le encantaba al contrario de su esposo, conversar. El primer día de trabajo, tuve la oportunidad de hablar con ella y le conté que yo estudiaba Comunicación Social y Periodismo, ella me dijo: “Ahora sí tengo con quien hablar de las cosas que pasan en este país”. Cuando yo llegaba en las mañanas, antes de ponerme a hacer los oficios de la casa, siempre conversábamos sobre las noticias que aparecían en el periódico, de los últimos sucesos y entre charla y charla, las dos arreglábamos el país. En ese momento ella estaba cursando una Maestría en

la Universidad Javeriana y tenía una biblioteca bastante grande y bien dotada, muchas veces me sorprendió mirando algunos libros y una vez me dijo que si había un texto que yo necesitaba o quisiera leer, que lo utilizara; lo único que me pedía era que lo volviera a dejar en el lugar de donde lo había sacado.

Esta era una familia muy adinerada, a pesar de ser paisas, llevaban mucho tiempo viviendo en Cali y se vinieron a vivir a Bogotá porque la mamá de doña Gloria fue víctima de un secuestro masivo en 1999 por parte del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en la Iglesia de la María, ubicada en el barrio Ciudad Jardín, uno de los barrios donde vivía la gente más adinerada de la ciudad. Recuerdo que este secuestro masivo fue uno de los más sonados en los medios de Comunicación por la modalidad con que lo hicieron y la cantidad de gente que secuestraron, casi doscientas personas, el mayor secuestro masivo de civiles, del que se tenga noticia. Muchos de ellos fueron liberados por la presión del ejército, pero se decía además, que muchas familias alcanzaron a pagar por el rescate de sus familiares (Arias, 2013). Recuerdo que por esa misma época, el Gobierno de Andrés Pastrana, estaba en conversaciones con las FARC-EP, para iniciar las negociaciones de un eventual proceso de paz.

Nunca supe si por la madre de doña Gloria se pagó algún rescate, pero lo cierto es que una vez haciendo aseo en uno de los estudios, encontré una carta firmada por toda la familia donde pactaban no pagar si alguno de ellos era secuestrado. Recuerdo que aunque no lo comenté con nadie, quedé bastante impactada y entendí por qué todos los miembros de la familia tenían escoltas. Esa era la realidad de nuestro país. ¿Quién iba decir entonces que, tiempo yo iba a tener que ver con temas de paz y Derechos Humanos, con las víctimas del conflicto armado, y especialmente con mujeres? Estos siempre fueron temas de interés para mí, por eso veía y leía noticias para estar enterada, pero además, hacían parte de las cosas que me interesaban dentro de lo que yo había elegido como profesión.

Yo ya llevaba un mes trabajando con doña Gloria y su familia en Rosales cuando me dijeron que se iban a cambiar de apartamento, la razón no la sabía, pero lo cierto que un fin de semana me dijeron que el lunes siguiente llegara al nuevo apartamento que quedaba en la Calle 132 con carrera 7. El apartamento era dúplex y muy grande, para arreglarlo se me iba casi todo el día, terminaba exhausta y más cuando de ahí tenía que salir corriendo para

la universidad a clases y casi siempre los buses y colectivos pasaban llenos y me tocaba de pie. Además el trayecto del trabajo a la universidad se hacía largo, por los trancones monumentales de la séptima, que eran una tortura.

Desde que entré a trabajar con doña Gloria yo tenía una preocupación muy grande, tenía un retraso y no me llegaba la menstruación, yo tenía la sospecha de que estaba embarazada, pero me negaba a creerlo. Todos los días esperaba que me llegara pero eso nunca paso. Un día decidí salir de la duda y compre una prueba de embarazo y con gran susto me la hice y salió positiva. Mi angustia fue grande, yo pensaba que en ese momento yo trabajaba por días, no tenía estabilidad económica, estaba tratando de terminar la carrera y no tenía seguro de ningún tipo. Como dice el dicho “tras de gorda hinchada”. Yo sabía que sin seguro mi situación para los controles prenatales y el parto eran muy costosos y la asistencia médica del bebé sería para mí un problema. Pero lo más preocupante para mí, era decirle a Doña Gloria que estaba embarazada. Lo que más me asustaba era que me despidieran, pues mi trabajo no era con contrato y solo iba por días.

Una mañana después de quedarnos solas en la cocina mientras ella hacía y asaba las arepas de toda la semana, porque a ella le encantaba hacer las arepas, paisas, le conté que estaba embarazada. Ella me miró y me dijo que ya sabía, que se notaba en el cambio de mi cuerpo me dijo: “estaba solo esperando que usted me lo confirmara”. Yo ya entraba a los tres meses de embarazo y me dijo que me iba a afiliarme a una EPS, cosa que no se pudo porque al contrario de los sistemas de salud de hoy, parece que recibir una mujer embarazada para las EPS, era un problema. Trataron por todos los medios de afiliarme, pero no fue posible; es más me querían afiliarme a través de una de sus empresas, una fábrica de sombreros, en Aguadas Caldas, como operaria de esta y tampoco se pudo. En últimas me dijeron que ellos correrían con los gastos de mi embarazo y así lo hicieron. Incluido los tres meses de licencia de maternidad. Yo tomé esto como un gesto de generosidad de parte de ellos y siempre lo miré así. Hoy, no me cabe duda de que fueron generosos, pero creo que posiblemente lo hacían también para evitar una futura demanda de mi parte, pues estaban en la obligación de afiliarme a una EPS y a una ARP. Aunque en ese tiempo el sistema de salud era mucho más complicado que hoy. Ni siquiera el Sistema de Identificación y Clasificación de Potenciales Beneficiarios para Programas Sociales, Sisben brindaba esa

posibilidad y menos a una EPS si la mujer estaba embarazada, y lo más grave aún era que apenas se estaba reglamentando la ley para la protección de las personas que trabajaban en el servicio doméstico.

En ese sentido las mujeres hasta ahora tenemos un nivel de atención en salud diferenciado y un derecho a la salud plena, como parte de las políticas públicas en el sector salud. Hoy las madres embarazadas o gestantes son prioridad. En mi época de embarazo eso no pasaba. Lo anterior es producto de las exigencias de los movimientos de mujeres que ha presionado a los gobiernos adoptar una política, de derechos sexuales y reproductivos y a garantizarles a las mujeres una salud plena.

A pesar de no haber proyectado mi vida y mi realización como mujer desde mi maternidad, cuando supe que estaba embarazada, en ese mismo momento a pesar de las angustias y los conflictos internos que esto me generaba frente a lo que quería para mi vida, tuve claro que quería tener a mi hija, eso nunca lo dudé. Creo que pudo más el espíritu maternal que cualquier otra consideración. Pero además, tenía el mejor ejemplo de tenacidad y fortaleza en la vida, mi mamá. Si ella había podido levantar catorce hijos dignamente, porque a pesar de mi situación económica, yo no iba a poder levantar una y más cuando siempre había podido hacerle el quite a las adversidades. En mi vientre había un nuevo ser que no pidió venir al mundo y yo había tomado la decisión de darle la oportunidad de vivir y de que hiciera parte de mi proyecto de vida o más bien, que nos hiciéramos felices mutuamente y lo más importante era que las dos enfrentáramos el mundo. No iba a ser fácil.

Tenía claro, además, que aunque para muchas mujeres la maternidad hace parte de la realización personal, ser madre no estaba dentro de mi proyecto de vida. Aunque yo no lo manifestara, siempre pensaba que con la vida tan acelerada que llevaba y con más de la mitad de ella había vivido esforzándome por tener una profesión para poder ayudar a mi familia; un hijo o hija no entraba en mi proyección futura. Yo me miraba en mi espejo y en el de mi familia y lo que menos quería era que este nuevo ser tuviera que afrontar la vida con tantas dificultades como yo lo había tenido que vivir y más, en un país como el nuestro sexista, machista, racista y violento. Además porque realmente sentía que mi realización como mujer estaba en la vida profesional y no en la maternidad.

Tengo claro que en la sociedad en que vivimos actualmente y como herencia del patriarcado, la realización de una mujer ha estado está sobre la base de ser madre. Desde que somos pequeñas soñamos con tener una profesión u oficio, cualquiera que sea y en la medida en que vamos creciendo nos vamos creando una identidad, pero lo que uno puede ver es que a pesar de las diferencias que se puedan tener como mujeres, hay algo en común para muchas: la ilusión de ser madres algún día.

Pero en la actualidad las mujeres en muchas partes del mundo, siendo coherentes con lo que creen y piensan, no están dispuestas a dejarle su realización personal a la maternidad. Esos sueños de niñas se materializan en profesionales exitosas, que disfrutan de su profesión, que además cuidan su cuerpo y su imagen. Hoy encontramos mujeres sociales que disfrutan la vida personal y profesionalmente, es claro que los roles han cambiado y están en conflicto, porque el modelo tradicional de madre ha hecho una transición a “madre y mujer”. Hay muchas cosas en la vida que pueden brindar satisfacciones; sin embargo, la experiencia máxima de realización personal se alcanza cuando una mujer se desarrolla en todas las esferas de su vida y logra sentirse plena no sólo como madre, sino también como mujer. En ese sentido, y a pesar de todo lo que había pensado frente a la maternidad, mi hija llegó a mi vida y he podido integrar ese proyecto de mamá y mujer.

Iba a ser mamá, eso ya lo había asumido, pero lo que me ponía bastante pensativa era cómo le iba a decir a mi familia que estaba embarazada y especialmente a mi mamá. Después de un tiempo de buscar la manera para darles la noticia, un domingo en la tarde llamé a mi mamá y le di la noticia. Ella se quedó muda y me dijo que me cuidara. Me contaron mis hermanas cuando hablé con ellas, que llegó la casa y antes de contarles se encerró en el baño a llorar. Creo que la noticia la afectó, porque ella sabía que mi situación económica no era la mejor. No obstante, para ese momento yo ya tenía 33 años de edad, suficientes para responsabilizarme de mis actos y tener un hijo. Si me apegara a lo que todo el mundo espera de las mujeres, como dirían en mi pueblo ya estaba pasada de tiempo según ellos. Mi mamá y mi familia, siempre estuvo muy pendiente de mi embarazo.

Como lo dije anteriormente, por mí cabeza no pasaba tener un hijo, a mí me parecía que el mundo y especialmente el país estaban demasiado patas arriba para tener un hijo. Mis esfuerzos estaban centrados en resolver mis problemas de sobrevivencia, en terminar mi

carrera y en mejorar mis condiciones económicas para ayudar a mi familia. Valentina, mi amada Valentina, llegó en un momento muy difícil.

Todo lo anterior se sumaba a que la relación con el papá de mi hija no iba bien, nuestra relación estaba muy deteriorada, nos veíamos de vez en cuando. Esa relación ya no funcionaba, habíamos sido novios como por dos años. A él lo conocía desde niña, cuando vivía en Villa Paz, y habíamos tenido una buena amistad, pero él se vino muy joven a vivir a Bogotá. Nos hicimos novios acá después de que yo llevaba unos años de estar viviendo en esta ciudad. La relación se había deteriorado porque teníamos muchas diferencias y si había algo que nunca le dejé pasar, fue sus actitudes machistas, yo no estaba dispuesta a sujetarme a un hombre que tenía unas prácticas bastante machistas, y eso era justamente lo que yo criticaba y no soportaba como mujer. Cuando yo quedé embarazada, él estaba viviendo en otro barrio, entonces tomé la decisión de no contarle que estaba embarazada, pero después de casi cuatro meses de embarazo lo reconsideré, porque pensé que él tenía derecho a saberlo y debía a asumir su responsabilidad como padre. Además, mi hija tenía derecho a su apellido, aunque para mí no hubiera sido un problema dejarla con mi apellido, si él si hubiera negado a responder por mi hija; todo eso ya lo había considerado. Cuando le conté él no se sorprendió y me dijo que iba a responder, pero que en ese momento estaba sin trabajo.

Cuando mi hija nació yo estaba cursando octavo semestre de universidad y justo di a luz en la semana que sacaban las notas del segundo corte, por lo que previendo eso, Enrique Bautista que era el coordinador del Programa de Comunicación Organizacional, me había permitido entregar los trabajos de la mayoría de las materias antes del parto, con un acuerdo y un compromiso con los que eran mis profesores. Antes del parto entregué la mayoría de trabajos, solo había quedado debiendo tres trabajos, que adelanté en la casa y envié con mi amiga Norma quien y solía pasar a veces, a la hora del almuerzo a visitarme y a consentir a Valentina. Antes del parto, Paola Torres otra de mis mejores amigas de la universidad, me organizó con mis compañeros de carrera un Baby Shower al que invitó algunos de mis profesores, la reunión la hicimos un sábado dentro de la universidad en el famoso Malecón. Allí fueron llegando cada uno de mis compañeros con el regalo y al calor de unos chistes, Coca-Cola y un sanduche pasamos una tarde agradable. Una semana antes doña Gloria me

había comprado muchas cosas para la bebé. Recuerdo que entre el Baby Shower de la universidad y lo que me había regalado doña Gloria, tenía suficientes cosas ya para el parto y para mucho después, más de las que imaginé, yo solo tuve que comprar unas almohadas porque me habían regalado de todo.

Ya próxima al parto, una tarde yo estaba terminando de arreglar el apartamento y doña Gloria me llamo y me dijo que a partir de la siguiente semana me fuera a descansar, que ya me veía muy cansada por el embarazo y que ella ya había contratado a una persona para que me reemplazara por el tiempo que iba a estar en la casa, pero que me seguiría pagando de forma quincenal. Eso fue a finales de febrero de 2000 como veinte días antes del parto, y me pidió un número de cuenta para consignarme la plata, como yo no tenía cuenta bancaria, mi amiga Norma me permitió que me consignaran en la suya, ella retiraba la plata y me la llevaba a la casa. Después del parto, me dio los tres meses de la licencia de maternidad, antes de retornar el trabajo. Con ella trabajé como seis meses más, antes de que se fueran a vivir de nuevo a Medellín, porque parecía que los seguían extorsionando, eso nunca lo pude comprobar. Aunque, como lo mencioné, nunca pude esclarecer por qué fue tan generosa conmigo, fue una mujer que mostró un gran sentimiento de solidaridad frente a mi situación, el cual iba más allá de la relación patrona-empleada.

Cuando terminé la licencia que me daba la universidad, necesitaba que alguien me cuidara a mi hija para poder trabajar e ir a clase en las noches. Para mi fortuna, mi hermana Yalmira, menor que yo, se había casado justo el fin de semana en que yo había dado a luz y se vino a vivir a Bogotá como veinte días después, porque su esposo trabajaba acá; ella aceptó cuidarme la bebé mientras yo trabajaba y estudiaba. Yo la dejaba los días que trabajaba donde doña Gloria con ella y en las tardes cuando no trabajaba la llevaba para irme a la universidad y la recogía casi a las 10 pm cuando salía de la universidad.

Al terminarse los noventa días de mi licencia de maternidad, regresé a la Universidad, pero de inmediato comprendí que resultaba muy difícil estudiar, trabajar y cuidar de mi hija. Todavía estaba trabajando con doña Gloria, antes de que se fuera de Bogotá y eso que contaba con la ayuda de mi hermana, que me hacía el favor de cuidármela parte del día y de la noche para que yo pudiera trabajar y estudiar. Enterada de esta situación, mi mamá me propuso, cuando Valentina tenía 10 meses, que se la llevaría mientras yo terminaba la

universidad. Después de pensarlo mucho, en diciembre de 2000, la llevé y la dejé con mi mamá y mis hermanas en Villa Paz. Fue muy difícil para mí tomar esa decisión, de regreso a Bogotá no me acostumbraba a estar sin ella. Hoy, catorce años después, todavía vive con ellos en Villa Paz porque no le gusta vivir en Bogotá, aunque en ocasiones viene a pasar su periodo de vacaciones conmigo. Me dice que solo vendrá a esta ciudad cuando vaya a entrar a la universidad.

A pesar de no haberse criado conmigo, Valentina no desconoce mi historia de vida; quizás, eso quizás la ha motivado a pensar que una opción de vida para ella es realizarse profesionalmente. Siempre le he insistido en que se mire en los espejos de las otras mujeres en Villa Paz y piense como yo lo hacía a su edad, que es lo que quiere ser como mujer. Ella ha demostrado tener un gran carácter, y como yo a su edad, ha demostrado ser una gran líder en su colegio.

Mis días en Bogotá sin mi hija fueron, al comienzo, muy tristes y sombríos: no me acostumbraba a estar sin ella y a verla de forma esporádica. Me perdí las mejores cosas de su niñez y adolescencia, pues por mi situación laboral y económica iba a Villa Paz los primeros cuatro años de su niñez, una vez al año, siempre en vacaciones de navidad, no podía viajar más seguido por la falta de tiempo y plata, después iba ya dos veces al año. Estas ausencias se habían convertido en una de las razones para superar todos los obstáculos que había tenido en mi vida. Superarme y mejorar mi condición era un reto por mí, por mi hija y por mi familia con quienes había contado siempre. Yo no creo que ninguna madre quiera que sus hijos pasen por las mismas dificultades que ellas han pasado; uno siempre espera que el futuro de sus hijos, sea mejor en todo sentido que el de uno.

Después de estar sin mi hija y de haber terminado materias en la Universidad Central, debía hacer todo lo posible para graduarme y eso dependía del trabajo que consiguiera, porque tenía encima una deuda con la universidad, que traía desde el quinto semestre, y otra con el Icetex, por el crédito ordinario que había adquirido. Con la ayuda que nos había dado el Secretario General de la Universidad Central, el Dr. Billy Escobar, a los estudiantes que hacíamos partes de Afrocentral, tenía un respiro; no obstante, me inquietaba no saber cómo iba a pagar esas deudas.

Los dos últimos semestres en la Universidad fueron complicados, pero había al menos logrado terminar materias. Ahora tenía que ver cómo me graduaba, ya había hecho lo más difícil, subsistir para terminar la carrera. En el primer periodo de 2001 terminé materias en la universidad. Ya desde finales del décimo semestre yo venía pensando en la opción de grado; de las dos opciones que ofrecía la carrera de Comunicación Social y Periodismo, hacer tesis o una especialización, yo me había decidido por la tesis y el resto de mis compañeros habían optado por la especialización. Esta última era el método más rápido para graduarse, pero yo no opté por ella aunque en ese momento para mí fuera lo más conveniente, porque no tenía con qué pagar el semestre. A pesar de que ya no estaba con mis compañeros de carrera, de vez en cuando me encontraba con ellos para hablar y tomarnos una cerveza por los viejos tiempos. También seguía en contacto con algunos de los compañeros de Afrocentral. Eso me llevó, en 2001, a trabajar con Noemí Sanín en el Movimiento SÌ Colombia, en su campaña para la presidencia. A esa campaña me llevó Alexander Ruiz, compañero de la Universidad Central y con quien junto a otros compañeros, habíamos fundado Afrocentral. Él a través de algunos amigos había conocido a Noemí Sanín y ella lo había nombrado coordinador para la población afrodescendiente en su campaña a la Presidencia de la República. El trabajo que hacíamos ahí no era remunerado, pero quienes estábamos colaborando, teníamos la esperanza de conseguir al terminar el periodo electoral, un empleo. Como mencioné anteriormente nosotros no nos pagaban por el trabajo que hacíamos, pero supimos de muy buena fuente, que a Alexander cada mes le daban de la gerencia, un cheque para que nos reconociera alimentación y transporte; pero este se quedaba con la plata, muy pocas veces nos dio para alimentación y cuando lo hacía, iba con nosotros a almorzar y el pagaba la cuenta. Recuerdo que un día nos tocó organizar un evento con la población afrobogotana en el Claustro de la Enseñanza que era la sede de la campaña, y me pidieron que subiera a la oficina de prensa a elaborar un boletín de prensa, para invitar y promocionar el evento a través de los medios de comunicación. El boletín lo elaboré con la directora de la oficina de prensa llamada Carolina Angarita. Después de terminar el comunicado, ella me mando con el subdirector de comunicaciones para que lo enviáramos a los medios de comunicación y así lo hicimos. Al día siguiente cuando Carolina llegó al claustro me pidió que subiera a su oficina; el día anterior cuando estuvimos trabajando ella me había preguntado yo que hacía y yo le había

contado a grandes rasgos un poco de mi agitada vida. Tal vez por eso, ya en su oficina Carolina me propuso que trabajara medio tiempo en la coordinación para población afrodescendiente y en la tarde le ayudara en la oficina de prensa de la campaña. Casi al mes de estar trabajando con ella me pidió que me quedara ayudándole de tiempo completo en la oficina de prensa. Ella me aclaró que solo tres personas de las seis que había ahí, tenían sueldo, que el resto de los periodistas eran practicantes. Debido a mi situación económica y sabiendo que yo tenía una hija por la que debía responder y otras obligaciones, ella se comprometió a darme una especie de auxilio mensual de su sueldo y ayudarme con un mercado, cosa que hizo durante los nueve meses que trabajé en la campaña. En la coordinación de población afro, la situación era complicada porque Alexander recibía el auxilio que le daban en la gerencia y se quedaba con la plata, sabiendo de la situación tan difícil que teníamos todos, no le importó. Yo no podía creer que después de haber sido uno de mis mejores amigos y con el que pasé literalmente hambre en la Universidad, se había convertido en un ladrón del dinero de sus propios compañeros. Debido a la situación tan complicada con Alexander, dos compañeras se fueron del equipo.

Estando trabajando en la oficina de prensa de la Campaña de Noemí Sanín, conocí a María Isabel Urrutia a través de dos amigas que seguían colaborándole a Alexander. Urrutia en ese momento estaba aspirando a una de las curules por Circunscripción Especial de Comunidades Negras, mis amigas quienes estaban apoyando el trabajo de María Isabel en Bogotá, me la presentaron porque ella estaba necesitando un jefe de prensa en la Capital, en Cali tenía uno pero necesitaba alguien que se encargara solo de Bogotá para promocionarla en los medios de comunicación, hacer que la entrevistaran o le sacaran una nota y hacer seguimiento a la pauta publicitaria. Promocionar su campaña no era difícil, pues casi todos los medios la querían entrevistar por ser una figura reconocida en el país, la única Medalla Olímpica que hasta ese momento había tenido Colombia, y yo en la oficina de prensa de Sí Colombia tenía todos los medios y los contactos para hacerle el trabajo. María Isabel ganó la curul con una amplia votación, la mayoría de sus votos fueron de opinión. El compromiso con ella era que tan pronto ganara, nos emplearía a algunos del equipo de Bogotá, que estaba conformado como por ocho personas. Cuando ganó y se posesionó, dilató todo lo que pudo el compromiso hasta que con mis compañeros nos aburríamos de ir a su oficina o de llamarla. Ya había terminado la campaña de Noemí Sanín y con el triunfo de

Álvaro Uribe Vélez, estábamos todos como al comienzo: sin empleo. A Carolina, mi exjefe, no la volví a ver; cerca de dos años después supe que trabajaba en RCN Televisión. En una última visita que hicimos como equipo a María Isabel, me ofreció empleo en la Liga de Pesas de Bogotá, donde trabajaba su esposo como entrenador, pero me retiré como a los tres meses porque no me pagaba. Después tuve que hacer bastante lobby en su oficina de la Cámara de Representantes para que me pagara y eso que ella sabía que yo necesitaba ese dinero para cubrir mis necesidades. También estaba enterada que yo le debía dinero al Icetex y que tenía una deuda con la universidad que debía pagar para graduarme.

Después haberme retirado de la Liga de Pesas de Bogotá estuve un tiempo buscando empleo, ya tenía otras experiencias laborales diferentes a la de ser empleada doméstica y cocinera. Pensé entonces que esto sería un punto a favor en la búsqueda de empleo, pero parece que no pues, la búsqueda no daba resultado. Para esa época llevaba casi dos años de no verme con mi amiga Pastora a la que decidí visitar, a ver en que le podía ayudar o en ella me podía ayudar, pero por allá tampoco había mucho que hacer.

Entre las políticas públicas y la culinaria

Yo había prometido no volver a las reuniones de la Consultiva Distrital de Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras, pero Pastora me convenció de que era necesario estar en estos espacios, por la importancia y relevancia de los temas que ahí se discutían, reconozco que no iba a todos los eventos que ella me invitaba porque seguía desilusionada de algunos líderes y lideresas que le apostaban más a sus intereses personales que a la situación de la población afrodescendiente en Bogotá. Lo que yo encontraba interesante en estos espacios eran los temas que ahí se discutían y que tenían que ver con el futuro de la población afrobogotana (derechos, identidad, educación, representación, políticas públicas y cultura entre otros). De estos eventos distritales, interlocales y de varias reuniones del Consejo Consultivo Distrital con varias instancias de la Alcaldía Mayor, salieron los insumos para la formulación en el año de 2005 de la Política Pública para los Afrodescendientes en Bogotá y que fue posible en la administración de Luis Eduardo Garzón, donde también se creó la Política Pública de Mujer y Géneros en el año de 2006.

La Política Pública para las Comunidades Negras se creó con el objetivo de promocionar el desarrollo integral de la población Afrodescendiente en Bogotá protegiendo la diversidad étnica y cultural de la ciudad y reconociendo los aportes de los afrodescendientes en la consolidación de una ciudad más democrática. Es importante mencionar que a partir de esta política pública, se empiezan a definir las acciones afirmativas de inclusión de la población negra, afrodescendiente, raizal y palenquera que se han venido trabajando desde la administración de Lucho Garzón pasando por la de Samuel Moreno, donde se concretó un Plan Integral de Acciones Afirmativas para el Reconocimiento de la Diversidad Cultural y la Garantía de los Derechos de los y las Afrodescendientes en todos los sectores y que ha tenido continuidad en la administración de Gustavo Petro.

Este logro de la Política Pública en Bogotá y en otras ciudades de país, se corresponde con una lucha de las comunidades negras de más de tres siglos frente a la falta de reconocimiento e invisibilización del que hemos sido objeto, no solo como una población importante en la construcción de nación, sino en los aportes que hemos hecho como etnia a través de la historia. Sumado a esto, los descendientes de africanos esclavizados, hemos estado históricamente sumidos en una condición de subordinación desde que fuimos traídos a tierras americanas. Subordinación que hemos compartido con los indígenas y las mujeres, entre otros. A propósito de este trabajo, hemos hecho parte de los sectores de población dominados o minorizados desde el poder hegemónico. Como lo plantea Axel Rojas, el poder político dominante nos ha representado como minorías y el saber académico los ha asumido como tales (Rojas, 2004: 158). Las dinámicas socio-organizativas de las comunidades afrocolombianas han sido diversas y complejas para avanzar en lo que ha sido la construcción de un proyecto político ajustado a la realidad de contexto nacional.

Sobre la década de 1980, en el sur del Valle y el norte del Cauca, no fui ajena a estas dinámicas: tuve la oportunidad de pertenecer a procesos organizativos que me dieron alguna experiencia y conocimiento sobre lo que hoy somos las poblaciones afrodescendientes. Por eso cuando conocí en Bogotá a hombres y mujeres que han venido trabajando desde sus organizaciones con las comunidades negras, entendí que este era solo la continuidad de un proceso que se trasladó de las zonas rurales a las grandes ciudades y que propugnaba por una mejor calidad de vida, desarrollo y protección de la diversidad

étnica y cultural de los y las afrodescendientes que habitamos esta ciudad. No es gratuito que muchos hayan querido incursionar en la vida política desde los espacios locales, distritales y nacionales, aspirando a ser elegidos como ediles, concejales y Representantes a la Cámara por Circunscripción Especial. Lo que estaba pasando en Bogotá no era casual, respondía a un aspecto interesante, como lo fue el boom del nacimiento de nuevas dinámicas y procesos organizativos al calor de la Constitución Política de 1991 y de la Ley 70. En el caso de Bogotá, me llamaba mucho la atención, porque la gran mayoría de líderes y lideresas que dirigían las organizaciones, venían de la Costa Pacífica caucana, nariñense, chocoana, Valle del Cauca y Cauca. Muchos de estos líderes y lideresas habían trabajado en el proceso de la preconstituyente, en sus regiones y aquí en Bogotá.

Quiero resaltar que la Constitución Política de 1991 dio un contexto renovador a los actores sociales que venían desde hace siglos buscando un reconocimiento y son las comunidades negras que surgen como un sujeto político diferenciado, consideradas institucionalmente desde ese momento, a través de su Artículo Transitorio 55 como grupo étnico con derechos territoriales y culturales específicos (Agudelo; 2005: 15). La Constitución de 1991 nace con un carácter multicultural, pluriétnico e incluyente, aspectos que no se habían tenido en cuenta en las constituciones anteriores, especialmente en la de 1886. En Artículo Transitorio 55 aparece el término “comunidad” para afirmar el carácter étnico de este grupo de la población, (la del Pacífico rural ribereño), pero según el artículo respectivo esta nominación se hacía extensiva a otros pobladores del país cuyas condiciones de ocupación territorial y prácticas culturales se asemejaran a las del Pacífico. Para llegar a esto, hay que reconocer el trabajo hecho por las comunidades negras desde que Colombia se constituyó como una nación, con reconocimiento solo de las elites y a espaldas de los otros grupos poblacionales. Así lo define Eduardo Restrepo quien ubica cinco momentos que dan cuenta de este proceso en las dinámicas organizativas de las comunidades negras.

[...] El primero dice él, que se inicia con las gestas libertarias y de resistencia al modelo esclavista que se impuso sobre las mujeres y hombres secuestrados del África o de sus descendientes en el Nuevo Mundo. Los albores de los esfuerzos y dinámicas organizativas del negro en lo que ahora es Colombia se remontan a las innumerables sublevaciones, rebeliones y cimarronajes, como una respuesta ante la subalternización de los esclavizados. El segundo, que se extiende desde la abolición de la esclavitud hasta la década del sesenta, se puede caracterizar

como la de su confluencia en las luchas políticas, económicas y sociales articuladas desde las figuras del ciudadano, del pueblo o de la clase social. El tercero, es el de las dinámicas organizativas articuladas a lo ‘racial’. En general, puede afirmarse que este momento define un enfoque que argumenta la lesión o el menoscabo al derecho a la igualdad que tendrían los afrocolombianos con respecto al resto de la sociedad. El cuarto momento puede ser considerado como el de la etnización [...] que es entendido por Restrepo, como el proceso mediante el cual una o varias poblaciones son imaginadas como una comunidad étnica. Este continuo y conflictivo proceso incluye la configuración de un campo discursivo y de visibilidades desde el cual se constituye el sujeto de la etnicidad. Igualmente, demanda una serie de mediaciones desde las cuales se hace posible no sólo el campo discursivo y de visibilidades, sino también las modalidades organizativas que se instauran en nombre de la comunidad étnica. Por último, pero no menos relevante, este proceso se asocia a la destilación de conjunto de subjetividades correspondientes” (Restrepo, 2005: 218).

Es importante mencionar que todos estos movimientos de reivindicaciones sociales, políticas y culturales se dan como factores cohesionadores y legitimadores fundamentales de una identidad étnica negra o afrocolombiana común, que se gestó como movimiento social desde las regiones rurales hasta unas expresiones organizativas más urbanas.

Bogotá, como Capital de la República, nunca escapó a estas dinámicas organizativas: en esta ciudad confluimos personas afrodescendientes de todas partes del país. Conocí muchos líderes y lideresas, y también tuve la oportunidad de participar en diversas reuniones y eventos donde se discutían los lineamientos para lo que es hoy la Política Pública para los Afrodescendientes en Bogotá, a muchas de estas reuniones asistí como integrante de Funcippa e iba con el interés de conocer, aportar y aprender lo que en estos espacios se discutía. Me parecía interesante ver que muchas de las participantes eran mujeres afrodescendientes que lideraban algunas de las organizaciones y que se daban la pela en las discusiones. Eso ya me indicaba que lugar habían logrado las mujeres negras/afrodescendientes en Bogotá y más cuando en estas discusiones no solo se discutía el tema étnico, también había una preocupación por el tema de género. Igual yo no podía dejar de preguntarme por nuestra situación como mujeres negras/afrodescendientes en Bogotá. Yo misma era un ejemplo de las dificultades que teníamos que pasar para sobrevivir. Como cuando vivía en Villa Paz, éstas seguían siendo mis preocupaciones.

Como mi eterno problema era la falta de un trabajo estable también mi participación en estos espacios estaba sujeta al tiempo que me dejara libre el rebusque. Recuerdo que un día iba para el centro y me metí por una calle de la Candelaria para acortar el camino y pasando por frente a un restaurante llamado Fulanitos, restaurante de comida valluna, me encontré en la puerta a Martha Mina, una compañera del colegio que no veía desde que estudiábamos. Nos pusimos a hablar y le conté que estaba buscando trabajo. Ella me dijo: “mira, no sé si una universitaria quiera trabajar de cocinera, pero aquí necesitan una ayudante de cocina, si quieres yo te recomiendo”. Le dije de una vez que sí, como iba con tiempo suficiente para la diligencia que iba a hacer tenía al centro, entramos y esperamos a don Juan Diego, el dueño del restaurante, cuando llegó hablamos con él, e inmediatamente me contrató para oficios varios los que incluían asistencia de cocina, hacer los jugos, lavar platos y arreglar la alacena. Allí valoré lo que había aprendido en otros restaurantes con mi prima Darly y la insistencia de mi mamá para que aprendiera a cocinar. Esta era para mí una nueva experiencia porque descubrí mi pasión por la cocina y por la gastronomía vallecaucana, más allá del simple hecho de cocinar. En este restaurante me hice el propósito de mejorar mi técnica culinaria e indagar la influencia de la herencia africana en la cocina valluna y para eso el conocimiento de mi amiga Martha fue importantísimo. Esta era otra tarea que tenía pendiente.

Don Juan Diego era un hombre paisa blanco como de 45 años de edad, más bien malgeniado, quien con su pareja, un hombre como de la misma edad, habían sido socios del restaurante Fulanitos de propiedad de Carlos Ordoñez Caicedo, uno de los chef vallecaucanos más reconocido en la gastronomía colombiana y uno de los grandes investigadores de la cocina colombiana y vallecaucana. Ordoñez, es conocido como uno de los pioneros en la investigación sobre la comida del pacífico colombiano, autor de varios libros de cocina como “El gran libro de la cocina colombiana y la Cocina Vallecaucana” y fundador de los restaurantes Fulanitos en Bogotá quien, después resolvió disolver la sociedad. Entonces don Juan Diego como le decíamos todos los empleados y su pareja, compraron la franquicia de dos de sus restaurantes, el restaurante del barrio la Candelaria centro histórico, y el del Centro Internacional, porque habían dos más con los cuales se habían quedado otros socios.

El trabajo ahí no era fácil pero yo estaba acostumbrada desde mi adolescencia al trabajo duro. Poder trabajar en ese restaurante me ayudó a mejorar mis conocimientos culinarios sobre comida valluna, mi amiga Marta era muy generosa con el conocimiento, ella es una mujer que sabe mucho de cocina y tengo entendido que había aprendido algunas cosas con don Carlos, por eso yo aprovechaba cada espacio para que me enseñara de ingredientes y truquitos de cocina para mejorar la sazón, a pesar que mis hermanas y yo aprendimos a cocinar desde muy pequeñas, porque mi mamá nos enseñó. Además tuvimos una fritanga más de treinta años; me atrevo a decir que éramos “las reinas de la fritanga” en Villa Paz.

En este restaurante alcance a trabajar como catorce meses aproximadamente con un pago por día de \$12.000 pesos, sin prestaciones u otro tipo de beneficios laborales, con los que pagaba los servicios públicos y la pieza donde vivía. A veces no alcanzaba y me colgaba en el pago especialmente del arriendo, pero mi gran preocupación seguía siendo el pago de las cuotas del préstamo que me había hecho el Icetex para estudiar y lo que le debía a la Universidad Central. Me inquietaba bastante pensar que el Icetex empezara a llamar a mis codeudores para cobrarles las cuotas atrasadas y que perdiera todo el esfuerzo que había hecho en la universidad para estudiar. Mi prioridad en ese momento era obtener el título para poder acceder a un mejor empleo y mejorar mi calidad de vida, pues tenía una hija por la que debía responder que estaba con mis papás y mis hermanas quienes muy generosos y solidariamente se ofrecieron a cuidar, mientras yo terminaba la universidad y conseguía un buen empleo.

Estando trabajando en el restaurante como para el mes de marzo de 2004, una noche Pastora me llamó a la casa y me dijo que nos encontraríamos al día siguiente después de que saliera de trabajar, como ella vivía en la Candelaria relativamente cerca al restaurante, cuando salí del trabajo fui hasta su apartamento, y ahí me contó que en la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz (IMP), estaban necesitando una facilitadora afrodescendiente para que dictara unos talleres a mujeres afros en los municipios donde ellas tenían trabajo y que ella me había recomendado, porque creía que yo era la persona indicada por la experiencia que ya había tenido en trabajo con comunidades negras y por mi profesión. Ella me dijo que me presentara el día lunes en la oficina de IMP y así lo hice. Cuando llegué me atendió Sol Suleydy Gaitán quien para ese momento era la Coordinadora

de Facilitadoras, luego me presentó a Diana Gómez quien era la facilitadora por el sector de las jóvenes y entre las dos me explicaron el trabajo. Durante toda la semana me pusieron al tanto de que era la IMP y me capacitaron en las metodologías usadas por la Alianza, porque en la semana siguiente empezaba una nueva jornada de talleres en todo el país y yo debía estar preparada. Confieso, no lo podía creer, ese trabajo me parecía interesante, el ideal y el soñado. Estaba en el lugar y el trabajo que había deseado. Pero lo más importante, ahí empezaba a responder muchas de las preguntas que durante toda mi vida me había hecho. Además de conocer de manera más cerna la dinámica del movimiento social de mujeres, del movimiento feminista, entendería que era la perspectiva de género y estaría de frente conociendo el horror del conflicto armado y como afectaba particularmente a las mujeres.

3. De la defensa de la identidad étnica al movimiento de las mujeres por la paz

Feminismo, activismo, militancia y algo más

En este capítulo, quiero centrarme en lo que fue mi experiencia en el seno de organizaciones que hacían parte del movimiento de mujeres en Colombia y, mi contacto con mujeres feministas reconocidas dentro y fuera del movimiento.

En esta parte de mi narración me centro también en las dinámicas de las organizaciones a las que pertencí, porque estando dentro de ellas y casi de una manera inconscientemente, a través de la militancia cada día más me comprometía con las prácticas del feminismo, aunque no me autoreconociera como feminista, cosa que otras personas sí reconocían en mí. Así pase varios años en una especie de lucha entre el quehacer político y el autoreconocimiento como feminista.

Esta parte de mi autobiografía, también está cruzada por las tensiones, nudos, desacuerdos y ejercicios de poder, del cual parece no están exento, el feminismo y el movimiento social de mujeres. Fui testigo de unos ejercicios de poder, discriminación, competencia y exclusión, prácticas que yo pensaba, que no se daban al interior de estos movimientos y que son dignas del patriarcalismo. Dichas relaciones de poder desde luego estaban cruzadas por las diferencias, lo cual mostraba la incapacidad para reconocer la alteridad. Por eso en ese

proceso, algunas diferencias se tradujeron en desigualdad o invisibilidad representadas en: el color de la piel, el nivel socioeconómico, el sector al que perteneces o el acceso al saber.

Hoy me concibo, una mujer producto de una experiencia, que me dejó la militancia y la interacción con mujeres de todos los sectores, que me llevó a entender el mundo con ojos de mujer, a sentar una posición crítica frente a esas desigualdades y falta de oportunidades que hemos tenido las mujeres y que son el centro de la discusión feminista.

Finalmente, mi experiencia de vida tiene un lugar en la academia como docente, donde no pensé llegar nunca. Mis espacios y mi tiempo los proyectaba en un lugar más próximo al trabajo permanente con las mujeres y la población afrodescendiente. Pero más allá de estos dos grupos poblacionales, me interesa trabajar sobre otras articulaciones sociales y culturales, producción del conocimiento y como mujer negra/afrodescendiente, entablar diálogos con otros saberes. De ahí se desprende entonces la necesidad de estudiar Estudios Culturales como una posibilidad dentro de la investigación y la docencia en un marco interdisciplinario.

Con mi llegada a la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz a finales de 2004, comenzaba otra etapa de mi vida en Bogotá que nunca pensé que iba a experimentar. Tengo que reconocer que lograr y hacer las cosas que quería en esta ciudad, no había sido fácil. Estar en la IMP inicialmente para mí, representaba una oportunidad laboral que me ayudaría a salir de los problemas económicos por los que estaba atravesando. En esos momentos, no calculaba la importancia política que tenía para muchas mujeres del país haber constituido una alianza como esta, ni mucho menos lo que cambiaría mi vida y los conocimientos que yo adquiriría en ella sobre lo que era el feminismo y equidad de género. Pero más allá de esto, participar en la IMP me permitió conocer más a profundidad nuestra realidad como mujeres colombianas, especialmente en temas de violencias, y cómo afecta el conflicto armado, específicamente a las mujeres.

La Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz se creó en año 2000. Inicialmente, estaba conformada por 32 organizaciones de bases: mixtas feministas y de mujeres representativas de las diferentes regiones y sectores sociales del país. La alianza se creó con el objetivo de “Construir una agenda social, política y económica de las mujeres como propuesta de

interlocución que debía ser refrendada públicamente”. Este objetivo se traduce en el proceso en construir e implementar una agenda común útil como instrumento político, con el cual mujeres colombianas participaran en los distintos espacios de negociación política del conflicto armado y social del país, con propuestas alternativas desde ellas, enfocadas a la paz nacional.

Cuando yo llegué a la Alianza la integraban 22 organizaciones. Por lo que indagué por la historia de la alianza y que me contó Sol Suleydy Gaitán:

[...] Esta tiene sus inicios en la confluencia de una serie de organizaciones de mujeres nacionales, regionales y sectoriales entre 1999 y 2000 que hacían parte del movimiento social de mujeres. A esta confluencia de organizaciones que se había creado, luego se convirtió en un movimiento que se le denominó “Actoras y autoras de Paz” [...] ²⁰

Este movimiento, a su vez, estaba bajo la coordinación de la Fundación Diálogo Mujer, organización reconocida por trabajar en áreas como los derechos humanos de la mujer; mujer y salud; derechos sexuales y reproductivos; violencia contra las mujeres; mujer paz y conflicto, masculinidad y género. Organizadas en esta alianza inicial, este movimiento de mujeres que aspiraba a hacer propuesta para el logro de una paz negociada tanto a los actores armados como al gobierno nacional, fueron convocadas por Planeta Paz²¹ a un espacio que se llamaba Mesa de Concertación. A este espacio llegó Patricia Buriticá, en representación de las mujeres sindicalistas, junto con otras mujeres del movimiento social de mujeres. Patricia, es docente del distrito desde 1977, con un largo recorrido como líder sindical: ha sido secretaria general de la Asociación Distrital de Educadores (ADE), vicepresidenta de FECODE, vicepresidenta y responsable de la Secretaría de la Mujer, en la

²⁰ Sol Suleydy Gaitán, coordinadora del grupo de facilitadoras de la IMP, entrevista 02 de mayo de 2014

²¹ Planeta Paz: Este Proyecto, representado jurídicamente por la Corporación Derechos para la Paz -CDPAZ-, nació en el año 2000 con el propósito de promover la participación activa de líderes de los sectores sociales populares en el proceso de diálogo entre el gobierno colombiano y las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC- y el Ejército de Liberación Nacional -ELN-. Este proceso se caracterizó por su bilateralidad, dada la pretensión de los actores en diálogo de representar a los distintos sectores de la sociedad, pretensión que mostró su precariedad cuando las tensiones entre ellos llevaron a la ruptura de los diálogos y dejó en evidencia la necesidad de participación de las organizaciones sociales, en particular las populares, para proponer, mediar y representarse a sí mismas. El proyecto fue fundado por el Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos -ILSA-, con el apoyo de la Universidad Nacional de Colombia.

CUT y el segundo mandato del presidente Álvaro Uribe Vélez, fue comisionada de sociedad civil de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.

Estando estas mujeres participando en este espacio, son invitadas por la Federación de Empleados de Estado de Suecia - ST y del Instituto de Estudios para el Desarrollo de Uppsala en septiembre de 2001 a Estocolmo (Suecia) a un grupo de mujeres para participar en un evento denominado “la Paz en Colombia vista por las Mujeres” con el fin de discutir la participación de las mujeres en el proceso de paz, considerando que estaba todo el antecedente de las negociaciones que se estaban llevando a cabo en el Caguán en el gobierno de Andrés Pastrana. Se procuró que esta delegación fuera lo más diversa y plural, en otras palabras que fuera en lo posible lo más representativa de las mujeres.

Durante el desarrollo del encuentro, la Agencia de Cooperación Sueca (Asdi) promovió la idea de crear un movimiento nacional de mujeres por la paz que, después de las discusiones, pasó a ser el resultado concreto y principal de la reunión. Así, nació la “Iniciativa de Mujeres por la Paz” (IMP) financiada por Asdi y apoyado por ST en la parte organizativa y metodológica. Como contraparte asumió el proyecto la responsable del Departamento de la Mujer de la Central Unitaria de Trabajadores de Colombia (CUT). (Åsa y Nyberg, Jocke, 2004:10). El apoyo a la IMP por parte de la ST, tenía como meta contribuir a una resolución pacífica del conflicto armado en Colombia mediante el fortalecimiento del movimiento de mujeres por la paz, el aumento de la participación femenina en el proceso en curso, y su influencia sobre la forma y el contenido de los diálogos (Åsa y Nyberg, Jocke, 2004:6). Indudablemente el apoyo dado por la ST a través de la Asdi para la creación de la IMP, tiene unas implicaciones importantes, porque ésta nace en un momento coyuntural para el país y en un contexto socio político de bastante trascendencia para la vida de las mujeres en Colombia, quienes hemos buscado siempre ser escuchadas y tenidas en cuenta como actoras válidas en las mesas de negociación como parte de la sociedad civil en una eventual negociación de la paz. Y más cuando históricamente el movimiento de mujeres de Colombia ha estado excluido de este tipo de diálogo, como fue el caso de los que se efectuaron en la década del 90 con varios grupos armados, donde hubo fracasos, pero también se logró la desmovilización y la entrega de armas de algunos de ellos.

En Estocolmo, y después de muchas discusiones sobre la paz en Colombia y la importancia de participar activamente en los diálogos de paz, estas mujeres acordaron que de regreso a Colombia realizarían una constituyente emancipatoria de mujeres, pero para ello se hacía necesario trabajar una metodología. Para este trabajo la ST, contrata a Caroline Moser. Ella es una Socióloga Británica, Directora del Global Urban Research Centre (GURC), Universidad de Manchester, Inglaterra. Moser es profesora de Desarrollo Urbano y Directora del Centro Global de Investigación Urbana en la Universidad de Manchester. Ella es antropóloga social urbana y especialista en políticas sociales con más de treinta años de experiencia en investigación académica. Moser ha aplicado investigaciones en el papel de las organizaciones de las mujeres en procesos de paz. Para conformar su equipo de apoyo metodológico Caroline contrató a Angélica Acosta Táutica, antropóloga social de la Universidad Nacional quien ha trabajado en programas de formación en Género y Políticas Públicas y a María Eugenia Vásquez Perdomo, Antropólogo de la Universidad nacional, ex – militante del M-19, y quien hizo parte de los equipos de trabajo comunitario que la Fundación Social ha auspiciaba en ciudad Bolívar. También, trabajó en los programas de reinserción y paz de la misma Fundación como profesional operativa. Ella es además autora del texto autobiográfico “Escrito para no morir: bitácora de una militancia. Estas tres mujeres hacían parte del Equipo de Apoyo Metodológico -EAM²² para desarrollar la metodología de la constituyente y posteriormente del proceso de trabajo de la que sería después la IMP. Me cuenta Sol Suleydy Gaitán, que en esos momentos ella llegó a la IMP como delegada de la Fundación Diálogo Mujer, por el sector de mujeres jóvenes y lo que se hizo fue:

“plantear inicialmente dentro de la metodología que se hicieran encuentros regionales y sectoriales, y que cada una de estas regiones y sectores propusieran una agenda política como insumos para la gran agenda de mujeres por la paz que debía salir de la Asamblea Constituyente Emancipatoria de Mujeres²³ realizadas a finales de 2002 [...]”.²⁴

²³ Constituyente Emancipatoria de Mujeres: Espacio de acuerdo y de debate del movimiento social de mujeres ejerciendo una forma alternativa de expresión pública, donde como actoras sociales y políticas define una

La Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz se conformó en 2003, y estaba conformada por organizaciones que pertenecían al movimiento social de mujeres y muchas de estas organizaciones, eran reconocidas por estar integradas por reconocidas feministas, entre estas organizaciones, estaban la Ruta Pacífica de las Mujeres, Movimiento Nacional de Mujeres Autoras y Actoras de Paz, Asamblea Permanente de la Sociedad Civil Por la Paz, Red de Organizaciones Sociales de Mujeres Comunales y Comunitarias de Colombia (ROSMUC), Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional La Red Nacional de Mujeres, La Asociación de Usuarios Campesinos Unidad y Reconstrucción- ANUC- UR (mujeres campesinas), El Proceso de Comunidades Negras (PCN) Mesa de Concertación, Organización Indígena Colombiana (Onic), La Corporación Colombiana de Teatro y MAAP (Moser, Vásquez, Acosta, 2006: 33). Estas organizaciones que fueron fundantes de la IMP y que hicieron parte de la construcción de la Agenda de Mujeres por la paz, terminaron retirándose a comienzos de 2003 de la Alianza por diferencias políticas. Esta sería la primera ruptura de la alianza y por ende su primera crisis.

Varias de estas organizaciones tenían plataformas propias y redes consolidadas dentro del movimiento de mujeres. Algunos de los argumentos para salir fueron que IMP era un proyecto limitado por el fin claro de aumentar la participación de las mujeres en el diálogo por la paz que existía en ese momento. En el nuevo contexto político, consideraron que IMP ya no cumplía los criterios que eran favorables a sus intereses. Consideraron que el desarrollo de IMP se había desviado de los fines para los que había sido creado. Además, estimaron que la estructura de IMP desdibujaba la imagen de las organizaciones miembros. Por último, consideraron que las instancias internas de decisión eran antidemocráticas y autoritarias. Cuenta Elizabeth Quiñonez feminista, académica, representante de la Corporación Ofelia Uribe e integrante de la Comisión Política y Metodológica, que también

Agenda Básica que consignó las aspiraciones para tener una sociedad "democrática en lo político, equitativa en lo social, inclusiva en lo económico, sustentable en el desarrollo y pluralista en todos los ámbitos de la vida ciudadana". El objetivo principal de la Constituyente, era elaborar una agenda como herramienta básica para incidir en los procesos de negociación del conflicto social y armado y para definir estrategias para alcanzar los acuerdos establecidos en los espacios de participación de las mujeres.

²⁴ Sol Suleidy Gaitán, coordinadora del grupo de facilitadoras de la IMP, entrevista 02 de mayo de 2014.

había unas tensiones internas entre las feministas académicas y las que se denominaban feministas populares

“[...]Estas mujeres decían que las otras feministas estaban por fuera de lo popular y de la izquierda y sus intereses y demandas eran otras. Pero también era una cuestión de pensar que esta otra manera de ser feministas, nos hacía unas privilegiadas y que ahí había prácticas excluyentes “[...]”²⁵

Esto me llevaba a pensar en la vigencia de las grandes discusiones que tenía el feminismo, el no reconocimiento de las otras como sujetas con identidades diferentes que no se ven recogidas en el feminismo tradicional (lesbianas, indígenas, populares, afrodescendientes, etc.). Para la IMP esto significó la apertura de un intenso debate interno sobre su rol y su perspectiva dentro del movimiento de mujeres por la paz. El objetivo seguía siendo la consolidación del movimiento de mujeres por la paz, pero ya no podía aspirar a incluir en esto a todo el movimiento de mujeres.

Con la IMP bajo la dirección de Patricia Buriticá y las organizaciones que quedan, se convocan otras organizaciones nacionales y regionales para que formen parte de la alianza, cuando yo llegue a hacer parte de ésta la conforman en total 22 organizaciones. Como de la constituyente de mujeres realizada había quedado como producto una agenda; en una asamblea realizada con las nuevas organizaciones se definió socializarla y convalidarla. Pero además se hacía necesario crear la nueva estructura institucional, para hacer más participativo el proceso de la toma de decisiones. Así lo recuerda Sol Suleidy:

Con la salida de algunas organizaciones la Alianza, Ahí se define de nuevo la estructura y los diferentes roles dentro de la IMP, se crea la Comisión Política y Metodológica. Esta tiene entre sus funciones realizar análisis del movimiento en su conjunto, orienta acciones dentro de la IMP; además, difunde, interlocuta y negocia la Agenda. Aquí se elige también el primer Equipo Nacional, encargado de tomar decisiones políticas, económicas y metodológicas, éste debe presentar informes regionales del proceso. Igualmente, difunde, interlocuta y negocia la Agenda. En este proceso se definió además, por quien debía estar conformada cada una de estas instancias. Se estableció que la Comisión Política y Metodológica debía estar integrada por mujeres de los sectores y regiones; se elige también en esta asamblea a las coordinadoras de las regiones. En una siguiente asamblea y después de muchas discusiones, la

²⁵ Entrevista Elizabeth Quiñonez, Corporación Ofelia Uribe. 17 de junio de 2014

Comisión Política y Metodológica pensando en que se debía convalidar y socializar la agenda y que tampoco se podía seguir dependiendo del trabajo metodológico de Caroline Moser, define que se requería de un equipo de facilitadoras para realizar este trabajo, de ahí en adelante a Caroline Moser se le asignó la tarea de capacitar al equipo de facilitadoras. Este grupo de mujeres estaba encargado de facilitar el proceso de aplicación metodológica, contribuir al análisis del proceso y retroalimentar las decisiones políticas.

Los criterios para elegir las facilitadoras principales y de apoyo era igual que la de la Comisión Política Metodológica, en ambos espacios se debía garantizar que hubiera representación de las regiones y los sectores que hacían parte de la IMP, y así se hizo. Sol Suleidy recuerda que para iniciar la capacitación se encerraron dos días en un hotel de Bogotá y después de haber elegido quienes serían las facilitadoras, se inició la transferencia metodológica para empezar a trabajar en las regiones [...].²⁶

Con la capacitación impartida por Moser, las facilitadoras se fueron a convalidar y a socializar la agenda, para ello se organizaron talleres regionales y en ello lo que se hacía era trabajar los doce puntos de la agenda para que las mujeres la conocieran y tuvieran clara para que les iba a servir. De los doce puntos debían priorizar cuales eran los más útiles y convenientes para negociar con las administraciones locales y regionales. Terminado esta primera ronda se hicieron los primeros balances de la agenda y se acordó una segunda ronda de talleres para hacerle seguimiento.

Yo llegué a la IMP en el primer trimestre del 2004, e inmediatamente me capacitaron en la metodología que se venía implementado para la realización de talleres. Estos consistían, en la formación política de las lideresas de las diferentes regiones, capacitación sobre la agenda y la “apropiación” de su contenido por los grupos regionales y locales de mujeres y por último en el aprendizaje de técnicas y medios para difundir mejor la agenda a nivel nacional, regional y local. Para la realización de estos talleres se trabajó con la metodología participativa y de consenso. Ésta había sido diseñada para responder a cada una de las etapas del proceso y para dar respuestas a muchos interrogantes del mismo. Pero, además, debía aportar a la solución de problemas internos del grupo, en los niveles técnico, institucional y político. En este sentido, esta se consideraba una herramienta y un insumo importante para la sostenibilidad del proceso de construcción de consensos de éste y otros

²⁶ Sol Suleidy Gaitán, coordinadora del grupo de facilitadoras de la IMP, entrevista 02 de mayo de 2014

grupos (Moser, Vásquez, Acosta, 2006: 12). A la par de la capacitación metodológica, me fui poniendo al corriente de lo que allí se hacía y como se hacía, y para eso fue vital la ayuda que me prestaron las otras facilitadoras. Este equipo estaba compuesto por facilitadoras que vivían en Bogotá y otras en las regiones donde la IMP tenía trabajo, éramos alrededor de nueve en ese momento de las que estaban, algunas hacían parte del primer momento de la alianza. Tenía entendido que ya algunas de las que se capacitaron inicialmente en la metodología e iniciaron en el equipo de facilitadoras, ya no estaban y el grupo se había reforzado después con otras mujeres, yo hacía parte de la segunda generación de este equipo. Inicialmente yo entré como facilitadora de apoyo por el sector afro, pero terminé muy rápido asumiendo sola algunas capacitaciones. Recién llegué a la IMP y durante la etapa de capacitación metodológica, los talleres que facilité los hice con otras compañeras que eran las facilitadoras principales.

La razones por la que habían integrado otras facilitadoras, era que algunas de las que tuvieron al inicio de la alianza, se habían ido a otros trabajos o ya sus organizaciones no hacían parte de la IMP, por tanto, se habían retirado del equipo; la otra razón, era que habían acordado en una reunión de la Comisión Política y Metodológica de la IMP al menos tener una facilitadora por el sector de las indígenas, de las campesinas y otra por las afrodescendientes. Me contó Sol Suleydy Gaitán, que en los primeros talleres se presentaron inconvenientes, especialmente con las mujeres afros: en el caso de Bogotá, pedían que los talleres con ellas fueran facilitados por una mujer afro, porque entiendo que en los primeros eventos habían tenido algunos choques con las facilitadoras frente a su cosmovisión y sus prácticas culturales. Quienes dictaban estos talleres eran en su mayoría mujeres mestizas, casi todas feministas, con muy buen nivel académico y hacían parte de las organizaciones que conformaban la IMP.

En el caso de las mujeres campesinas se eligió a Marleni Jaimes quien era Integrante de la Asociación de Mujeres Campesinas, Indígenas y Negras- ANMUCIC. En representación de las mujeres indígenas, no se eligió la facilitadora porque la única representación que había de esta población era la Organización Nacional Indígena Colombiana ONIC y ellas se

retiraron. Las mujeres indígenas señalaban la delimitación de regiones²⁷ efectuada por IMP como uno de los problemas más importantes para su participación en la Alianza. Ellas argumentaban que los pueblos indígenas tienen una delimitación regional propia que no coincidía con la de IMP y por eso era difícil convocarlas a participar. Pero entiendo que uno de los problemas de fondo reales, era que las afrocolombianas y las indígenas señalaban que ellas tenían la necesidad de un trato más equitativo como sector, para poder participar en iguales condiciones que las otras al interior de IMP, porque se sentían directamente discriminadas en este espacio. Pedían además, que la Alianza, debía dedicar más recursos y especialmente apoyo metodológico para promover a las mujeres jóvenes, indígenas, campesinas y afrocolombianas. Para ellas estos cuatro sectores debían contar con la posibilidad de realizar sus propios procesos de generación de consenso acerca de qué significa la perspectiva de género de acuerdo con su identidad y necesidades particulares. Al mismo tiempo argumentaban, que las mujeres en estos sectores necesitaban de apoyo para organizarse y desarrollar su trabajo como mujeres fortalecidas e independientes de los hombres. Había un malestar porque uno de los sectores que más estaba fortalecido era el sindical, en ellas reposaba la dirección general de la IMP y la parte administrativa. Además, ellas eran quienes se relacionaban con la contraparte que era la ASDI y la ST. Durante mi estadía en la IMP, estos reclamos provenientes de algunos sectores fueron permanentes y recuerdo hubo algunos debates frente al tema y parece que se le dio un manejo político administrativo al asunto pero se seguía presentando la situación especialmente por la falta de una representación de estos sectores en La Comisión Política y Metodología de la IMP, que era donde se tomaban las decisiones. Pero en este mismo espacio había una especie de tensión porque algunas de las integrantes de este grupo permanentemente interpelaban a las sindicalistas y a otras mujeres que estaban de su lado por la concentración del poder y la toma de decisiones a veces arbitrarias y poco democráticas. Esta situación estaba generando unas divisiones internas que ya eran notorias.

²⁷ Para un trabajo político administrativos La IMP se divide en regiones que abarcan los siguientes departamentos: Centro 1: Boyacá, Bogotá, Cundinamarca y Casanare. Centro 2: Santander. Sur: Tolima, Huila, Caquetá y Putumayo. Caribe: Atlántico, Guajira, Bolívar, Sucre, Magdalena, Córdoba, Cesar y San Andrés. Pacífico: Chocó, Putumayo, Valle, Nariño y Cauca. Noroccidente: Caldas y Antioquia.

A mi llegada a la alianza, debí acoplarme y aprender muy rápido porque justo como en dos semanas aproximadamente, comenzaban los talleres con las mujeres en las regiones para la socializar y convalidar la agenda, eso implicaba que aparte de la metodología yo debía en muy corto tiempo apropiarme, conocerla y saber cuál había sido su proceso de construcción. Esta agenda de mujeres por la paz, fue producto de la Constituyente Emancipatoria de Mujeres realizada en 2002, con la participación de más de 300 mujeres lideresas de todo el país, ésta se había convertido en un gran pacto entre mujeres. La agenda sería de ahí en adelante, la herramienta y la carta de navegación de unas organizaciones de mujeres para realizar acciones políticas de incidencia, movilización, negociación e interlocución ante agentes políticos, diplomáticos y gubernamentales, en los espacios de diálogo y negociación, tanto a nivel local, regional y nacional. Por ejemplo, en marzo de 2003 cuando el gobierno presentó el Plan Nacional de Desarrollo, IMP se entrevistó con un grupo de senadores para que, por su intermedio, se incluyeran en este plan algunos puntos de la agenda. Gracias al apoyo de senadores “Polo Democrático”, se incluyeron tres puntos de la agenda que se refieren a derechos internacional humanitario y derechos humanos. Otro caso es el de Antioquia donde se formó una alianza con la Secretaría de Mujeres e Igualdad del Departamento. La alianza se formalizó como una “Mesa, Mujer y Constituyente de Antioquia” con el fin de utilizar la agenda para influir en las comisiones temáticas de la asamblea. Entre otras cosas, se logró que la asamblea aceptara el principio de incluir hasta un 50 por ciento de delegados mujeres. En el momento de su constitución, el 37% eran mujeres. Estos son solo dos de muchos de los casos de interlocución que lograron buenos resultados.

Estar en la IMP me permitió comenzar a despejar muchas de las inquietudes y dudas que había tenido por muchos años. Yo misma era protagonista de un momento político importante en la coyuntura del país, como lo era buscar la participación de las mujeres en un eventual proceso de paz. Esto nos iba a permitir en parte, consolidarnos como actrices sociales. Si eso se lograba era un hito histórico. Me parecía también que además de la paz había otros intereses que se conjugaban ahí, y era cómo lograr que los temas de género fueran más relevantes en las agendas públicas. Como mujer negra/afrodescendiente campesina, estaba experimentando otras vivencias y otras dinámicas a las que yo no estaba

acostumbrada. Ahí me estaba dando cuenta de esas graves restricciones que enfrentamos las mujeres y los movimientos de mujeres como actoras sociales. Por un lado estaba el peso de las instituciones patriarcales como talanquera de los procesos de las mujeres y por el otro lado, la heterogeneidad del movimiento de mujeres, que a veces se presenta como una limitante para generar demandas y esto tiene que ver con su amplia diversidad, identidad y representatividad.

Los primeros talleres que facilité fueron en Soacha y en Bogotá. El trabajo realizado en estas dos ciudades se desarrolló con mujeres de diferentes localidades, y en ellos participaron mujeres indígenas, populares, negras/afrodescendientes, sindicalistas, madres comunitarias y desplazadas especialmente. En el caso de Bogotá, la interlocución estaba orientada para incluir algunos puntos de la agenda en el plan de desarrollo Distrital, se comenzó a hacer lobby con el mandatario Distrital quien en ese momento era Luis Eduardo Garzón. Hay que decir que indudablemente, la incorporación de la perspectiva de género en el Plan de Desarrollo Bogotá sin Indiferencia. Un Compromiso Social contra la Pobreza y la Exclusión (2004- 2007), de la administración de Luis Eduardo Garzón, constituye una experiencia exitosa de negociación del movimiento feminista y de los grupos organizados de mujeres.

El proceso de incidencia política de las mujeres en la agenda pública, se inició durante la campaña electoral que llevó al candidato del Polo Democrático Independiente (PDI) a ocupar el segundo cargo más importante del país, la Alcaldía de Bogotá, Frente a la coyuntura electoral y a la candidatura de Luis Eduardo Garzón, grupos de mujeres, muchos de ellos militantes y/o simpatizantes del PDI, se organizaron para apoyar la campaña y para concertar una agenda con el candidato. Entre estos se destacan: el Colectivo de Mujeres del Polo Democrático, la Red de Mujeres, las sindicalistas de la Federación Colombiana de Educadores (FECODE), de la Comisión de Mujeres de la Asociación Distrital de Educadores (ADE) y de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), la Iniciativa de Mujeres por la Paz y el Grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia (Fuentes, 2009: 150).

El trabajo fue muy productivo, pues la IMP logró en alianza con otras organizaciones bogotanas hacer aportes en la formulación de la Política Pública de Mujer y Géneros propuesta por el Alcalde, poniendo el tema de género en la agenda pública. Como se puede apreciar, estas dinámicas evidencian la incidencia de las mujeres en el Plan de Desarrollo de Bogotá sin Indiferencia, el cual incorporó la Política Pública de Mujer y Géneros como una perspectiva “orientada a la creación de condiciones para alcanzar la igualdad de oportunidades, el ejercicio efectivo de los derechos, el respeto al libre desarrollo de la personalidad y a la diversidad sexual). Esta política se ejecutó a través del programa Bogotá con Igualdad de Oportunidades y el proyecto de Institucionalización del Plan de Igualdad de Oportunidades y Equidad de Géneros, ambos inscritos en el Plan de Desarrollo.

Desde la teoría feminista se defiende que, la democracia no será tal, si se mantienen barreras que alejan del ejercicio efectivo del poder político a la mitad de la población. La democracia sustantiva, ha de garantizar que las mujeres sean sujetas activas de pactos y no simplemente objeto de políticas públicas. El rol de ciudadanía es un derecho innegociable, avalado no sólo por los pilares que legitiman la democracia sino por el marco legislativo y por los diferentes acuerdos internacionales. Al mismo tiempo y gracias al movimiento feminista, se ha avanzado en el camino hacia la presencia de mujeres en la participación política, desde el derecho al sufragio y la consecución de la igualdad formal hasta la puesta en marcha de mecanismos de acción positiva, modificación de leyes, creación de organismos para contribuir a combatir las desigualdades históricas y otros, pero aun con estos esfuerzo todavía falta mucho (Crespo, 2005: 6).

Haciendo este trabajo con la IMP ya creció mi interés por el tema del feminismo y el trabajo de género. Éste último me suscitaba un interés bastante grande por las diferencias entre hombres y mujeres que nos habían llevado a construir una sociedad como la que tenemos, bastante desigual, me preguntaba ¿por qué era imposible cohabitar el mundo desde la diferencia, pudiendo hombres y mujeres tener un desarrollo personal, social y cultural igualitario? Esa respuesta la iba encontrando cada vez más, cuando fui conociendo de los estudios de género y entonces entendí que la perspectiva de género tiene como uno de sus fines, contribuir a la construcción subjetiva y social de una nueva configuración a partir de la resignificación de la historia, la sociedad, la cultura y la política desde las

mujeres y con las mujeres (Lagarde, 1996: 13). Esto ya me iba respondiendo un poco lo que yo vivía y veía en Villa Paz y que por muchos años no tuvo respuesta, pero me obligaba también, a incorporarlo a mi quehacer cotidiano y con los miembros de mi familia, la cuestión no era solo conocimiento, era también práctica.

Con el trabajo en la IMP, las cosas se me estaban dando en todos los sentidos, a pesar de no tener un trabajo donde gozaba de todas las garantías laborales, me pagaban por cada taller realizado \$100.000 por eso además de lo interesante de este trabajo, procuré entrar muy rápido a la dinámica del grupo de facilitadoras, manejar las metodologías y ser muy propositiva. Ello me permitió que me asignaran más talleres y que pudiera hacerlos en otras partes del país, no solo en Soacha y en Bogotá.

La ronda de talleres se hacía cada tres meses, porque después de socializar la agenda, había que hacerle seguimiento para ver como las mujeres la estaban utilizando en su incidencia política en los municipios. Por lo menos en este último aspecto no era fácil, porque los alcaldes todavía tenían resistencia y no les parecía importante transversalizar los planes de desarrollo con el tema de género, y menos trabajar frente a una política pública. Con esta segunda ronda de talleres ya comencé a viajar por muchos de los municipios donde estaba trabajando la IMP. Empecé a facilitar talleres en el Chocó (Quibdó y Novita), Nariño (Sibundoy) y Caquetá (Florencia y Curillo) a este último municipio era muy complicado ir, porque era zona guerrillera y de tránsito de la coca que se producía en esa zona del país, ir allá me daba un poco de temor, porque en los retenes uno no sabía si era el ejército o las FARC quienes los hacían. Haciendo los talleres me di cuenta de que el municipio tenía una alta tasa de homicidios y por el boom cocalero había mucha prostitución, el precio de los productos era alto; característico de zonas donde hay mucha circulación de dinero por la influencia del narcotráfico. Me contó una de las mujeres quien coordinaba el trabajo en Curillo que la estación de policía había sido atacada por la guerrilla de las FARC dos veces con cilindros- bombas desde el otro lado del río Caquetá, afluente que separaba al Departamento de Caquetá de Putumayo. En el Putumayo realice talleres en Mocoa y hasta ahí llegaban las mujeres de Puerto Asís, La hormiga, Puerto Limón y Puerto Guzmán. Siempre hacíamos los talleres en Mocoa por seguridad; pues se había acordado en la alianza y con estas mujeres procurar que las facilitadoras, no nos desplazáramos mucho por

zonas de alto riesgo y de confrontación armada. Por eso estas mujeres que conocían la zona se desplazaban a un solo lugar donde se pudiera garantizar la seguridad de todas. Muchas veces en el caso de Curillo, específicamente, me tocó hacer los talleres, bajo la vigilancia de guerrilleros, disfrazados de campesinos, que querían saber para qué eran los talleres. Así me lo hicieron saber dos lideresas. Las mujeres con las que trabajé en estos municipios eran todas lideresas que se dedicaban a diferentes actividades como la docencia, había un gran número de ellas, amas de casa, estudiantes, sindicalistas, una que otra comerciante y trabajadoras informales. Particularmente me impactaba mucho el caso de las mujeres de Novita en el Chocó, donde muchas de las mujeres que asistían a los talleres se dedicaban a la minería de aluvión utilizando técnicas como: mazamorreo o barequeo y zambullidero. Como es sabido este tipo de minería se hace en condiciones precarias y las ganancias económicas no son muchas. Pero además este tipo de minería me contaban ellas, les generaba, serias infecciones vaginales por estar todo el día metidas en el agua, al final lo poco que extraían les alcanzaba para medio vivir. Muchas de ellas trabajaban en las mañanas y asistían a los talleres en las tardes. Muchos de sus hijos e hijas las acompañaban en este trabajo porque éste se aprende desde pequeño. En el caso del municipio de Sibundoy, fue el único donde trabajé con mujeres indígenas Kamsá, porque este sector se quedó sin facilitadora cuando se retiró la ONIC de la IMP.

Todo aquello que vivía en los municipios me mostraba cuán difícil era la vida de las mujeres, ese panorama me remitía a las cosas que yo había visto y vivido en Villa Paz en mi adolescencia y parte de mi adultez, esto era una constante en cada uno de esos lugares. En Departamentos como Caquetá y Putumayo, era donde realmente yo sentía con fuerza los estragos del conflicto armado, las historias de las mujeres eran a veces muy dolorosas y yo realmente me sentía impotente. A veces me preguntaba si lo que yo y otras mujeres hacíamos en la Alianza servía para ayudarlas. En muchas ocasiones, utilizaba la plata de los viáticos para ayudar a alguna familia y en vez de pagar hotel y alimentación, les pagaba a ellas y me alojaba en sus casas. No era mucho, pero eso me llenaba un poco.

Entre 2005 y 2006, viajé bastante por los municipios anteriormente mencionados realizando los talleres. Conocí situaciones que se nos han hecho muy comunes a los colombianos: familias desplazadas, personas desaparecidas, mujeres violadas, personas con

traumas psicológicos y muchas de estas mujeres vivían bajo amenaza constante por su actividad como lideresas, pero seguían en la labor y más cuando de defender sus derechos se trataba. Todo lo que veía me había hecho una persona más solidaria y sensible frente al tema de las mujeres; muchos de los colombianos solo vemos el dolor de estas personas a través de los medios de comunicación, pero no sabemos las luchas y tragedias que hay detrás.

A finales de 2005 las cosas iban mejorando para mí, ya estaba un poco más tranquila, a raíz de que se me habían asignado muchos más talleres, pude refinanciar mi deuda con el Icetex, tenía pendiente también el pago de la deuda que tenía con la Universidad Central para poderme graduar, en ese momento estas eran mis mayores angustias. Ya con mejores condiciones económicas, refinancié el crédito en el Icetex y pude pagar cuotas más cómodas. Para pagarle a la universidad debía ahorrar con juicio, pues no quería endeudarme de nuevo. Mientras pagaba las cuotas del Icetex, empecé a ahorrar para cancelar esta deuda; no era fácil, pues debía cubrir mis necesidades básicas y mandar dinero para mi hija, que seguía viviendo con mi papá, mi mamá y mis hermanas. A finales de junio de 2006, logré pagarle a la universidad y me gradué en agosto del mismo año: terminaba un ciclo largo de angustias e incertidumbres. Como mi interés era graduarme rápido, lo que yo había pensado por la falta de dinero era graduarme por ventanilla, pero mis hermanas no me dejaron; me dijeron que después de tanto esfuerzo yo debía graduarme en la ceremonia y que mi mamá y mi hija debían estar en ese momento tan especial para mí. Con los argumentos de mis hermanas, accedí a graduarme en la ceremonia. Ellas me ayudaron con los pasajes y la ropa de mi mamá y Valentina mi hija, para que pudieran venir a Bogotá a mi grado. Con la presencia de ellas, unos primos y Enrique Bautista quien era en ese momento el director de la carrera de comunicación social y organizacional y de quien yo había sido monitora, pero además a quien tenía mucho que agradecerle. Él conocía del esfuerzo que yo había hecho para sacar la carrera adelante y me había prometido estar en mi grado. Pero además, quería conocer a mi mamá porque yo le había contado la historia de su vida. Ese día fue muy especial para mí, la verdad no podía creer que me estuviera graduando después de tantos inconvenientes, especialmente económicos. Esa era una meta cumplida y una parte de la batalla ganada.

En ese mismo año en el mes de octubre, tuve la oportunidad de viajar con otras mujeres de la IMP a Estocolmo invitadas por la ST. Este viaje se realizaba cada dos años y la comisión la integraba, una representante de cada región, dos integrantes de la Comisión Política y Metodológica y la coordinadora de facilitadora que en ese momento era yo, llevaba como dos meses en el cargo. Pues Sol Suleydy Gaitán, quien me antecedió como coordinadora de facilitadoras, había renunciado por diferencias con la directora y la administradora de la IMP, por desacuerdos políticos y administrativos que tenían que ver con el manejo de los recursos, atención a ciertos sectores e inclinación por favorecer a unas regiones más que a otras. Este era una constante en la Alianza. Al viaje a Estocolmo en total viajamos 12 mujeres. El objetivo de la invitación era intercambiar experiencias de mujeres del mundo que han vivido conflicto armado, pero además nos íbamos a capacitar en nueva metodologías de consensos para participar en procesos de paz y en la aplicación de la Resolución 1325 sobre mujer, paz y seguridad. Ésta resolución, presenta una serie de recomendaciones a todos los actores implicados en los conflictos armados, principalmente sobre la protección para las mujeres y las niñas y de manera particular a los países, e incorporar mujeres en las mesas de negociación de la paz. Esta era una de herramientas utilizadas para trabajar con las mujeres, porque a pesar que no se había reconocido por parte del estado el conflicto armado, con esta herramienta se podía exigir el respeto de los derechos humanos de las mujeres a los actores en conflicto.

Entre el juego de poder, la discriminación y la exclusión

Durante los tres años que estuve en IMP, el trabajo fue intenso, de mucha incidencia política con las mujeres para hacerse más visibles en planes de desarrollo y agendas públicas. Porque es claro que desde la teoría feminista se defiende que la democracia no será tal si se mantienen barreras que alejan del ejercicio efectivo del poder político, económico y social a la mitad de la población que somos las mujeres. Y esto solo será posible si en la democracia real se garantiza que las mujeres sean sujetas activas de pactos y no simplemente objeto de políticas públicas.

Conocí bastante sobre cómo era la situación de las mujeres en distintos lugares del país. Aparte de esas opresiones ya conocidas, estaba las violencias generadas por el conflicto

armado, la pobreza, la falta de políticas públicas con perspectiva de género entre muchas otras. Pero pude ver también, cuán diversas somos las mujeres y esto sí que se veía el movimiento social de mujeres. Las rupturas en la alianza, las disidencias de las organizaciones, las dificultades para mantenerla, los juegos de poder y los protagonismos individuales y colectivos; reafirmaba esos reclamos permanente de muchas mujeres excluidas y discriminadas bajo ese juego de poder. Lo anterior muestra que además de tener como parte de su Identidad colectiva en el movimiento de mujeres y el feminismo tienen una definición de las actrices que participan en ellos (la diversidad de mujeres atravesada por categorías como clase, género, etnia, raza y la sexualidad (la diversidad y multiplicidad de opciones sexuales) también está constituido por unas posturas, concepciones políticas, unas estrategias de acción, unas prácticas políticas y unos posicionamientos políticos. Esta es una discusión que viene dando el feminismo desde hace mucho tiempo, enmarcado sobre la diferencia que existen entre las mujeres. Porque éste en un primer momento, surge como un movimiento de liberación de las mujeres y pone de presente lo que nos hace común y que nos diferencia de los hombres que es vivir en una sociedad de dominación patriarcal.

Lo anterior me permite referirme al paradigma de la intersección, que atraviesa la discusión de lo que he planteado anteriormente. La intersección consiste en la confluencia de factores que se potencian al experimentar discriminación. Las múltiples formas de discriminación que somos capaces de imaginar son todas, dimensiones distintas de lo mismo, de nuestra forma de mirar y de entender la realidad. Aquí solo quiero referirme a la situación de las mujeres negras/afrodescendientes quienes hemos sido discriminadas, por la etnia, el género y la clase. Este no es un tema nuevo ya dentro del feminismo y el movimiento de mujeres se ha abordado estas discusiones. Ya en los círculos feministas de mujeres afros en los 70, Angela Davis, y Patricia Hill Collins, activistas por los derechos de los afroamericanos, feministas pertenecientes al Black Feminism, planteaban la naturaleza transversal de la clase, el sexo y la raza al desafiar el dominio de las mujeres blancas de clase media, en el movimiento social de mujeres de la época, en un esfuerzo por contrarrestar la “blancura” de la teoría feminista (Curiel, 2007: 95). Y en Europa, las feministas socialistas desarrollaron teorías sobre las conexiones entre racismo, sexismo y privilegio de clase en sus estudios sobre “mujeres y trabajo”.

Si bien es cierto que el feminismo supone la toma de conciencia de las mujeres como grupo o colectivo humano, de la opresión, dominación, y explotación de que han sido y son objeto por parte del colectivo de varones en el seno del patriarcado bajo sus distintas fases históricas de modelo de producción, lo cual las mueve a la acción para la liberación de su sexo con todas las transformaciones de la sociedad que aquella requiera. También es cierto que ha habido una marcada diferencia entre nosotras. Claro sufríamos de muchas opresiones, pero no ha sido igual para todas. En el caso de las mujeres negras/afrodescendientes, por ejemplo, hemos sido discriminadas, por nuestro color de piel, por ser una población mayoritariamente pobre y sin acceso a la educación por tanto, al menos en el contexto colombiano muy pocas son productoras de conocimiento, por eso a veces se crea un distanciamiento y una especie de brecha y elitismo entre mujeres, pero además, son muy pocas las mujeres negras/afrodescendientes que hacen parte de los espacios de poder dentro en los movimientos donde se toman las decisiones. El feminismo empezó a darse cuenta y a ser consciente de que había una diferencia y desigualdad entre mujeres y ese feminismo que abarcaba a todas se convertía en excluyente esas que estaban por fuera eran las otras (Maldonado, sf: 2). El feminismo siempre se refería a “las mujeres” pero lo que afirmaba no era en realidad aplicable sin matices a todas las mujeres, sino a una parte de éstas: las blancas, de clase media, heterosexuales, etc. Las otras no hacían parte de estas luchas que se hacía tan excluyentes como el mismo patriarcado. Quiero hacer aquí una claridad, tal vez cuando enuncio este problema desde el lugar de las mujeres negras/afrodescendientes en este texto, es para mostrar no solo como hemos tenido que dar unas luchas diferentes apoyadas en el feminismo negro, no solo contra el patriarcado sino contra la opresión y la exclusión de otras mujeres.

Como lo manifiesta Betty Ruth Lozano, quien es socióloga, docente e investigadora negra/afrodescendiente en uno de sus múltiples artículos “El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas” y en nuestro caso hemos venido construyendo desde el legado de nuestras ancestras cimarronas y palenqueras, un feminismo otro que cuestiona los planteamientos universalistas del feminismo eurocéntrico y andinocéntrico, transformándolo y enriqueciéndolo (Lozano, 2010:15). Yo misma soy el vivo ejemplo de una lucha incesante por no recorrer el mismo camino de mi madre y otras mujeres, pero

para ello he tenido que enfrentarme a múltiples obstáculos de una dinámica social y cultural que a las mujeres negras/afrodescendientes nos cuesta más por unas condiciones históricas ampliamente reconocidas. En una entrevista con Betty Ruth Lozano después de una conferencia que la invité a la Universidad Central yo le preguntaba a ella el porqué de la exclusión, de la marginalización y el no reconocimiento de algunas feministas hacía otras mujeres, inclusive a hacia otros feminismos y me contestó:

Yo creo que es un problema de poder porque, reconocer las voces de otras significa también reconocerle poder a esas otras, darles reconocimiento, entonces eso significa que ya el 30% de las cuotas políticas no van a ser todas de estas mujeres, sino que en el seno del feminismo encontramos posiciones hegemónicas de algunas mujeres que lo han hecho excluyente e invisibilizador: toca repartir entre indígenas, negras y populares y entonces el poder de esta clase de mujeres se termina diluyendo, entonces allí lo que hay es la defensa de los intereses de una clase. En últimas, esa es la cuestión fundamental.

Hay unas mujeres que son feministas pero que pertenecen a determinada clase social que tienen un capital cultural que han heredado de su clase y, se puede decir entonces, que estas mujeres están más facultadas para ejercer cargos públicos, para ser directoras y dirigentes en determinados ámbitos de lo público. Mientras que hay mujeres negras, indígenas, campesinas y populares que no tienen ese capital cultural y que también con base en eso se justifica la exclusión de estas mujeres de esos ámbitos; o sea, no podrían representarnos a las mujeres porque no tienen la educación, no tienen la capacidad y no tienen la formación para representarnos. Y estas mujeres sencillamente no quieren repartir el poder, no quieren ceder lo que sería su poder en estos espacios con las otras mujeres. Para mí es clarísimo que es un problema de poder. Y las feministas dicen, están las mujeres ahí contempladas porque en los escritos ya hablan de las mujeres en plural o hablan de las mujeres negras y campesinas, pero todo esto se limita a una retórica discursiva que realmente en la práctica no tiene ningún asidero.²⁸

Así como aprendí sobre género y feminismo, pude ver y entender cómo dentro del movimiento feminista y el movimiento social de mujeres hay unas tensiones que no se han podido resolver, originadas por la gran diversidad de las mujeres que los componen, pero también por posturas hegemónicas, discriminatorias y excluyentes que hacían complicadas la relación y el reconocimiento de las otras en estos espacios. Esto se explica también dentro de su gran diversidad y la desigualdad entre las mujeres. En el caso del feminismo

²⁸ Betty Rut Lozano , feminista y docente universitaria ,entrevista 13 de mayo de 2012

²⁸ Sol Suleidy Gaitán, coordinadora del grupo de facilitadoras de la IMP, entrevista 02 de mayo de 2014

negro, las mujeres han venido evidenciando, situaciones como la anterior reclamando de las mujeres blancas más reconocimiento y visibilización dentro de un mundo plural y diverso.

La medición de fuerzas, la ostentación o las relaciones de poder no son elementos o condiciones que sean exclusivas del movimiento social de mujeres. Dentro de los movimientos sociales en general encontramos que, éstos construyen identidades colectivas, pues no surgen como identidades sociales y esenciales. Éstos están inscriptos en dinámicas de conflicto, en contextos espacio- temporales específicos. Esto lo digo porque estando en la IMP, seguía viendo como frecuencia como seguían los reclamos permanentes de muchas mujeres que veían como se seguían ejerciendo las relaciones de poder en la IMP. Quienes reclamaban eran mujeres de la base, las populares y las que pertenecían a grupos étnicos racializadas. En este caso las mujeres negras/afrodescendientes porque las indígenas ya no estaban. Estas relaciones de poder y tensiones se hacían más evidentes con sectores como las académicas, sindicalistas, políticas y funcionarias públicas en el movimiento feminista y de mujeres. Las mujeres excluidas y discriminadas, sienten que sus peticiones no son tan visibles en las agendas y acuerdos políticos que se hacen entre mujeres. Tal era el caso de la Agenda de Mujeres por la Paz, de la Alianza donde las mujeres negras decían no sentirse recogidas y argumentaban además que el tema del racismo, no era un tema que le interesara discutir a la IMP, porque no era algo que afectara a la mayoría.

Con los antecedentes de la primera ruptura de la IMP en sus inicios, por lo hechos anteriormente contextualizados, donde organizaciones fundantes de la alianza se retiraron por diferencias políticas y metodológicas, vendría otra segunda ruptura que literalmente debilitó la Alianza, de ella hablaré más. Esto me mostró cuán difícil es sostener alianzas aun entre mujeres, con juegos de poderes y protagonismos colectivos e individuales. Yo era de las que creía que las reivindicaciones del feminismo se daban de manera igualitaria para todas, pero al conocer más de las organizaciones del movimiento de mujeres y de las feministas me di cuenta que no era así. Ese fue uno de mis grandes aprendizajes.

En la IMP pude ver y sentir ese juego de poder y los intereses que se movían desde estas organizaciones. Por ejemplo, la Iniciativa de Mujeres Colombianas Por la Paz, era una de las organizaciones de mujeres más reconocidas del país. Y como muchas ONG de este tipo no solo era una gran canalizadora de grandes recursos, sino que quienes están a la cabeza

de estas organizaciones gozan de gran reconocimiento y prestigio en el círculo donde se mueven. Por eso suelen ser a veces, autoritarias, antidemocráticas y quieren además permanecer en el poder.

Este parecía ser el caso de la IMP, que siempre estuvo dirigida por Patricia Buriticá, apoyado por la Comisión Política y Metodológica, quien orientaba las políticas de la Alianza y el Equipo Nacional de Coordinación, integrado como lo había mencionado anteriormente por mujeres de todas las regiones y sectores. Lo menciono porque durante el tiempo que yo estuve en la IMP, primero como facilitadora y después como coordinadora de facilitadoras, siempre observé mucha tensión entre la directora y algunas mujeres que integraban estos dos espacios donde se tomaba las decisiones.

Yo particularmente, tuve la oportunidad de participar en muchos procesos de la iniciativa como facilitadora y después como coordinadora del equipo de facilitadoras cuando reemplacé a Sol Suleydy, quien había dejado la coordinación del equipo y en su reemplazo la Comisión Política y Metodológica propuso mi nombre para el cargo y en plena reunión del Equipo Nacional fui elegida como coordinadora del equipo de facilitadoras. La responsabilidad era grande, porque en cabeza de la facilitadora y su equipo, estaba la elaboración de todo el proceso metodológico para la incidencia política, para la organización de las asambleas y las reuniones del Equipo Nacional, además de la coordinación de todas las facilitadoras a nivel nacional Este cargo me permitiría conocer más de cerca las dos instancias de decisiones. En la Alianza estuve tres años y recuerdo que para agosto de 2007, se elegiría de nuevo Comisión Política y Equipo Nacional, para ello y después de varias reuniones regionales donde se escogieron las representantes del nuevo Equipo Nacional, a propósito casi todas reelegidas. Se procedió a hacer con estas delegadas la asamblea para elegir la nueva Comisión Política. Desde estas reuniones ya se veía un malestar porque se rumoraba que desde la oficina se venía haciendo campaña para que no reeligieran a algunas mujeres que eran la piedra en el zapato de las sindicalistas y sus aliadas, porque siempre las estaban interpelando. Hago claridad que estas sindicalista no eran feministas y había un distanciamiento bastante grande en las prácticas políticas y en el trato a otras mujeres. Claro como yo era más amiga de quienes después se convirtieron en la disidencia de la alianza, por que venían insistiendo en las mismas reclamaciones de

siempre, debo suponer que se cuidaron mucho de que yo no me enterara. Lo cierto es que en el primer taller que se realizó para escoger una delegada al Equipo Nacional y que posiblemente llegaría a la Comisión Política y Metodológica, que fue el del sector de mujeres jóvenes realizado en Bogotá, y que yo coordiné, habían para esta elección como tres candidatas. Incluía Diana Gómez una joven antropóloga feminista, muy crítica del proceso y que en ese momento era la representante por el sector de jóvenes a la Comisión Política y Metodológica, hacía parte del equipo de facilitadoras y que aspiraba a ser reelegida. Ese día al realizarse las elecciones, ganó con más de la mitad de los votos, la chica la representante de los santanderes. Los argumentos que daban las jóvenes para no haber reelegido a Diana no eran claros y más cuando casi todas reconocían su buena gestión. Este evento estaba cargado de tensión por la situación anteriormente mencionada. Salimos a almorzar como a las dos de la tarde, después de la elección y de terminar el evento y, almorzando la chica representante del Cauca, mencionó que a ella la habían llamado de la oficina de la Alianza a decirle que no podían reelegir a Diana Gómez, como representante de las jóvenes. Al parecer habían llamado a otras regiones a hacer lo mismo los días previos a la elección desde la oficina, especialmente llamaron a las coordinadoras municipales aliadas de la directora de la Alianza, de la coordinadora del proyecto y de la coordinadora de las regiones para que no reeligieran a algunas mujeres de la Comisión Política y Metodológica. Lo cierto es que al día martes en reunión en la oficina yo puse en conocimiento la situación porque en las regiones esto ya era del conocimiento de muchas mujeres.

Con las elecciones de las delegadas por sectores se programó el encuentro del Equipo Nacional para elegir nueva Comisión Política y Metodológica, la situación en la oficina era tensa, yo me dediqué a preparar la metodología para ese evento porque además de la elección se iba a hacer un balance del trabajo del primer semestre y ahí iban a estar los delegados de la Sindicato de Trabajadores Suecos (ST), quienes llegaban esa semana de Suecia. Lo cierto es que llegó el gran día y nos reunimos en el hotel Sui Jones en Bogotá, jueves, viernes y sábado. Los dos primeros días y hasta el sábado a medio día se hizo el balance del trabajo realizado en las regiones, después de almuerzo se debía elegir la Comisión Política y Metodológica. La elección empezó bastante tensa pues se sabía de los

antecedentes que rodeaban la elección, comenzando la reunión se pusieron las cartas sobre la mesa; acusaciones, argumentos y razones de un lado y otro.

Por un lado se hablaba de cómo se estaba invirtiendo el dinero de la alianza, mencionaban que habían una decisiones políticas que no se consultaban en la alianza y la más complica la que amerito consulta previa nacional, fue la invitación que le hizo el presidente Álvaro Uribe Vélez a Patricia Buriticá para que hiciera parte por el sector de las mujeres de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación- CNRR; en representación del movimiento de mujeres. Pues era sabido que la IMP, venía haciendo un trabajo fuerte en todo el país con las mujeres víctimas del paramilitarismo. Importante mencionar que este ofrecimiento no cayó muy bien en muchas de las organizaciones del movimiento de mujeres y generó el distanciamiento de la IMP con muchas de esta organizaciones que criticaban el gobierno de Álvaro Uribe, especialmente por el tema de derechos humanos y violencias contras las mujeres por parte del paramilitarismo que no se había querido reconocer. En el caso interno de IMP, después de varias discusiones y aunque Patricia no contaba con la aprobación de toda la alianza, aceptaron que tomara el cargo de manera provisional con ciertas condiciones. Ella debía dar cuenta de cómo iba el avance en los temas pertinentes a las mujeres, especialmente el tema de las violaciones perpetradas por los paramilitares a las mujeres, tener una actitud crítica y de distancia frente al gobierno, dicen algunas de sus detractoras que este trato no se cumplió. Esto generó además, muchos más distanciamiento de la IMP con el movimiento social de mujeres y generó igualmente desacuerdos y fracturas en la alianza por que sentían que su estadía allá era una traición a la confianza política del movimiento de mujeres y de la IMP. Este y algunos otros desacuerdos como la exigencia de alguna mujeres de la Comisión Política y Metodológica y del Equipo Nacional para que se hicieran usos más democráticos de los recursos y se desconcentraran, es decir, que los recursos que llegaran se repartieran de acuerdo al tamaño y participación de las regiones. Estas mujeres creían que a pesar de que las decisiones se tomaban en los espacios pertinentes; la directora de la Alianza, y la coordinadora administrativa tomaban otras decisiones a espaldas de ella, sin que hubiera un efectivo control político y transparencia en el manejo de los recursos. Sumada a las anteriores el problema de las representaciones tenía un nuevo capítulo, pues algunas de las sesiones se había discutido la poca representación de la multiplicidad de la Alianza tanto regional como

por sectores para fortalecerlos y que estas tuvieran representación en la Comisión Política, eso significaba hacerla más amplia. Entre discusión, acusaciones que iban y venían, ese día la reunión se prolongó como por más de 12 horas, hasta las 3:00 a.m. y porque este espacio estaba dividido en dos bandos y no se llegó a un acuerdo y en presencia de los delegados del Sindicato de Trabajadores Suecos (ST), la Iniciativa se rompió a mediados de agosto de 1997.

Esto marcó el comienzo del final de un trabajo de más de cinco años. A pesar que esa noche estaba reunida el equipo nacional, creo que al final de la discusión no pesó mucho la opinión de las delegadas casi que la decisión de romper la alianza quedó en cabeza de la Comisión Política y Metodológica. Después de la ruptura la IMP, quienes estaban del lado de las sindicalistas se quedaron con la organización y las disidentes, optaron por retirarse de la iniciativa. El grupo de disidentes lo lideraron mujeres de la Costa Atlántica, algunas de Bogotá y una parte de las del sur del país. Después de la ruptura y de mi posterior salida de la alianza en diciembre de 2007, supe que esta quedó muy disminuida porque salieron mujeres y regiones importantes para el trabajo que se venía desarrollando.

La IMP en su momento se consolidó como una de las organizaciones más reconocidas en el movimiento social de mujeres en Colombia junto con la Ruta Pacífica de las mujeres entre otras, desde la perspectiva de sus roles de género creo yo, se constituyó como un espacio de construcción colectivo que lo que interpeló siempre las acciones del gobierno y de los actores armados a favor de una solución pacífica del conflicto armado, donde pudieran intervenir las mujeres como víctimas sobrevivientes de este conflicto. Debo reconocer sin embargo, que hacía afuera e internamente se creó un problema de legitimidad, de medición de fuerzas y relaciones de poder heredadas del patriarcado, que no le dieron importancia ni relevancia a otras identidades y subjetividades donde sus demandas tenían resistencia por parte de alguna de sus miembros. Hay que recordar además que la IMP, era una alianza conformada por organizaciones y mujeres de diferentes sectores sociales y grupos étnicos donde confluían las feministas, que en últimas eran las que estaban más insistían en las demandas que se le hacían a la Alianza. Entre las feministas y las otras siempre hubo una tensión en ese sentido nunca se resolvió y terminó en una segunda

ruptura de ésta. La heterogeneidad en vez de enriquecer la organización se convirtió en su talón de Aquiles.

Feminismo, academia y militancia: hacia otros horizontes

Cuando terminé mi contrato con la IMP, a pesar que en gran parte de mi vida había tenido empleos temporales, mal pagos y sin garantías, sentía que de ahí en adelante mi vida sería diferente. Ya tenía un acumulado de conocimiento que me serviría para moverme en espacios diferentes a los que me movía antes del trabajar ahí. Pero, además, había conocido una cantidad de personas, especialmente mujeres, con las que había interactuado y que no solo me motivaban, sino que de ellas había aprendido mucho. Tenía claro que de esos procesos que yo había vivido como activista de comunidades negras y de lideresa comunitaria en Villa Paz a lo que vi en la IMP y en otras organizaciones de mujeres había un abismo. Esto era mucho más complejo, no solo en las maneras como se articulaban, sino en sus prácticas políticas.

Después de los inconvenientes y dificultades que tuve que vivir en la IMP, en diciembre de 2007 terminé contrato y yo sabía que no me lo iban a renovar, por mi afinidad con el grupo disidente en las demandas que hacían a la Alianza, para ellas era como tener una infiltrada en la casa, porque estaba convencida por mi condición étnica y lo había visto además, que ahí había prácticas de exclusión y que los recursos no estaban distribuidos equitativamente inclusive las facilitadoras estaban de acuerdo con el ala disidente, por eso al romperse la alianza acabaron con este el grupo. Siendo coordinadora de facilitadoras, siempre sentí que había un manejo de poder bastante grande por parte de Patricia Buriticá, una mujer un poco autoritaria, quien había generado unas lealtades por parte de algunas lideresas de tal manera que hacían lo que ella decía y las puso en contra especialmente del sector de las feministas y las facilitadoras, claramente ahí se veían dos fuerzas en pugna, con la ventaja de que de Patricia y Ángela Cerón administraban la Alianza, eran ellas quienes conocían el manejo de la IMP y quienes se entendían con el Sindicato de trabajadores Suecos y con la Agencia de Cooperación Sueca ASDI, siempre tuvieron el sartén por el manco

Desde el momento que hubo la ruptura de la alianza, yo supe que las cosas dentro de esta no iban a ser fáciles para mí. La división de la alianza había generado cambios sustanciales,

no solo de carácter administrativo sino del trabajo que se venía haciendo en las regiones. Algunas mujeres de Bogotá se habían retirado, al igual que todas las representantes y coordinadoras de la Costa Caribe; igual que las representante del Huila y sus respectivas organizaciones y quien coordinaba el trabajo en el Chocó. De agosto a diciembre fueron cinco meses que trabajé con mucha tensión. A pesar de ser la coordinadora de facilitadoras y de estar organizando los próximos eventos, sentía que me ocultaban cosas. Supongo que ya no confiaban en mí porque había hecho parte del equipo de facilitadoras quienes fueron críticas con el proceso de la IMP, porque yo conocía lo que pasaba en las regiones, pero además, yo era afín al grupo disidente y suponían que tal vez que yo pudiera darles a ellas información de lo que pasaba en la alianza. Consciente de que no me renovarían contrato porque ya alguien de la oficina me lo había dicho, me dediqué a realizar mi trabajo lo mejor posible. En septiembre me notificaron que ya no se necesitaba coordinación de facilitadoras y me asignaron como asistente de comunicación de Aleida Patarroyo, supuse yo creo que esa medida era porque así me mantenían al margen de mucho de los proyectos y de información que como coordinadora de facilitadora pasarían por mis manos. En noviembre me informaron que había recorte de personal por presupuesto y que ya no se necesitaba coordinación de facilitadoras y que para lo que se hacía en comunicación, Aleyda lo podía hacer. Por supuesto no discutí el asunto y lo último que hice fue ayudar a organizar y facilitar un evento de cierre Paipa que se realizó en diciembre de 2007 un fin de semana. Estuve dos días en el evento y para el día domingo se había preparado un asado y una fiesta de despedida con todas las mujeres que habían venido delegadas de las regiones. Ese sábado terminaba mi responsabilidad con la Alianza, así que entonces decidí no quedarme para la fiesta de despedida y en el cierre del evento me despedí de todas las mujeres públicamente. Argumenté que tenía un compromiso en Bogotá y que nos veríamos en 2008 en la próxima ronda de talleres en las regiones y esa misma noche me fui de Paipa con una profunda tristeza porque a diferencia de la coordinación de la alianza, yo sentía que gozaba del aprecio de muchas de las mujeres, eso lo veía cuando fui a facilitar muchos de los talleres que se hicieron en los municipios, despedirme así, me dolió muchísimo. Decirles que no iba a estar en la IMP para el siguiente año, implicaba entrar a dar explicaciones del porque me iba y no quería hacerlo, porque creía que era dar una batalla sin aliadas, supuse.

Comencé el año 2008 desempleada pero con la esperanza de poder conseguir un trabajo pronto, todavía me llenaba mi paso por la IMP, haber estado ahí, había sido para mí una de las mayores experiencias vividas, no solo por la gente que conocí, si no que aprendí otras maneras de ver la vida, de leer y ver las diferentes realidades de las mujeres en Colombia, especialmente aquellas que sufrieron y sufren los horrores del conflicto armado. Muchas veces me sentí impotente ante el drama de varias de ellas, quienes habían sido víctimas de violaciones, ultrajes, pérdidas familiares, humillaciones y desplazamiento entre otros flagelos.

En el mes de enero y parte de febrero me la pasé buscando qué hacer. Por eso procuré no perder el contacto con mis excompañeras de la IMP, especialmente las que habían sido facilitadoras, cuatro de ellas trabajaban con la Política Pública de Mujer y Géneros y a través de ellas seguía conectada con actividades del Distrito. Una de estas amigas, Elizabeth Quiñonez, reconocida feminista y quien coordinó el equipo de facilitadoras al inicio de la IMP y después hizo parte de Comisión Política Metodológica y junto con otras mujeres habían impugnado algunas acciones de la IMP y hacía parte de las disidentes. Ella me dijo que la Política Pública de Mujer y Géneros iba a hacer un video sobre un proyecto llamado “Escuelas del Cuerpo, desde el movimiento hacia nuevas subjetividades e identidades” y ella me había recomendado con la persona encargada para que yo lo realizara, porque sabían que yo era productora audiovisual y conocían de lo que yo había hecho en la IMP. Hablé con la persona encargada y ella me indicó las condiciones del proyecto, qué papeles debía llevar para que me asignaran el contrato y el tiempo de ejecución. Este proyecto hacía cuerpo hacía parte del derecho a la Educación con Equidad contemplado en el Plan de Igualdad de Oportunidades para la Equidad de Género en el Distrito Capital 2004-2016 que se venía desarrollando desde el año 2005 en las localidades de Suba, Bosa, Engativa, Candelaria, Ciudad Bolívar y Kennedy. Estas actividades se realizaban en un Instituto de Educación Distrital por cada localidad previamente seleccionada a través de unos talleres de sensibilización corporal con un grupo de 30 estudiantes de igual número de mujeres y hombres de los grados 9^a y 10^a por colegio. Este proyecto se establece como una de las estrategias integrales que permitieran la autoafirmación y la autonomía en el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos en la

construcción de los proyectos de vida de las y los jóvenes vinculadas y vinculados al sistema educativo.

Finalmente me eligieron para la elaboración del video y en la producción de este me demoré un mes, en las grabaciones de los talleres y las diferentes entrevistas. Para solventar el proyecto, mientras desembolsaban el dinero de la producción, pagué con mi dinero la preproducción y parte de la producción, con el compromiso de que me darían un adelanto en la entrega del video de un 50% y en un mes me darían el resto, cosa que no pasó, porque me dieron la mitad y se demoraron como siete meses. Lo que le propuse a quien estaba encargada del proyecto le gusto, además, tuve la ventaja que trabajé con Enrique Garzón, un amigo que es productor y documentalista y quien puso todos los equipos de producción y edición. Para la puesta en escena de un dramatizado sobre cómo se maneja el tema del cuerpo en los colegios, contraté al grupo de teatro Huitaca, del cual yo hacía parte desde 2005. Para mi fortuna las cosas se dieron y el video gustó mucho, se le dio una copia a la mayoría de colegios distritales y a las organizaciones de mujeres, yo debía entregar inicialmente 300 copias del video y después de repartirlo me encargaron 50 más para las organizaciones que faltaron.

Durante el tiempo que estuve desempleada trabajé en la producción del video, Después de realizarlo, me habían pagado la mitad de la plata y eso se me había ido todo, más lo que lo que yo había invertido de lo que había guardado de mi último sueldo de la IMP. El video me había dejado sin dinero, entre abril y junio tuve que sobrevivir con muy poco. En esos meses aproveché para ir a los eventos que programaba la Política Pública de Mujer y Géneros, aprovechando el éxito del video me hice más visible. Me integré al colectivo de teatro feminista Huitaca, ubicado en Ciudad Bolívar, dirigido por mi excompañera de IMP Sol Suleydy Gaitán. Creado para trabajar a través del teatro la prevención de violencias contra las mujeres en la localidad, hacíamos actividades como cine foros, montajes con títeres y obras de teatro en nuestra. Participamos además, en festivales de teatro locales y distritales y tuvimos la oportunidad de tener una capacitación y participar de un proyecto de teatro para mujeres que había conseguido la Corporación Colombiana de Teatro a través de Patricia Ariza, y que se dio con el apoyo de redes internacionales como Magdalena Project y Magdalena Norway de Noruega. Esto nos llevó a participar en el Festival Alternativo de

teatro de 2008 que se año hacía alusión a las afectaciones de las mujeres por el conflicto armado colombiano y se denominó, “Mujeres Arte y Parte en la paz de Colombia” con la obra “La denuncia”. Esta obra nació de la producción del colectivo y giró alrededor de la vida de Jaime Gómez, un reconocido ex-sindicalista de la ETB quien para el momento de su desaparición y posterior asesinato era asesor de la exsenadora Piedad Córdoba. Diana, su hija, quien hacía parte del colectivo, había trabajado como facilitadora e hizo parte de la Comisión Política y Metodológica de la IMP, se encargó del libreto y lo ajustamos en colectivo para montaje. Me parecía importante trabajar el teatro como una herramienta de difusión y concienciación frente a las violencias que vivimos la mujeres.

En los pocos meses que estuve sin trabajo en el 2008, el Colectivo también me designó para que atendiera una invitación que nos había hecho la Fundación Esquina Regional a un proyecto denominado “Mujeres contando en voz alta: la memoria de todas” proyecto que contaba con el apoyo de mercadeo social de RCN radio y el Politécnico Grancolombiano. El proyecto estaba dirigido por Carlos Rivera y Nelly Valbuena, esta última docente, periodista y directora de la Fundación y de la revista que lleva el mismo nombre. Mujeres contando en voz alta, buscaba recuperar por medio de la palabra y de la memoria experiencias de vida de mujeres lideresas de organizaciones sociales, para recrearlas y difundirlas a través de la radio masiva y comunitaria. Con ello se buscaba sensibilizar y concretizar esfuerzos sobre la necesidad de construir una cultura de paz a partir del reconocimiento y respeto por los derechos humanos de las mujeres, con equidad de género y diversidad cultural y étnica. En este proyecto tuve la oportunidad de participar en un diplomado sobre igualdad de género y derechos de las mujeres. A este seminario que se dictó en el Politécnico Grancolombiano, asistieron mujeres lideresas representantes de varias organizaciones (Población LGTBI, indígenas, afros, campesinas, organizaciones comunitarias, Jóvenes, desplazadas, presidentas de Juntas de acción comunal entre otras) con las que al final se hicieron varios programas de radio donde cada una contaba su historia o historias conocidas sobre vulneración de los derechos de las mujeres. En mi caso particular, no apelé a mi propia experiencia, sino que creé unas historias cortas de mujeres víctimas del conflicto armado, basadas en la experiencia vivida en la IMP. La historia de cada una de las participantes, fue grabada y transmitida en un espacio radial, que el

proyecto tenía. “Mujeres contando en voz alta” asignado en RCN radio, muchas de nosotras como es mi caso, participamos varias veces en el programa.

Esta experiencia fue muy enriquecedora para mí porque tuve la oportunidad de replicar lo aprendido no solo en el Colectivo Huitaca, sino que trabajamos con algunas mujeres de Ciudad Bolívar lo aprendido en el diplomado. De este trabajo quedó además una amistad con muchas de estas mujeres con las que concedía a veces en muchos eventos del Distrito donde teníamos la posibilidad de aportar desde nuestras experiencias individuales y colectivas con las que pudimos hacer trabajos posteriores como colectivo. Igualmente me dejó una amistad con Nelly Valbuena directora del proyecto quien nos apoyó después con muchas actividades y difusión de información a través de la revista La Esquina Regional. Hoy ella es docente en Ecuador, sigue con la revista y hace desde allá el programa de mujeres contando en voz alta, el cual transmite para toda América Latina desde una emisora por internet.

A pesar de estar metida en el activismo necesitaba trabajar y le había recomendado a mis amigas que trabajaban en la Política Pública de Mujer y géneros que cuando supieran de convocatoria me avisaran. En esos ires y venires del activismo y estando en la IMP, habían conocido a Rosa Emilia Salamanca, directora de la Corporación de Investigación y Acción Social y Económica-CIASE, a ella me la volví a encontrar en las mesas locales de participación en donde tuvimos tiempo para compartir. Un día, en una actividad que realizaron las mujeres de las diferentes localidades en uno de los salones del Consejo de Bogotá, convocada por las Política Pública de Mujer y Géneros, coincidimos en el mismo grupo de trabajo y yo me presenté como comunicadora social- organizacional y al terminar el evento Rosa Emilia me dijo que ella no sabía que yo era comunicadora social y que en Ciase estaba necesitando una persona para la oficina de prensa para que le ayudara a José Luis Palacios quien era el encargado coordinar el área de comunicación en la Corporación esa misma semana se la envió por correo y José Luis Palacios, y ella me hicieron la entrevista, a la siguiente semana, me llamaron para que entrara a trabajar, eso sí por mucho menos de lo que me ganaba en la IMP. Reconozco que me hubiera gustado además de la comunicación, trabajar también en los ejes estratégicos de CIASE, especialmente el eje de equidad de género y derechos humanos de las mujeres, pues venía de trabajar en la IMP fuertemente el tema de derechos humanos y equidad de género. Trabajar en comunicación

no me disgustaba, sin embargo, ya lo había hecho en Sí Colombia y en mis últimos meses en la IMP. José Luis y yo no encargábamos del área de información y comunicación, y hacíamos todas las piezas comunicativas (*podcast*, videos, *brochures*, libretos para programas radiales, pendones, carteleras y afiches). Debíamos hacer los comunicados de prensa, alimentar la página web, enviar las convocatorias para los eventos y grabar los eventos, entre otras muchas actividades.

Estando en CIASE, la Política Pública de Mujer y Géneros convocó a todas las organizaciones del Distrito que trabajaran en temas de mujeres a una reunión para seleccionar las representantes del Consejo Consultivo de Mujeres. El Consejo Consultivo, es la instancia de coordinación entre los procesos y las organizaciones de mujeres del Distrito Capital y la Administración Distrital, en el marco de la Política Pública de Mujer y Géneros. Es un organismo de carácter técnico y político, que representa las necesidades e interés de las mujeres que habitan el distrito Capital, considerando la diversidad generacional, cultural, étnico-racial, territorial, socioeconómica e ideológica, de orientación sexual y las distintas capacidades motoras, visuales, auditivas, psicológicas y cognitivas. Este Consejo Consultivo de Mujeres, se había creado, en la administración de Luis Eduardo Garzón, pero se implementó en la administración de Samuel Moreno, siendo Clara López la Secretaria de Gobierno. Yo fui delegada por Huitaca para ir a la reunión y en representación de CIASE fue Lucy Niño una compañera que era la encargada en esta organización, del tema de derechos humanos y equidad de género. En la elección del Consejo Consultivo del Distrito las dos quedamos como integrantes, ella por el área de derecho a una vida libre de violencias y yo en el área del derecho a la salud plena. En total se trabajaban en este espacio seis derechos; los otros eran, derecho a la Participación y la Representación de las mujeres, derecho al Trabajo en condiciones de igualdad y dignidad, derecho a la educación con equidad y derecho a una cultura y comunicación libre de sexismo. Cada uno de estos derechos era representado por una organización que articulaba a otras para trabajar en llave con cada una de las áreas de derecho de la Política Pública de Mujer y Géneros. Estando en el Consejo Consultivo de Mujeres, el Alcalde a través de la Política Pública de Mujer y Géneros hizo un acuerdo con la Universidad Nacional de Colombia y la Escuela de Estudios de Género para hacer un diplomado sobre cualificación técnico-política de equipo corresponsable del desarrollo de la política pública de Mujer y

Géneros donde participarían todas las mujeres que hacían parte del Consejo Consultivo de mujeres y delegadas de algunas organizaciones de mujeres del Distrito que venían activas en la participación de la política Pública de Mujer y Géneros.

Debo decir que en esta parte de mi vida yo sentía que no era gratuito todo lo que estaba experimentado, veía cada vez más, que lo que hacía me llenaba y me enriquecía como mujer y como ser humano. Las cosas que había hecho no eran una simple manera de sobrevivir económicamente o cuestión de militancia. A esto me había llevado la vida. Creía firmemente que esta era una manera de ser y estar en el mundo y que me estaba construyendo y revitalizando como mujer negra/afrodescendiente. Puedo decir que aunque posiblemente yo no me hubiera reconocido abiertamente feminista mis prácticas estaban en función de este.

La educación superior: un espacio para el fortalecimiento étnico y la equidad género

Cuando llevaba como unos ocho meses trabajando en Ciase, en enero de 2009 me llamó una mi amiga, Paola Torres y me dijo que Enrique Bautista, quien había sido mi profesor y director de la carrera de comunicación organizacional de la Universidad Central, me necesitaba. Tan pronto pude fui y lo busqué en la universidad para ver para que me necesitaba, hacía como dos años yo no lo veía ni el sabía de mí. Al encontrarme con él me comentó que desde el 2004 estaba coordinando el Programa de los Cursos de Contexto, programa que dependía de la Vicerrectoría Académica y que quería que yo fuera docente de este programa. Estos cursos que tenía entre sus objetivos y en el marco de la formación integral y en relación específica con la autonomía universitaria, responder a los propósitos institucionales de mejoramiento continuo de la calidad y de cumplimiento de los postulados estatutarios expresados en el Proyecto Educativo Institucional. El fin de estos cursos es potenciar las capacidades intelectuales, sociales, estéticas y éticas de los estudiantes que cursan diferentes carreras profesionales en la Universidad. Estos cursos además, promueven el conocimiento y la reafirmación de los valores con miras a la incorporación integral de los colombianos en los beneficios del desarrollo artístico, científico y tecnológico. De igual forma, estimulan el goce de la cultura y la protección, y aprovechamiento de los recursos

naturales. Lo anterior se enmarca en la función social de afectar las formas de mirar el mundo actual globalizado y los fenómenos que éste produce en lo local.

La propuesta me sorprendió: era un reto. ¿Ser docente universitaria? Pregunté a Bautista por qué me quería como docente del programa, si carecía de experiencia en docencia universitaria. Me respondió que él conocía de mis capacidades desde que yo fui su alumna, y además quería tener a su lado a gente de confianza. El inconveniente para aceptar el cargo, sin embargo, radicaba en que trabajaba de tiempo completo en Ciase. Él me sugirió entonces que hablara con Rosa Emilia, la directora, para trabajar medio tiempo allá y medio en la universidad. Yo lo veía complicado, por las actividades que tenía en esta organización. Esta nueva experiencia de ser docente me llamó la atención, por eso hablé con Rosa y, aunque lo veía complicado por las actividades que había que desarrollar, acepto. En la mañana trabajaba en Ciase y en la Universidad Central. Este medio tiempo en ambos espacios duró solo tres meses porque el ritmo de trabajo me estaba produciendo agotamiento físico y estrés porque en ambos lados tenía mucho trabajo en ese momento. En marzo de 2009, Enrique me dijo que me iba a solicitar como docente de tiempo completo, porque necesitaba que asumiera otras funciones en el programa. Estas funciones era trabajar toda la comunicación y producción de las piezas comunicativas. A finales de marzo salió el nombramiento y yo renuncié a Ciase.

La experiencia como docente universitaria ha sido única y de mucha responsabilidad. Aparte de ejercer la docencia yo me encargo en los Cursos de Contexto ahora con otro compañero de la parte de comunicación. Debo decir que en esta experiencia he contado con el apoyo necesario de mi jefe para aplicar todo esos conocimientos que adquirí en mi trasegar por las organizaciones de mujeres, en mi activismo feminista, de equidad de género y asuntos étnicos, pues en muchos de los de cursos que dictamos me han permitido incluir las perspectivas étnicas y de género. Estoy convencida que éstos elementos deben transversalizar la educación del siglo XXI Como docente procuro trabajar con los estudiantes afrodescendientes temáticas que fortalezcan su identidad como hombres y mujeres afros. Con el apoyo de la Universidad, estoy trabajando en revivir la Asociación de Estudiantes Afros, AFROCENTRAL. El enfoque diferencial y de género debe ser parte de

una política educativa que enseñe el respeto y el reconocimiento del otro o la otra en un camino hacia la igualdad de derecho.

Los Estudios Culturales en mi vida

Desde que estaba trabajando en Ciase, tenía la intención de hacer una maestría y había pensado en presentarme a la Maestría en Estudios de Género- Área mujer y desarrollo de la Escuela de Género de la Universidad Nacional, por el interés que tenía en el tema de Equidad de Género. Pero quise explorar otras posibilidades, y así fue como llegué a la Maestría de Estudio Culturales de la Universidad Javeriana. Me decidí por ésta, porque me brindaba la posibilidad desde la interdisciplinariedad de abordar e indagar sobre múltiples temas. Más allá de lo étnico y de género, me interesa indagar sobre otros aspectos como (movimientos sociales, cultura, política, conflicto y paz entre otras líneas) y sabía que desde los Estudios Culturales lo podía hacer, porque, éstos ofrecen una nueva visión de las disciplinas desde los estudios de las ciencias sociales como lo plantea Grossberg. Los Estudios Culturales son una manera de habitar la posición del académico, el profesor, el artista y el intelectual, una manera entre (muchas) de politizar la teoría y de teorizar la política (Grossberg, 2009: 18). Creo que los Estudios Culturales nos permiten a quienes estamos inmersos en este campo, transgredir las disciplinas y entender que en ninguna de ellas está la verdad, pero como ninguna otra, se servirá de ellas para dar respuesta a algunas inquietudes y problemas, siendo crítica frente a sus objetos de estudio y en la manera como se produce el conocimiento. Si bien es cierto, los Estudios Culturales han sufrido una serie de críticas deslegitimadoras, por considerarlos una antidisciplina que le falta rigor o que reproduce los cánones normales de las otras disciplinas. Estos surgen más bien como resultado de la insatisfacción respecto de otras disciplinas, no solo por su contenido sino por sus muchas limitaciones, de ahí su carácter posdisciplinarios, pero a pesar de eso, o tal vez por dicha razón, uno de los ejes fundamentales que los sigue definiendo es su relación con las disciplinas establecidas (Jamenson, 1998:72).

CONCLUSIONES

Aun hoy, discutir sobre las diferencias entre mujeres es complejo, y más cuando nos movemos en una sociedad que cada día se hace más plural y diversa. Eso lleva a pensar en la imperante necesidad de seguir en las discusiones y abrir los debates en cómo nos estamos viendo hoy las mujeres dentro del feminismo contemporáneo. Veo que es necesario hacer un ejercicio polifónico donde confluyan las voces de las mujeres que, en la actualidad, seguimos insistiendo en que no somos iguales.

A mi modo de ver, en ocasiones el hecho de reconocernos en la diferencia nos pone en desventaja frente a toda suerte de discriminaciones y exclusiones desde las miradas y las prácticas de las que a veces reconocemos desde nuestra orilla como las otras o los otros, en lugar de darnos un *plus* que aporte al feminismo o al movimiento social de mujeres. Si bien es cierto que el feminismo, en su larga lucha, se ha concentrado en evidenciar las diferencias que nos separan a hombres y mujeres en términos culturales y biológicos -sin que esto justifique la desigualdad entre géneros-, encontramos que desde hace algún tiempo se ha vuelto frecuente aludir dentro del feminismo que las mujeres no somos iguales. Y hacerlas visibles dentro del feminismo cobra interés porque nos hemos tranzado en la defensa de nuestros derechos como mujeres frente a los que ostentan los varones, mientras que las diferencia intragenéricas, se reducen a discusiones de poco interés, que se diluyen y se alejan cada vez más del centro de los grandes debates. Además, es claro como en los albores del feminismo parece que estuviéramos todavía pensando y haciendo un frente en esos que nos hacía común, la lucha sin cuartel en esta en contra de una sociedad patriarcal.

Aunque es cierto que, en sus comienzos, el feminismo unió a mujeres de diversas procedencias y condiciones sociales, creo que el fenómeno debía ocurrir de esa manera, porque en ese momento todas las mujeres, sin distinción alguna, estaban excluidas del derecho de ser ciudadanas de primera categoría (es decir, reclamar su derecho a sufragar). Ese era un elemento cohesionador dentro del feminismo que afectaba a todas; como lo manifiesta bell hooks,

Un principio central del pensamiento feminista moderno es el de que “todas las mujeres están oprimidas”. Esta afirmación implica que las mujeres comparten una suerte común, que factores como los de clase, raza, religión, preferencia sexual etc. no crean una diversidad de experiencias que determina el alcance en el que el sexismo será una fuerza opresiva en la vida de las mujeres individuales. (hooks, 2004:37)

Ante esta situación, la situación se torna problemática para el feminismo: ante la defensa de las diferencias y las desigualdades entre las mujeres y los hombres, no reparamos en el hecho de que invisibilizamos nuestras propias diferencias —al menos en lo que respecta a

una parte de las mujeres—. Eso da paso a ese feminismo excluyente que se contradice en sus principios porque hace de su lucha un hecho homogéneo, concebido desde un tipo de mujeres que se convierten en el único referente del feminismo (blancas, heterosexuales, clase media. etc.) que no nos cobija a todas.

La pregunta, entonces, es la siguiente: ¿dónde y cuál era la lucha de las otras mujeres? En el caso de las mujeres negras/afrodescendientes, por solo mencionar uno de los grupos de mujeres excluidos, estaba centrada en librar sus propias luchas desde lo que nos identifica como tal y que nos hace diferente a las otras. Considero que solo en el caso colombiano sin pasar nuestras fronteras, la palabra de la mujer negra/ afrodescendiente desde hace más de dos décadas está evidenciando la realidad de opresión, exclusión y homogenización que compartimos con los hombres afros, pero en nosotras por ser mujeres se siente doblemente y se agudiza más, porque son ellos quienes a veces ejercen el dominio del patriarcado con nosotras, eso por un lado; y por el otro somos víctimas de las exclusiones y discriminaciones de parte de las otras mujeres. Lo que implica que por un lado nos tenemos que defender contra el sexismo y por el otro lado contra el racismo y la exclusión. En ambos casos es un ejercicio de poder común dentro de nuestras comunidades, dentro del feminismo y el movimiento social de mujeres. Creo que en estos casos que expongo, debe haber un proceso reivindicativo con las mujeres negras/ afrodescendientes que implica el abandono de dichas prácticas.

Lo anterior me permite hablar desde mi experiencia como mujer negra/afrodescendiente y campesina, acerca de las relaciones que establecemos hombres y mujeres. Desde lo que he observado y vivido, recuerdo la forma en que nuestras vidas como mujeres estaban sujetas a cánones impuestos por un sistema machista y patriarcal que ha sobrevivido, anclado a unas prácticas sociales y culturales que van en detrimento de las mujeres y que, a toda costa, amparan y validan el ejercicio de poder que pone al hombre por encima de las mujeres como amo y señor de su cuerpo, su vida y su autonomía.

Entender lo anterior permite abordar otro tema vital en las relaciones de género: el papel de los hombres y las mujeres en la sociedad, o el rol que se nos ha asignado. Es claro que en este juego se evidencian las más profundas desigualdades. Los varones, por ejemplo, siempre han sido elementos claves en el orden productivo, lugar al que las mujeres hemos ido accediendo cada vez más; mientras que las mujeres son contempladas en el orden de la reproducción social. En este sentido,

La reproducción social incumbe prominentemente a las mujeres y transforma en disposición amante la obligación de amar, [...] tiende a dotar de un “espíritu de familia” a cada uno de sus miembros: ese principio cognitivo de visión y de división es simultáneamente un principio práctico de cohesión, generador de

dedicaciones, generosidades, solidaridades, y de una adhesión vital a la existencia de un grupo familiar y de sus intereses (Bourdieu, 2011: 48).

De este modo, el análisis que hago de ser mujer, en este caso, negra/afrodescendiente y campesina, es pensar cómo es nuestra forma de estar en el mundo y en los contextos donde nos movemos. Es, asimismo, entender los roles de género como una construcción cultural impregnada de una carga étnica que nos hace invisibles frente a nuestros propios hombres afros, porque para ellos ha sido más importante construir desde la identidad que desde las relaciones de género. Eso ha obligado a las mujeres a construir sus propios procesos organizativos desde la perspectiva de género, incorporando nuestras propias prácticas y saberes.

¿Por qué construir mejores relaciones de género? Porque ser mujer negra/afrodescendiente nos ha hecho experimentar en nuestro diario vivir, en los ámbitos familiar, social, comunitario laboral y político, situaciones de dominación y desventaja que nos impiden desarrollarnos plenamente a nivel personal y social. Puedo decir que, durante siglos, hemos sido objeto de doble discriminación, por ser mujeres negras y por ser mujeres, en el espacio laboral, en el acceso a servicios como la educación y la salud, y en la participación en espacios comunitarios. Aunque pareciera que hoy, en el siglo XXI, no suceden estos hechos, mi historia de vida está justamente atravesada por esos impedimentos sociales y culturales, que en ocasiones no nos permiten competir en igualdad de condiciones con otras y con otros.

No es gratuito entonces que a veces no podamos ni siquiera construir al lado de otras mujeres que nos miden desde su racero, más con el propósito de excluir y discriminar que de integrar. Esto no debe ser motivo para lamentarnos; por el contrario, debe generar conciencia para trazar metas de acciones personales y colectivas que nos permitan construir una vida más digna para mujeres, hombres y nuevas generaciones. Hoy, soy consciente de que hemos avanzado en esa lucha, porque encuentro que organizaciones como el Proceso de Comunidades Negras PCN y el Movimiento Nacional Cimarrón, solo por nombrar dos organizaciones reconocidas dentro del contexto nacional, tienen dentro de su trabajo la perspectiva de género. Esto no es gratuito, pues obedece a la presión que hemos hecho las mujeres afro, a las mismas dinámicas organizativas y a la cooperación internacional que exige como contraparte el componente de género.

Quiero mencionar, además, que nosotras hemos podido construir a la luz de los procesos históricos del feminismo heredado de Occidente, así como de nuestras propias reivindicaciones de género en los movimientos afro y en todos aquellos en los que nos hemos involucrado, construyendo y posicionando el discurso alrededor de la diferencia y la diversidad.

Aun cuando la sociedad colombiana ha negado el racismo, este se practica en la cotidianidad. De la misma manera, la sociedad mantiene en las fronteras sociales a sus “grupos étnicos”, lo que da lugar a una combinación “perfecta” de racismo y sexismo; pobreza, guerra desplazamiento forzado, con alta incidencia población negra y en mujeres (Lamus, 2010:155).

Finalmente, retomo una pregunta inicial: ¿quién soy yo como mujer negra/afrodescendiente? El interrogante está ligado, indudablemente, a nuestra historia y a la construcción de identidad. A mi juicio, esta última debe reafirmarse como elemento fortalecedor en las luchas políticas que libramos social y culturalmente, sin que sea vista por otros como un elemento excluyente. Como mujer negra/afrodescendiente estoy ligada a un territorio, a unas costumbres y a unas prácticas colectivas que están sujetadas a la reproducción de la vida y de la comunidad. Por eso, cuando nos asumimos feministas, estamos en defensa de todo aquello que nos constituye como sujetas de derecho dentro y fuera de nuestros espacios individuales y colectivos.

Referencias citadas

- Agudelo, Carlos. 2005. Retos del multiculturalismo en Colombia. Políticas y poblaciones Negras. La Carreta Editores: Medellín.
- Alberdi, Inés y Alberdi, Isabel. 1987. “La participación política de las mujeres”. Revista de hechos e ideas n°. 29-30. p. 57
- Alpini, Paula; Castrogiovanni, Natalia y Epstein, Maia.2012. “La Triple Jornada: ser pobre y ser mujer”. Revista margen. n° 6. P.13. Recuperado de: http://www.margen.org/suscri/margen66/04_arpini.pdf (25/06/2014)
- Amorós, Celia. 2005. “Tiempo de feminismo. Sobre feminismo proyecto ilustrado y posmodernidad”. Ediciones Cátedra: Madrid
- Arias, Diego. Víctimas del mayor secuestro masivo en Colombia piden compromiso a ELN: solicitan ser escuchadas, 14 años después de secuestro ocurrido en iglesia La María, en Cali. El Tiempo digital [en línea]. 30 de mayo de 2013. [Fecha de consulta: 16 de Marzo 2014]. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12833417>
- Åsa y Nyberg, Jocke. 2004. Apoyo Sueco a la Iniciativa de Mujeres por la Paz (IMP) Colombia 2002–2003. Sida Evaluation: Estocolmo.
- hooks, bell. 2004. Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En Otros inapropiables. Feminismos desde las fronteras. Traficantes de Sueños: Madrid.
- Betancourt, Darío y García, Martha L. 1991. Matones y cuadrilleros: origen y violencia en el occidente colombiano, 1946-1965. Tercer Mundo Editores: Bogotá.
- Bourdieu, Pierre. 2011. Las estrategias de la reproducción social. Siglo XXI Editores: Buenos Aires.
- Chávez, Cenebra, Navarrete, María Cristina y Vanegas, Nohramérica. 1992. Currículo y comunidad: una experiencia de innovación educativa. Universidad del Valle: Cali.

- Comisión Económica para América Latina (Cepal). 2011. Las mujeres cuidan y proveen. Observatorio de Igualdad de Género en América latina y el Caribe "Informe anual 2011: El salto de la autonomía, de los márgenes al centro" Santiago de Chile. Recuperado de <http://www.cepal.org/cgi-bin/getprod.asp?xml=/mujer/noticias/paginas/6/43266/P43266.xml&xsl=/mujer/tpl/p18f-st.xsl&base=/mujer/tpl/blanco.xslt> (23/08/2014)
- Crespo, Elena. 2005. Comunicación para la equidad de género y la participación política de las mujeres". Recuperado de http://www.bantaba.ehu.es/obs/files/view/Elena_Crespo_definitiva.pdf?revision_id=71568&package_id=71551 (25/07/2014)
- Curiel, Ochy. (2007). "Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y a la práctica feminista: desuniverzalizando el sujeto mujeres". En Femenias, María Luisa. (comp.). Perfiles Feminismo, Vol. III. Buenos Aires: Catálogos.
- Díaz, Carlos. 1996. Los cantores de la región del norte del Cauca y EL Sur del Valle" Recuperado de: <http://cununo.univalle.edu.co/articulos/articulocarlosalbertovelasco.pdf> (23/02/2014)
- Fals Borda, Orlando. 1981. La ciencia y el pueblo, nuevas reflexiones sobre la Investigación Acción". En la Sociología en Colombia: Bogotá.
- Flórez, Juliana. 2004. "Implosión identitaria y movimientos sociales: desafíos y logros del Proceso de Comunidades Negras ante las relaciones de género". En: Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (Eds.).Conflicto e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia. Envión: Popayán
- Fuentes, Lya Y. 2009. "Políticas públicas para la diversidad en Bogotá: la incidencia de las mujeres". Revista Nómadas. n. ° 30. p. 150
- Gargallo, Francesca. 2009. "Feminismo historias y corrientes. En Diccionario de estudios de género y feminismos. En: Gamba, Susana (ed.). Biblos: Buenos Aires.

- Giorgi, Victor. 1988. "Investigación Acción Participativa. Una opción metodológica. CIDC- Uruguay; Ponencia IV Seminario Latinoamericano de I.A.P, Recife, Brasil.
- García, Paola, Chaves, Juanita y Sánchez, Enrique. 2006. Conocimiento Ancestral y Biodiversidad: consideraciones generales. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos. Alexander Von Humboldt: Bogotá D.C.
- Gómez, Diana Marcela. 2012. Feminismo y modernidad/colonialidad: entre retos de mundos posibles y otras palabras. Universidad de North Carolina: Chapel Hill.
- González, Verena y Valencia, Álvaro. 2004. "Las formas empresariales de Villarrica durante la primera administración municipal". Revista científica Guillermo de Ockham.Vol.2. Julio- diciembre. Universidad de San Buenaventura: Cali. Pp. 48-50 Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1053/105317711004.pdf> (23/01/2014)
- Grossberg, Lawrence. 2006" Stuart Hall sobre raza y racismo: Estudios Culturales y la práctica del contextualismo. Revista Tabula Rasa. No.5. julio-diciembre. P 47.
- Güida, Carlos, Martínez, Ivonne, Scarlatta, Laura y Salles, Gonzalo 2007. "De paternidades y exclusiones. El lugar de los varones en sectores de pobreza extrema". Ediciones Trilce; Montevideo. Recuperado de http://menengage.org/wp-content/uploads/2014/06/paternidades_exclusiones.pdf (25/08/2014)
- Hollows, Joanne. 2005. "Feminismos, Estudios Culturales y Cultura Popular Feminismos, Estudios Culturales y Cultura Popular. N° 11. Pp.16. Revista Dialnet. Recuperado de dialnet.unirioja.es/servlet/ejemplar?codigo=151608 (24/07/14)
- Huertas, María A. 2008. Reseña de "Feminismo y Conocimiento de la experiencia de las mujeres al ciborg". Adán, Carmen. Uocpapers. Revista de Ciencias Sociales [en línea], N° 6. Recuperado de: <http://www.uoc.edu/uocpapers/6/dt/esp/huertas.pdf> (16/09/2012)
- Hurtado, Mónica. 2006. "Procesos de reforma constitucional y resoluciones de conflictos en Colombia: el frente nacional de 1957 y la Constituyente de1991". N.º 23. Abril.

- P.p 98. Revista de Estudios Sociales. Universidad de los Andes. Recuperado de: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/517/index.php?id=517> (6/6/2014).
- Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios en el Exterior (Icetex). 1996. Reglamento operativo del fondo especial de créditos educativos para Comunidades Negras. Recuperado de: <http://www.icetex.gov.co/dnnpro5/Portals/0/Fondos/Reglamentoafros03032014.pdf> (06-04-2014).
- Jameson, Fredric. 1998. “Sobre los Estudios Culturales”. En: Jameson, Fredric y Žižek, Slavoj. Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo. Paidós: Buenos Aires.
- Lagarde, Marcela. 1996. Géneros y feminismo: desarrollo humano y democracia. Editorial Horas y Horas: Madrid.
- Lamas Marta. Sf. Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género Recuperado de: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/USOSCATEGORIAGENERO-MARTA%20LAMAS.pdf> (17/11/2013)
- Lamus, Doris. 2010 “Negras y palenqueras. Construyendo un lugar contra la exclusión. Revista Reflexión Política. V12. N° 23. Junio. p. 155.
- Lamus, Doris. 2011.” “De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia 1975-2005. Revista La manzana de la discordia. Vol. 6. No. 1.Pp.47-52
- Lamus, Doris. 2012. “Raza y etnia, sexo y género: El significado de la diferencia y el poder”: Revista Reflexión Política. Vol. 14, N°. 27., pp. 68-84
- León, Magdalena y Rodríguez, Eugenia.2005. ¿Ruptura de la inequidad. Propiedad y género en la América del siglo XIX. Siglo del Hombre Editores: Bogotá.
- Lozano, Betty R. 2010. “El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas. Aportes a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las

mujeres negras”. Núm. 2. Vol. 5. Julio-Diciembre. Revista la Manzana de la Discordia. pp. 1. Recuperado de: <http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/volumenes/articulos/Vol5N2/art1.pdf> (18/11/2013).

Lozano, Betty R y Peñaranda Bibiana. 2007. “Memoria y Reparación ¿y de ser mujeres negras qué?”. En Mosquera, Claudia y Barcelos, Luiz, C (Eds). Afroreparaciones: Memorias de la Esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá D.C.

Lozano, Betty Rut, Peñaranda, Bibiana y Zuluaga, Juan C. 2010. “Somos mujeres negras afrodescendientes: construyendo identidad y defendemos nuestros derechos”. Akina Saji Sauda: Cali.

Lozano, Betty R. (2010). “El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas. Aportes a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las mujeres negras” .Revista la Manzana de la Discordia, Vol. 5, Junio-diciembre n.º 2. p. 1

Lozano, Betty R. 1993. “Una crítica a la sociedad occidental y racista desde la perspectiva de la mujer negra. Centro Regional de Informaciones Ecuménicas A.C., CRIE. n.º 116: México, D.F

Maldonado, Teresa. Sf. El análisis y la lucha feminista: entre la identidad y la diversidad de las mujeres. Recuperado de http://www.feministas.org/IMG/pdf/Mesa_Desafios-_T-_MALDONADO1.pdf (14/06/14)

Moser, Carolin, Acosta, Angélica y Vásquez María Eugenia. 2006. Mujeres y paz construcción de consensos. Guía para procesos participativos e incluyentes. Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz: Bogotá.

Movimiento Nacional Cimarrón. sf. Crédito educativo condonable. Recuperado de: http://movimientocimarron.org/portal/?page_id=448 (06-04-2014).

- Orozco, Amaia 2003. "Feminización de la pobreza. Mujeres y recursos económicos". Materiales de reflexión. CGT Recuperado de <http://www.informacioncgt.info/ateneo/materiales-reflexion/MR03.pdf>(19/ 7/2014).
- República de Colombia. 1991. Artículo 43. En: Constitución Política de Colombia. República de Colombia: Bogotá.
- Piedrahita, Isabel. 2008. "Mujer y publicaciones femeninas durante la República Liberal" [Trabajo de grado, Bogotá], Pontificia Universidad Javeriana, Carrera de Comunicación Social.
- Portocarrero, Claritza y Cabezas, Lady E. sf. "Tras las voces no escuchadas: apuntes para un análisis preliminar del pensamiento afro femenino en Colombia y sus contribuciones al movimiento social afrocolombiano" recuperado de http://www.hostos.edu/downloads/coloquios/8vo_coloquio/ponencia_claritza_portocarrero.pdf (17/01/2014).
- Ramírez, Socorro. 2003. Las precursoras colombianas del feminismo. Periódico electrónico de información alternativa. p. 4. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/hemeroteca/mujer/030626ramirez.htm> (23/04/2014).
- Restrepo, Eduardo. 2005. "Políticas de la etnicidad en la comunidad negra en Colombia.". En: Convenio Andrés Bello (ed.). Movimientos sociales afro y políticas de identidad en Colombia y Ecuador. Universidad Andina Simón Bolívar: Ecuador.
- Richard, Nelly. 2005. "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana". En: Cultura, política y sociedad: perspectivas latinoamericanas. Daniel Matos (Comp.). Clacso: Buenos Aires.
- Richard, Nelly. 2008. "Feminismo, género y diferencia(s)". Editorial Palinodia: Santiago de Chile.
- Rodríguez, Betty. 1997. "Visión política y perspectiva político-organizativa de la red de mujeres negras". Revista Esteros. n.º 9. Julio.

- Rojas, Axel. 2004. "Subalterno entre los subalternos: presencia e invisibilidad de la población negra en los imaginarios teóricos y sociales". En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.). Conflicto e (in)visibilidad Retos en los estudios de la gente negra en Colombia. Enviñon: Popayán.
- Sánchez, Olga A. 1995. El movimiento social de mujeres .En: Velásquez Magdala(Ed). Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo I. Consejería Presidencial para la Política Social. Editorial Norma: Bogotá.
- Sarmiento, Libardo, Vargas, Hernán. 2002. El trabajo de las mujeres. Pontificia Universidad Javeriana: Bogotá.
- Vallejo, Franco y Beatriz Eugenia. Sf. "La conquista del voto femenino". Credencial Historia. N° 281. Bogotá, p. 4. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo-2013/la-conquista-del-voto> (19/04/2014).
- Velásquez, Magdala. Sf. "Ofelia Uribe Acosta. Credencial Historia. Bogotá. N° 68. Bogotá, p. 4. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo-2013/la-conquista-del-voto> (19/ 05/2013).
- Vargas, Virginia. 1991. Apuntes para una reflexión feminista sobre el movimiento de mujeres Universidad de Barcelona: Barcelona. Recuperado de <http://www.ub.edu/SIMS/pdf/GeneroClaseRaza/GeneroClaseRaza-07.pdf> (18/12/13).
- Veeduría Distrital. 2009. Un acercamiento a las políticas públicas del Distrito. Veeduría Distrital: Bogotá.

Entrevistas

Elizabeth Quiñonez, 17 de junio de 2014

Francisca Moreno, 9 de enero de 2013

Hernán Sandoval, 7 de enero de 2014

Obirne Carabalí, 20 de abril de 2014

Betty Rut Lozano, 13 de mayo de 2012

Sol Suleydy Gaitán, 02 de mayo de 2014.

ANEXO 1
 PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
 BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.
 ENTREGA DE TESIS Y TRABAJOS DE GRADO

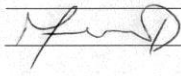
FACULTAD: Ciencias Sociales
 PROGRAMA: Maestría en Estudios Culturales
 FECHA DE ENTREGA: 10/10/2014

APELLIDOS COMPLETOS	NOMBRES COMPLETOS	TITULO DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO	NOMBRE DEL DIRECTOR	AÑO	Documentos adjuntos (Marque con x)		
					Anexo 2	Anexo 3	Carta de confidencia- lidad
Sandoval Sandoval	María Elsy	Mi vida, una historia para contar: de lo comunitario al feminismo y al trabajo de género	Diana Ojeda Ojeda	2014			

DILIGENCIADO POR (Nombres y Apellidos): María Elsy Sandoval S

CARGO:

FIRMA:



ANEXO 2

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES
(Licencia de uso)

Bogotá, D.C., 10 de octubre de 2014

Señores
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J.
Pontificia Universidad Javeriana
Cuidad

Los suscritos:
María Elsy Sandoval Sandoval , con C.C. No 31525963
_____, con C.C. No _____
_____, con C.C. No _____

En mi (nuestra) calidad de autor (es) exclusivo (s) de la obra titulada:
Mi vida, una historia para contar: de lo comunitario al feminismo y al trabajo de género

(por favor señale con una "x" las opciones que apliquen)
Tesis doctoral Trabajo de grado Premio o distinción: Si No

cual:
presentado y aprobado en el año 2014 , por medio del presente escrito autorizo (autorizamos) a la Pontificia Universidad Javeriana para que, en desarrollo de la presente licencia de uso parcial, pueda ejercer sobre mi (nuestra) obra las atribuciones que se indican a continuación, teniendo en cuenta que en cualquier caso, la finalidad perseguida será facilitar, difundir y promover el aprendizaje, la enseñanza y la investigación.

En consecuencia, las atribuciones de usos temporales y parciales que por virtud de la presente licencia se autorizan a la Pontificia Universidad Javeriana, a los usuarios de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J., así como a los usuarios de las redes, bases de datos y demás sitios web con los que la Universidad tenga perfeccionado un convenio, son:

AUTORIZO (AUTORIZAMOS)	SI	NO
1. La conservación de los ejemplares necesarios en la sala de tesis y trabajos de grado de la Biblioteca.	x	
2. La consulta física (sólo en las instalaciones de la Biblioteca)	x	
3. La consulta electrónica - on line (a través del catálogo Biblos y el Repositorio Institucional)	x	
4. La reproducción por cualquier formato conocido o por conocer		X
5. La comunicación pública por cualquier procedimiento o medio físico o electrónico, así como su puesta a disposición en Internet	x	
6. La inclusión en bases de datos y en sitios web sean éstos onerosos o gratuitos, existiendo con ellos previo convenio perfeccionado con la Pontificia Universidad Javeriana para efectos de satisfacer los fines previstos. En este evento, tales sitios y sus usuarios tendrán las mismas facultades que las aquí concedidas con las mismas limitaciones y condiciones	x	

De acuerdo con la naturaleza del uso concedido, la presente licencia parcial se otorga a título gratuito por el máximo tiempo legal colombiano, con el propósito de que en dicho lapso mi (nuestra) obra sea explotada en las condiciones aquí estipuladas y para los fines indicados, respetando siempre la titularidad de los derechos patrimoniales y morales correspondientes, de

acuerdo con los usos honrados, de manera proporcional y justificada a la finalidad perseguida, sin ánimo de lucro ni de comercialización.

De manera complementaria, garantizo (garantizamos) en mi (nuestra) calidad de estudiante (s) y por ende autor (es) exclusivo (s), que la Tesis o Trabajo de Grado en cuestión, es producto de mi (nuestra) plena autoría, de mi (nuestro) esfuerzo personal intelectual, como consecuencia de mi (nuestra) creación original particular y, por tanto, soy (somos) el (los) único (s) titular (es) de la misma. Además, aseguro (aseguramos) que no contiene citas, ni transcripciones de otras obras protegidas, por fuera de los límites autorizados por la ley, según los usos honrados, y en proporción a los fines previstos; ni tampoco contempla declaraciones difamatorias contra terceros; respetando el derecho a la imagen, intimidad, buen nombre y demás derechos constitucionales. Adicionalmente, manifiesto (manifestamos) que no se incluyeron expresiones contrarias al orden público ni a las buenas costumbres. En consecuencia, la responsabilidad directa en la elaboración, presentación, investigación y, en general, contenidos de la Tesis o Trabajo de Grado es de mí (nuestro) competencia exclusiva, eximiendo de toda responsabilidad a la Pontificia Universidad Javeriana por tales aspectos.

Sin perjuicio de los usos y atribuciones otorgadas en virtud de este documento, continuaré (continuaremos) conservando los correspondientes derechos patrimoniales sin modificación o restricción alguna, puesto que de acuerdo con la legislación colombiana aplicable, el presente es un acuerdo jurídico que en ningún caso conlleva la enajenación de los derechos patrimoniales derivados del régimen del Derecho de Autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. En consecuencia, la Pontificia Universidad Javeriana está en la obligación de RESPETARLOS Y HACERLOS RESPETAR, para lo cual tomará las medidas correspondientes para garantizar su observancia.

NOTA: Información Confidencial:

Esta Tesis o Trabajo de Grado contiene información privilegiada, estratégica, secreta, confidencial y demás similar, o hace parte de una investigación que se adelanta y cuyos

Resultados finales no se han publicado. Si No

En caso afirmativo expresamente indicaré (indicaremos), en carta adjunta, tal situación con el fin de que se mantenga la restricción de acceso.

NOMBRE COMPLETO	No. del documento de identidad	FIRMA

FACULTAD: Ciencias Sociales
PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Estudios Culturales

ANEXO 3
BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.
DESCRIPCIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO
FORMULARIO

TÍTULO COMPLETO DE LA TESIS DOCTORAL O TRABAJO DE GRADO						
Mi vida, una historia para contar: de lo comunitario al feminismo y al trabajo de género						
SUBTÍTULO, SI LO TIENE						
AUTOR O AUTORES						
Apellidos Completos			Nombres Completos			
Sandoval Sandoval			María Elsy			
DIRECTOR (ES) TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO						
Apellidos Completos			Nombres Completos			
Ojeda Ojeda			Diana			
FACULTAD						
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES						
PROGRAMA ACADÉMICO						
Tipo de programa (seleccione con "x")						
Pregrado	Especialización	Maestría	Doctorado			
		x				
Nombre del programa académico						
Maestría en Estudios Culturales						
Nombres y apellidos del director del programa académico						
Diana Ojeda Ojeda						
TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:						
Magistra en Estudios Culturales						
PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial):						
CIUDAD		AÑO DE PRESENTACIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO			NÚMERO DE PÁGINAS	
Bogotá		2014			151	
TIPO DE ILUSTRACIONES (seleccione con "x")						
Dibujos	Pinturas	Tablas, gráficos y diagramas	Planos	Mapas	Fotografías	Partituras
SOFTWARE REQUERIDO O ESPECIALIZADO PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO						
Nota: En caso de que el software (programa especializado requerido) no se encuentre licenciado por la Universidad a través de la Biblioteca (previa consulta al estudiante), el texto de la Tesis o Trabajo de Grado quedará solamente en formato PDF.						
MATERIAL ACOMPAÑANTE						
TIPO	DURACIÓN	CANTIDAD	FORMATO			

	(minutos)	CD	DVD	Otro ¿Cuál?
Vídeo				
Audio				
Multimedia				
Producción electrónica				
Otro Cuál?				
DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE EN ESPAÑOL E INGLÉS				
Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Sección de Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J en el correo biblioteca@javeriana.edu.co , donde se les orientará).				
ESPAÑOL		INGLÉS		
Palabras claves: feminismo, género, negra/afrodescendiente, Estudios Culturales, machismo, patriarcado, racismo.		Keywords: feminism, gender, black/afro-descendant, Cultural Studies, chauvinism, patriarchy, racism.		
RESUMEN DEL CONTENIDO EN ESPAÑOL E INGLÉS (Máximo 250 palabras - 1530 caracteres)				
<p>Resumen Este documento da cuenta de un proceso de investigación y ejercicio autobiográfico realizado por su autora, quien mediante la narración detallada de su historia de vida pretende mostrar el modo en que se acercó al feminismo y a los estudios de género, así como a la manera en que se concibe a sí misma como mujer negra/afrodescendiente.</p> <p>Palabras claves: feminismo, género, negra/afrodescendiente, Estudios Culturales, machismo, patriarcado, racismo.</p> <p>Abstract</p> <p>This paper describes an autobiographical research carried out by its author. By means of a detailed account of her life story, she aims to show the way in which she took interest in feminism, and how she sees herself as a black/afro-descendant woman.</p> <p>Keywords: feminism, gender, black/afro-descendant, Cultural Studies, chauvinism, patriarchy, racism.</p>				